ALFRED HITCHCOCK Y
LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

Misterio de los asaltos terroríficos

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 42

ePub r1.1

Titivillus 27.06.2017

Título original: *The Mystery of the Creep Show Crooks*
M. V. Carey, 1985
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Diseño de cubierta: José María Miralles

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Proyecto Scriptorium

Edición conmemorativa

EDICIÓN · PROYECTO SCRIPTORIUM · EX-LIBRIS · CONMEMORATIVA

epublibre

UNAS PALABRAS DE HÉCTOR SEBASTIÁN

¡Atención, amantes de los misterios!

Los Tres Investigadores me han pedido que os presente su última aventura. Es una joya… con un reparto de papeles capaz de existir únicamente en Hollywood; en las películas de terror de Hollywood, para ser exacto. Hay un hombre-lobo, un ser macabro y una jovencita obsesionada por *Drácula*. ¡Los Tres Investigadores tienen que habérselas con todos ellos… y ojalá no lo hubieran hecho!

Antes de comenzar esta aventura, los que todavía no conocéis a los Tres Investigadores os gustará que os los presente. Son investigadores privados, intrépidos e inteligentes, que operan en Rocky Beach, una pequeña comunidad de California. Han resuelto varios casos realmente difíciles, a menudo porque se niegan a rechazar cualquier teoría, por descabellada que parezca. Tampoco rechazan ningún caso. Su lema es: «Lo investigamos todo», y yo estoy aquí para dar fe de que no son palabras huecas.

Jupiter Jones es el Primer Investigador y el jefe del grupo. Es más bien grueso… de hecho algunas personas le consideran gordo. Pero, detrás de su cara de luna, hay un cerebro astuto. Jupiter posee un talento extraordinario para ahondar en los hechos y ordenar la información de forma que se hacen evidentes las respuestas a los problemas.

Pete Crenshaw es el Segundo Investigador, alto, atlético, valiente, leal y dispuesto. Se le requiere a menudo para llevar a cabo hazañas de riesgo físico en la resolución de un caso.

Bob Andrews se encarga de los informes y la investigación. No es tan fuerte como Pete, y puede que tenga menos talento que Jupe,

pero es meticuloso y paciente. Los Tres Investigadores no podrían trabajar sin él.

Esto es todo lo que puedo deciros por el momento. Los muchachos pronto hablarán por sí mismos cuando empecéis el Misterio de los asaltos terroríficos.

CAPÍTULO 1
EL MISTERIO ATRAE

Fue Bob Andrews quien encontró la bolsa-bandolera de plástico. Estaba semienterrada en la arena junto a la línea que la marea alta marcaba en Rocky Beach. Bob la levantó para examinarla y no pudo por menos que sonreír. Aquella bolsa era de las que hacen las delicias de cualquier niña pequeña. Gatitos de color rosa aparecían dibujados en el plástico transparente, y cada gato llevaba un gran lazo azul. Entre el revoltijo de cosas que contenía, había un osito de juguete que miró a Bob con sus ojos negros de vidrio.

—Eh, qué mala suerte —exclamó Bob—. Alguna niña ha perdido su tesoro.

Su compañero, Pete Crenshaw, repasó la playa con la mirada. No se veía a ninguna niña. Era tarde y la playa estaba casi desierta. Un surfista solitario arrastraba su tabla por la playa en dirección a la carretera, y el salvavidas había abandonado ya su torre de vigilancia.

—Quizá si la dejamos aquí, la niña se acordará y vendrá a buscarla —dijo Pete.

—Siendo tan pequeña, no es probable que vuelva —dijo el tercer miembro del grupo, Jupiter Jones—. Además, alguien podría robarla.

Jupe —como le llamaban sus amigos— era un muchacho gordito con la cara redonda y seria. Siempre veía las cosas por su lado constructivo.

—Tal vez haya alguna tarjeta de identificación —dijo mientras se sentaba en la arena, dispuesto a examinar la bolsa—. Quizá podamos encontrar a esa niña.

Bob le entregó la bolsa y Jupe volcó su contenido sobre sus piernas. Luego dijo:

—¡Ummm! —y frunció el ceño.

No había ninguna cartera. Ni tarjeta de identidad. Un osito de peluche, un libro titulado El éxito a través de la imagen, un ejemplar de la revista Gente y toda clase de tubitos y cajitas de cosméticos. Jupe contó hasta cuatro lápices de labios distintos, dos estuches de plástico con sombra para los ojos, otro de colorete, y un perfilador de ojos. Y también un par de pendientes morados, de plástico.

—Después de todo, no es tan pequeña —observó Jupiter—. Es una chica mayor que usa mucho maquillaje.

—Y a quién le gustan los ositos de peluche —añadió Pete.

Jupiter hojeó el libro que había en la bolsa. Era de una biblioteca.

En la solapa posterior estaba el sello de la Biblioteca Pública de Fresno.

—¡Aquí tenemos una pista! —exclamó Jupe gozoso. Le encantaba resolver problemas. Cerró el libro y miró a sus amigos—. En la biblioteca tendrán anotado el nombre de quien se lo llevó. Podremos averiguar quién es y devolver la bolsa a su propietaria.

—¿Telefonear a Fresno? —exclamó Bob. Luego se encogió de hombros—. Está bien, me figuro que podremos pagar la conferencia.

Pete rió.

—Apuesto a que esa chica estará tan contenta de recuperar su bolsa que nos la pagará.

—O quizá nos invite a Fresno para la vendimia de la uva —añadió Jupiter—. En serio, si queremos telefonear a Fresno antes de que cierre la biblioteca, será mejor que nos apresuremos. Son más de las ocho.

Los muchachos echaron a andar por la arena hacia la carretera que corría paralela a la playa. Recogieron sus bicicletas, aguardaron un claro en el tráfico y entonces cruzaron la carretera. Sin apenas hablar, se dirigieron a la chatarrería de los Jones, el Patio Salvaje.

La chatarrería era algo importante en Rocky Beach. Propiedad de Titus y Matilda Jones, los tíos de Jupiter con los que vivía por ser huérfano. En el patio, había una maravillosa colección de

objetos usados… desde cañerías y lavadoras hasta picaportes y caballitos de tiovivo. Jupe era consciente de que la mercancía de aquel patio no merecía llamarse chatarra, y había tratado de convencer a sus tíos para que mejorasen la imagen de su negocio llamándole Antigüedades Jones, en vez de Patio Salvaje de los Jones.

Cuando llegaron a la chatarrería aquella tarde, ya oscurecía. Las grandes verjas de hierro estaban cerradas con candado. Al otro lado de la calle, las ventanas de la casa de los Jones eran rectángulos de luz dorada.

Los muchachos ignoraron la casa y pasaron de largo ante la verja hasta llegar al otro extremo del patio.

La empalizada de madera que rodeaba el patio había sido decorada a lo loco. Los artistas que vivían en Rocky Beach a menudo conseguían objetos a precios reducidos gracias a tío Titus que gozaba elogiando su talento. Y los artistas se lo agradecieron conjuntamente pintando su empalizada durante un divertido fin de semana. En la fachada, había un lago verde con cisnes y también un océano donde un barco de vela luchaba contra una tormenta. En mitad de las olas verdes un pez contemplaba la nave que se hundía.

En realidad, el ojo del pez era uno de los nudos de la madera. Jupe puso su mano encima y empujó. Dos tablones se corrieron hacia arriba. Ésta era la Puerta Verde Número 1, el primero de los caminos secretos de acceso al Patio Salvaje. Todos ellos habían sido trazados por Jupe y sus amigos para poder entrar sin ser vistos ni por tía Matilda ni por tío Titus.

Los muchachos entraron por la abertura y, de inmediato, se encontraron ante la puerta del taller exterior de Jupiter. Era una zona aparte del resto del patio, separada de él por montones de chatarra. Jupe apartó una reja de hierro apoyada contra un extremo de su banco de trabajo. Luego se agachó para meterse por la tubería galvanizada que ocultaba la reja.

Éste era el Túnel Dos, otro de los pasadizos secretos montados por los muchachos. Pete y Bob siguieron a Jupe por la tubería que atravesaba montones de chatarra y terminaba debajo de una trampilla que daba acceso al viejo remolque de automóvil que era su territorio privado.

El remolque quedó muy abollado después de un accidente y tío

Titus lo adquirió como chatarra. Fueron pasando los meses y, como no hubo ninguna oferta de compra, al fin se lo dio a Jupiter y sus amigos para que lo utilizasen como club.

Pero el remolque no fue su club. Jupe, Pete y Bob lo amueblaron con una mesa escritorio, un archivador, un pequeño laboratorio criminalista y una cámara oscura. También instalaron teléfono que pagaban con el dinero ganado por hacer tareas extras en la chatarrería. Y, mientras trabajaban, fueron amontonando con cuidado la chatarra alrededor del remolque hasta ocultarlo por completo.

Cuando estuvo listo se pusieron a trabajar. Con el nombre de Los Tres Investigadores y llamando al remolque Puesto de Mando, comenzaron a resolver misterios grandes y pequeños. Ahora la bolsa-bandolera perdida ejercía cierta excitación en Jupe. Siempre le excitaba empezar a investigar un nuevo caso.

Desde el Puesto de Mando, Jupe telefoneó a la centralita de Fresno para pedir información. Obtuvo el número de teléfono de la biblioteca pública y lo marcó.

—Las nueve menos veinte —dijo Pete tras consultar el reloj que estaba encima del archivador—. No tenemos mucho tiempo para conseguir la información.

No necesitaron más. A Jupe le pusieron en seguida con la encargada.

—Jupiter Jones al habla. —Procuró parecer importante mientras explicaba a la mujer el motivo de su llamada.

—Tenemos nuestras fichas en el ordenador —repuso la bibliotecaria—. Veré lo que puedo hacer.

Dejó el teléfono unos instantes, pero cuando regresó, su voz sonaba tensa.

—¿Puedo llamarle luego? —preguntó—. ¿Quiere darme el número de su teléfono?

—Pues, sí, pero…

—¡Por favor! —le apremió la mujer. Jupe le dio su número de teléfono.

—De acuerdo —dijo ella—. Ahora quédese donde está. No se aparte del teléfono. Y colgó.

Jupe dejó el aparato.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó—. Esa mujer estaba muy

alterada. Dijo que me llamará.

—Cielo santo —exclamó Pete—. ¿En qué nos habremos metido?

La llamada tardó unos minutos. La voz del otro extremo de la línea estaba llena de histeria.

—¿La ha visto? —preguntó la que llamaba. Era una mujer, aunque no la bibliotecaria con la que había hablado antes—. Ahora mismo voy. Esté usted donde esté, voy en seguida. ¡Tengo que encontrar a mi nena!

CAPÍTULO 2
¡HA HUÍDO!

Encima de la mesa escritorio había un altavoz. Jupe lo construyó utilizando piezas sueltas de equipos electrónicos que encontró entre la chatarra. Cuando colocaba el teléfono encima del aparato, los tres muchachos podían oír la conversación.

Lo que oyeron ahora fue llanto. Luego una voz masculina dijo:

—¡Judy, por amor de Dios, no llores!

Alguien forcejeó con el teléfono y el hombre preguntó:

—¿Jupiter Jones?

—¿Sí? —dijo Jupe.

—¿Encontró un libro de la biblioteca en la playa?

—Sí, señor.

—Mi hija se lo llevó prestado de la Biblioteca Pública de Fresno poco antes de desaparecer.

—Oh —exclamó Jupe.

—Verá, se escapó de casa para ir a Hollywood a hacer películas.

En la retaguardia la voz de mujer añadió:

—Dile que iremos en seguida.

—Está bien, Judy. Está bien.

El hombre tomó aliento.

—Me llamo Charles Anderson. Su llamada es el primer indicio que tenemos de que probablemente Lucille está bien. Tenemos que verle. Quizá logremos averiguar algo. Supongo que en su bolsa no habría ninguna dirección.

—No, señor Anderson —respondió Jupe—, ninguna.

—La policía no nos ha ayudado mucho —continuó el señor Anderson—. Nos dicen que hay demasiadas jóvenes que huyen de

sus casas en Los Ángeles. De manera que, si nos da su dirección, iremos a verle por la mañana.

—Sí, señor. —Jupe le dio la dirección de la chatarrería.

Anderson, tras darle las gracias, colgó.

—¡Una hija desaparecida! —exclamó Pete—. ¡Esto puede ser un caso realmente importante para los Tres Investigadores!

Jupe hojeaba el libro de la biblioteca de Fresno.

—Podamos o no ayudar a los Anderson, esperemos que esa niña aparezca pronto. Si no me equivoco, estos papeles que ha utilizado como señal en el libro son papeletas de empeño. Esta es de Hi-Lo Loan, Préstamos y Joyería. Y aquí hay otra de Dinero-al-Instante, S. L. Parece que esa chica está sin blanca.

Jupe cerró el libro para leer el título.

—El éxito a través de la imagen —leyó—. He oído hablar de este libro. Según el autor, uno puede tener éxito con sólo imaginarse que tiene un trabajo importante, o una casa lujosa o…

—¿O el papel de estrella en una película? —concluyó Bob.

—Supongo que sí —dijo Jupe. Abrió el libro al azar y se puso a leer—. Olvídate de la fuerza de voluntad. La fuerza de voluntad es para los detalles y los detalles sólo se interpondrán en tu camino. En vez de trabajar y preocuparte, proyéctate en un futuro pletórico de éxitos. Este es el gran secreto. Siente el éxito, no como algo que puede suceder algún día, sino como algo que sucede ahora.

Jupe cerró el libro.

—¡Es el colmo! —observó Pete. Sonrientes, los Tres Investigadores abandonaron el remolque para dirigirse a sus casas respectivas.

A la mañana siguiente, los tres muchachos aguardaban cerca de la oficina del Patio Salvaje, cuando se detuvo un Toyota y su conductor se apeó para preguntar por Jupiter Jones. Era un hombre alto y delgado, de cabellos castaños y frente despejada, y un rostro inteligente. Una mujer morena con expresión preocupada se dispuso a apearse del asiento posterior. Su aspecto ligeramente maduro quedaba acentuado por su peinado hueco y complicado.

—¿El señor Anderson? —preguntó Jupe.

—Sí. Soy Anderson. ¿Fuiste tú quien encontró la bolsa de Lucille?

—Sí, señor. Soy Jupiter Jones. —Entonces Jupe le presentó a Pete y a Bob. Tía Matilda, que había oído hablar de la niña desaparecida, salió de la oficina para invitar a los Anderson a entrar en su casa.

La bolsa-bandolera estaba encima de la mesa escritorio. Al verla el señor Anderson hizo un gesto de asentimiento.

—Esa es una de las cosas que le encantan a Lucille —comentó. Derramó su contenido encima de la mesa y, al ver el maquillaje y el osito, hizo una mueca—. Esto no nos dice gran cosa.

La señora Anderson había cogido el libro y vio las papeletas de empeño.

—¡Charles, debe estar muerta de hambre! —exclamó la señora Anderson—. ¡Probablemente andará por las calles con criminales y vagabundos! ¡Puede haberle ocurrido cualquier cosa!

Y le entregó una de las papeletas al señor Anderson. Tras mirarla unos instantes, su rostro se ensombreció. Luego la dejó sobre la mesa y dijo con decisión:

—La gente siempre ha empeñado cosas, sin que por eso tenga que estar en la calle con los malhechores. No te preocupes más de la cuenta.

Llevaba consigo un sobre de papel manila que, al vaciarlo sobre la mesa, dejó salir un torrente de fotografías de una muchacha.

—Esta es Lucille —dijo el señor Anderson que entregó una de las fotos a los muchachos—. Tiene dieciséis años. Si vais a menudo a la playa puede que la hayáis visto.

Jupiter y sus amigos se pasaron las fotos de mano en mano. En ellas aparecía una muchacha bonita de cabellos oscuros y ojos castaño-verdoso. En una foto iba vestida de *majorette* y demasiado pintada. En otras, de bailarina de *ballet* y de peregrina.

—Fueron tomadas en diversas representaciones de la parroquia. Eran fotos de cuando Lucille tenía diez años y otras cuando fue finalista en el concurso de *Miss* Juvenil a la edad de trece.



Después de mirar todas las fotografías, los muchachos estaban más intrigados que antes.

—Se… se la ve tan distinta en todas —dijo Pete—. Es difícil saber cómo es en realidad.

—Eso es porque no cesa de cambiar de peinado y maquillaje —replicó el señor Anderson—. Cabello largo, cabello corto. Lápiz de labios blanco, rojo oscuro, naranja. Creo que el único que no le he visto es el verde. Ni el azul. Nunca usa lápiz de labios azul. Y no le había dado por teñirse el pelo antes de huir de casa.

La señora Anderson se echó a llorar.

—Insistimos en llamar a las comisarías de toda la zona —dijo el señor Anderson— y no cesan de darnos la respuesta que probablemente dan a todos los padres. Supongo que no es culpa suya, pero nosotros no podemos esperar a que Lucille aparezca sin hacer nada. Puede estar en peligro. Hemos de empezar por algún sitio. Quiero ver el lugar de la playa donde encontrasteis su bolsa-bandolera y hablar con todos los salvavidas.

Jupe asintió con la cabeza, y él y sus amigos se amontonaron en el automóvil de los Anderson. Pasaron el resto de la mañana observando cómo el señor y la señora Anderson iban de un lado a otro de la playa para hablar con los salvavidas y los bañistas jóvenes que tomaban el sol. A la una, los Anderson estaban exhaustos y descorazonados.

—Nadie reconoce las fotos —murmuró el señor Anderson.

—Es más bonita en persona —añadió la señora Anderson—. Ese es el problema.

—Si no se lo hubieras repetido tantas veces, esto no hubiera pasado —exclamó el señor Anderson enojado.

La señora Anderson se echó a llorar otra vez.

—Perdona, lo siento —le dijo su marido—. No quise decir eso. La encontraremos.

Se volvió hacia los muchachos.

—¿Cuánto tiempo nos llevará registrar toda la ciudad? Llamaremos a todas las puertas y pondremos anuncios en los supermercados. También podríamos enviar un circular a todos los que viven aquí. ¡O poner anuncios en los periódicos!

—Quizá debiera hablar con el comisario Reynolds —sugirió Bob—. Es el jefe de policía aquí en Rocky Beach y una persona muy

agradable.

De manera que el señor Anderson les condujo en su automóvil hasta la comisaría. El comisario Reynolds escuchó la historia de Lucille, que había ahorrado el dinero que ganaba haciendo de «canguro» por horas para irse a Hollywood.

El comisario suspiró cuando el señor Anderson terminó su relato.

—Hay demasiadas chicas como ésta —dijo. Revisó las fotos con un gesto de asentimiento—. Desde luego, es muy bonita. ¿Puedo quedarme con una foto?

—Por supuesto —le dijo la señora Anderson.

—¿Cuándo tuvieron noticias suyas por última vez? —preguntó el policía.

—Hace dos meses —contestó Judy Anderson—. Eso fue dos días después de marcharse de casa. Telefoneó y dijo que no nos preocupáramos, pero colgó antes de poder preguntarle nada.

El comisario Reynolds asintió, mientras anotaba la dirección y el teléfono de los Anderson.

—Diré a mis hombres que tengan los ojos bien abiertos —les prometió—. Entretanto, a estos muchachos puede que les interese… si es que no se han interesado ya.

El señor Anderson se extrañó.

—¿Los muchachos? ¿Éstos? Han sido muy amables, desde luego, pero ¿qué…?

—Son detectives aficionados —repuso el comisario Reynolds sin el menor tinte irónico en su voz—. Tienen una agencia e investigan problemas y toda clase de sucesos insólitos. Se interfieren en mi camino y algunas veces me sacan de quicio, pero parecen tener una habilidad especial para descubrir cosas. Y no dejan de trabajar en un caso hasta que encuentran la solución. También van mucho a la playa… y, si a su hija le gusta tomar el sol…

El comisario Reynolds no terminó la frase. Observaba cómo Jupiter sacaba una tarjeta de su cartera y se la entregaba al señor Anderson. Era la tarjeta de negocios de los Tres Investigadores que decía así:

LOS TRES INVESTIGADORES	
"Investigamos Todo"	
? ? ?	
Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

El señor Anderson la estudió unos segundos y luego dijo:

—¿Por qué no? Nadie ha descubierto nada. ¿Queréis que os entregue un cheque?

—No será necesario —dijo Jupe—. Si logramos localizar a Lucille, le enviaremos la factura de los gastos que hayamos tenido. Ahora lo que necesitamos es una fotografía de su hija.

—Lo que queráis —exclamó el señor Anderson al entregarle el sobre lleno—. Si necesitáis algo, llamadme a cobro revertido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la señora Anderson con tristeza al comisario Reynolds.

—Regresen a Fresno y siéntense al lado del teléfono. Su hija podría llamarles —dijo el comisario Reynolds—. Si nosotros averiguamos algo, les avisaremos en seguida.

—Mi pobre niña —exclamó la señora Anderson con voz quebrada—. ¿Y si no volvemos a verla nunca?

CAPÍTULO 3
EL HOMBRE-LOBO DE HOLLYWOOD

—¿Oísteis lo que dijo el jefe? —se pavoneó Pete—. Nos recomendó. ¡Increíble!

Bob contempló con el entrecejo fruncido las fotografías esparcidas encima de la mesa escritorio del Puesto de Mando. Tenía el día libre. Trabajaba media jornada en la biblioteca de Rocky Beach.

—Sí, fue estupendo —comentó—. Sólo que: ¿por dónde empezamos? Debe de haber cientos de chicas que se escapan para ir a Hollywood.

La sonrisa de Jupiter tenía un aire de superioridad.

—¿Empezamos por las casas de empeño? —propuso.

Bob se incorporó de un salto.

—¡Oh, claro!

—Tío Titus viajó con un circo cuando era joven —explicó Jupe—, y a menudo estaba sin blanca. Él conoce bien las casas de empeño. Dice que, cuando te prestan dinero, tienes que entregarles algo de valor que asegure el préstamo y dar tu nombre y dirección.

—¡Oh, uau! —Pete estaba loco de contento—. ¡Ya la tenemos!

—Si es que esas papeletas de empeño que estaban en el libro son de Lucille Anderson —replicó Jupiter—, y si es que dio a los prestamistas su verdadero nombre y dirección. De lo contrario, estas papeletas serán sólo el principio.

»Todas estas papeletas son de tiendas de Hollywood. Konrad va a ir a Hollywood dentro de un rato y puede llevarnos en el camión. Averiguaremos rápidamente lo útiles que pueden ser estas papeletas como pistas.

Konrad era uno de los dos hermanos bávaros que efectuaban los trabajos pesados de carga y descarga en la chatarrería. Esperaba en la calle, cerca de la oficina, cuando los muchachos salieron presurosos. Había oído hablar de la muchacha que había huido de su casa y de la angustia de sus padres y era todo compasión. Aunque en realidad iba a Hollywood a recoger una carga de trastos viejos, no tuvo inconveniente en dar un rodeo y detenerse en la primera casa de empeño.

Jupiter, Pete y Bob se apearon del camión y entraron en una tienda poco iluminada y con olor a rancio. El prestamista miró la papeleta que le presentaba Jupiter y luego se volvió para abrir un armario. Sacó una medalla de plata con una cinta azul.

—¿Queréis desempeñarla? —preguntó al entregársela a Jupe.

Había un dibujo en la medalla que recordaba vagamente la Estatua de la Libertad. En el reverso, una inscripción decía que Lucille Anderson había ganado el tercer premio de ortografía en un colegio de Fresno.

—La chica que empeñó esto, ¿qué dirección dejó? —preguntó Jupe—. Somos amigos de sus padres.

—¿Se escapó? —adivinó el prestamista.

—Sí. Hace dos meses que ha desaparecido y…

El hombre alzó la mano para detener a Jupe.

—No me digas más —dijo—. Es una vieja historia. Vienen aquí para ser famosas y, en vez de eso, se arruinan.

Se acercó a un fichero que estaba encima del mostrador.

—¿Qué nombre habéis dicho?

—Lucille Anderson —contestó Jupe.

El hombre meneó la cabeza.

—No. La que empeñó eso se llamaba Valerie Cargill.

—¿Valerie Cargill? —repitió Bob—. ¡Usted bromea!

—Yo carezco del sentido del humor —replicó el hombre—. Nunca hablo en broma.

—¿Hay alguna dirección? —preguntó Jupiter.

Volvió a consultar el fichero.

—Oeste de Los Ángeles. Paseo del Río, 1684.

—No existe ningún Paseo del Río al oeste de Los Ángeles —declaró Bob.

—Me lo figuraba —dijo el prestamista que cogió la foto que

Jupe le mostraba. Al verla, su expresión se dulcificó.

—Es una chica guapa. No se parece en nada a la que empeñó esa medalla. La recuerdo bien. Era rubia con un lunar en la mejilla. Me imagino que postizo. Se parecía mucho a esa chica que sale en el serial de la noche… ¡Triunfo! Mi mujer lo ve todos los lunes.

—Esa artista es Valerie Cargill —dijo Jupe.

El prestamista asintió.

—No me sorprende. Y no es preciso ser un genio para saber que no fue la verdadera Valerie Cargill quien empeñó esa medalla patética. Escuchad… ¿vais a desempeñarla? Os costará ocho pavos y setenta centavos.

Jupe pagó al hombre y cogió la medalla. Los muchachos volvieron al camión.

—Yo pensaba que este caso iba a ser fácil —se lamentó Pete.

—Hemos de seguir probando —insistió Jupe—. Uno de los prestamistas puede que nos dé una pista auténtica.

En la segunda casa de empeño, el prestamista fue bastante atento, aunque no pudo darles ninguna información útil. Una chica había empeñado un anillito de oro. Llevaba una túnica y botas altas hasta la rodilla y se parecía mucho a uno de los personajes del espacio televisivo de misterio Buscando a Erehwon.

—¿Qué nombre dio? —preguntó Jupiter.

—Allida Cantrell —dijo el prestamista.

—Ese es el nombre de la protagonista.

Los muchachos dejaron el anillo de oro, puesto que no tenían dinero suficiente para desempeñarlo. Al volver al camión, encontraron a Konrad comiendo una manzana y preocupado por la hora.

—Quisiera ayudaros, Jupe —le dijo—, pero tu tía Matilda no quiere que perdamos todo el día.

—No te robaremos mucho tiempo, Konrad. Lo prometemos —dijo Jupe—. Sólo queda una casa de empeño más. Está en el Boulevard Hollywood.

Konrad frunció el ceño, pero les llevó al Boulevard Hollywood.

—No me gusta esta calle —declaró.

Los Investigadores comprendieron por qué. Era un barrio muy pobre. Una mujer con una bolsa rebuscaba en un container de basura en una esquina, y la gente que transitaba tenía un aspecto

desastrado.

En ninguna parte se veía el menor rastro del supuesto encanto de Hollywood.

Había una plaza de aparcamiento una manzana más allá de la casa de empeño. Konrad la ocupó y los muchachos se bajaron del camión y siguieron andando. Pasaron por delante de una tienda pequeña donde se vendían recuerdos de Hollywood y planos de las casas de los famosos. La casa de empeño estaba dos puertas más allá. Pete fue el primero en llegar.

—Qué manera de perder el tiempo —se lamentó.

Entonces se oyó un grito en el interior del establecimiento y una figura salió corriendo y apartó a Pete de un codazo.

—¡Eh! —gritó Pete—. ¡Tenga cuidado!

La persona que había salido de la tienda se volvió para dirigirse hacia Pete, que le miró asustado. Vio un rostro oscuro y peludo… unos dientes afilados… como colmillos. Una nariz ancha y grande… cuyas ventanillas se movían. No puedo verle los ojos. Los tenía hundidos… escondidos, como suelen tenerlos las fieras.

Pete abrió la boca para volver a gritar, pero no emitió ningún sonido. Las manos que le sujetaban eran garras oscuras y peludas.

Alguien gritó en el interior de la casa de empeño. La pesadilla soltó a Pete para huir.

Por un instante nadie se movió. Luego el hombre de la casa de empeño se puso a gritar:

—¡Detengan a ese tipo!

En la acera una mujer gritó.

Aquel horror desapareció en el interior de la tienda de recuerdos. Se oyeron más gritos.

Pete, al reaccionar, se dispuso a seguir a aquel ser extraño, pero era ya demasiado tarde. El fugitivo había salido por la trastienda y desapareció por la calle posterior.

Los muchachos regresaron a la casa de empeño para interrogar al asustado propietario.

—¡Eh, ese tipo ha intentado robarme! —exclamó—. ¡Y cuando os ha visto a vosotros, se asustó y huyó!

A los pocos momentos, se oyeron sirenas en el bulevar. Un coche patrulla se detuvo delante de la casa de empeño y luego otro. La gente acudió. Los muchachos salieron de la casa de empeño

seguidos de su propietario que gesticulaba exageradamente.

Uno de los policías hizo retirar a la multitud, otro fue a hablar con el prestamista, quien señaló a Pete. Un tercero se dirigió al muchacho.

—¿Eres tú el que ha intentado detener a ese tipo? —le preguntó el policía.

Pete asintió.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió el agente. Pete dudaba.

—Va usted a pensar que estoy chiflado —le dijo.

—Prueba —le apremió el policía.

—¡Parecía… parecía un monstruo!

El agente asintió con paciencia.

—¿Se parecía a un gorila? —dijo con calma—. ¿O era otra clase de monstruo?

—Pues, sí. Es decir, no. No un gorila exactamente. ¡Más bien… un hombre-lobo!

—Um —exclamó el policía mientras anotaba en su bloc—. ¿Cómo era de alto ese hombre-lobo? —continuó.

—Como yo —le dijo Pete—. Aunque más fornido.

El policía se volvió a Jupiter.

—¿Y qué viste tú exactamente? —le preguntó.

Jupe dijo que él también había visto un hombre-lobo.

—Agente, no parece sorprendido por nuestra historia —observó Jupiter.

El agente de policía sonrió.

—Es porque un tipo disfrazado de gorila asaltó una gasolinera la semana pasada —dijo.

—Sí, ahora recuerdo haberlo leído en los periódicos —intervino el prestamista—. ¿No fue otro tipo con la cara verde y un tornillo asomando por su cuello el que asaltó una bodega en Santa Mónica?

Uno de los policías sonrió.

—Nada es «normal» en esta ciudad.

Cuando se hubo marchado la policía, el prestamista preguntó a los muchachos:

—¿Veníais a verme?

Jupe le habló de Lucille. El hombre les condujo al interior de su tienda y consultó sus archivos. Luego abrió un cajón para sacar un delicado broche de oro en forma de lazo.

—Me da pena que la gente empeñe cosas como ésta —dijo el prestamista—. Es de esos broches que se regalan a las jovencitas cuando se gradúan en la escuela superior.

—¿Recuerda a la chica que lo empeñó? —preguntó Jupe—. ¿Era ésta?

Y le mostró la fotografía de Lucille Anderson. El hombre de la casa de empeño la observó unos instantes.

—Podría ser. Llevaba un dedo de maquillaje y el cabello más claro, pero podría ser.

Volvió a consultar su archivo y declaró que el broche había sido empeñado por Julieta Ravenna.

—Ese es el nombre de una actriz —gruñó Jupe—. ¡Estamos en un callejón sin salida!

CAPÍTULO 4
LA CHICA DE LAS MIL CARAS

Aquella tarde los muchachos se reunieron en el Puesto de Mando. Pete se sentó en el suelo con el entrecejo fruncido.

—¿Cómo vamos a encontrar a una chica que cada día tiene un aspecto distinto?

Por unos instantes, nadie respondió. Luego, Jupe les propuso un plan.

—Si Lucille Anderson se ha tomado en serio lo de trabajar en el cine, tiene que haber pasado por las agencias teatrales. Nosotros podemos hacer lo mismo.

—Podemos intentarlo —repuso Pete—. No tenemos nada que perder.

A la mañana siguiente temprano, los muchachos tomaron el autobús de Hollywood. Empezaron por la primera de la lista que Jupe había preparado. La recepcionista era una joven delgadísima que ni siquiera les escuchó.

—No hablamos con nadie de nuestros clientes —dijo muy seria.

—Pero… pero puede que no sea una cliente —insistió Pete.

—Estoy demasiado ocupada para perder el tiempo con vosotros, chicos —les dijo la recepcionista, que volvió a teclear su máquina de escribir.

En la segunda agencia, la recepcionista les dirigió una mirada de reproche cuando le preguntaron por Lucille.

—Aunque la conociera, no os lo diría —les contestó—. ¡No os da vergüenza! ¡Sois demasiado jóvenes para ir persiguiendo a las

actrices!

A Jupiter se le subió la sangre a la cara.

—Nosotros no perseguimos a nadie —respondió—. Los padres de esa joven nos han pedido que les ayudemos a encontrarla… y…

—¿Una joven desaparecida? —le interrumpió la mujer—. En ese caso sus padres debieran dar parte a la policía. Y nosotros no aceptamos a las chicas que se escapan de sus casas. No traen más que problemas.

En la tercera agencia, la recepcionista fue más cordial, posiblemente porque reconoció el nombre de Jupiter.

—¡Tú eres Bebé Fatty! —exclamó.

Se refería a la temprana carrera de Jupiter como actor infantil. A Jupe no le gustaba admitir que había sido un niño rollizo estrella de TV. El mero hecho de oír mencionar el nombre de Bebé Fatty era suficiente para ponerse a dieta. Frunció el entrecejo y sacó una foto de Lucille Anderson.

La recepcionista, al ver la foto, meneó la cabeza.

—Es igual que un montón de otras chicas —dijo—. ¿Quién es? ¿Tu hermana? ¿Una amiga?

Jupe entregó a la mujer una de las tarjetas de los Tres Investigadores.

—Se llama Lucille Anderson —explicó—. Sus padres nos han pedido que la busquemos —explicó—. Se marchó de su casa hace dos meses.

—Probablemente vais a perder el tiempo —replicó la recepcionista—. Hay miles como ella. Pero, si intenta entrar en el mundo del espectáculo, cabe una posibilidad. Que se presente en el programa de televisión *En busca de una estrella*. Dan a los aficionados la oportunidad de salir en la pantalla.

La mujer les dio la dirección del estudio donde se celebraban las audiciones. Los muchachos, tras darle las gracias, salieron apresuradamente. Al llegar al estudio, vieron una larga cola de jóvenes esperanzados que daba la vuelta a la manzana.

Jupe hizo un gesto de impaciencia e intentó entrar directamente en el estudio. Los que aguardaban en la cola lanzaron gritos de protesta.

Pete cogió a Jupe del brazo.

—¡Tiene que haber un medio mejor! No podemos pasar el resto

de nuestras vidas haciendo cola.

Jupe se sentó en el banco de la parada del autobús.

—Tenemos que llegar hasta ellos como sea —dijo con pesimismo.

Pero luego se animó.

—¡Enviaremos una circular! Es lo que el señor Anderson quería hacer en Rocky Beach. Pero nosotros lo haremos con las agencias busca talentos. Enviaremos pasquines impresos con la descripción de Lucille y un par de fotos. Enviaremos una a cada agente y a cada estudio de la ciudad, y pediremos que cualquiera que haya visto a Lucille telefonee a los Tres Investigadores.

Miró a Pete y a Bob.

—Es un medio digno —dijo Jupe—. Sencillo. Y no pondremos a nadie a la defensiva.

—Me gusta —dijo Bob.

—Para mí, cualquier cosa es mejor que recorrer todo Hollywood intentando hablar con gente que no desea hablar con nosotros —dijo Pete.

Los muchachos se sentían más animados cuando cogieron el autobús de regreso a Rocky Beach. Al llegar a la chatarrería, encontraron solo a Hans, el hermano de Konrad, a cargo de todo. Tío Titus y tía Matilda habían ido a Ventura donde iban a demoler un bloque entero de edificios antiguos.

—Tu tía ha dicho que aún no ha ido al supermercado, de manera que en el frigorífico no hay nada que comer —le dijo Hans a Jupiter—. Y que, si tienes apetito, que cojas dinero de la tetera de porcelana y comas lo que quieras, por ejemplo, *pizza*.

—¡Eh, eso está bien! —exclamó Pete—. ¿Quieres compañía?

Bob rebuscaba en su bolsillo.

—Mi madre no me espera hasta más tarde —dijo.

—Estupendo —exclamó Jupe—. Podemos redactar la circular mientras comemos. O por lo menos discutir lo que pondremos.

»¿Os va bien La Choza de la Pizza?

Respondieron que sí y llegaron allí a los pocos minutos con sus bicicletas.

La Choza de la Pizza era muy popular en la carretera de la costa de Rocky Beach. La juventud acudía allí a comer pizza, a disfrutar con los videojuegos, escuchar música y encontrarse con los amigos.



Cuando llegaron, había por lo menos una docena de jóvenes alrededor de un videojuego. Observaban y vitoreaban a una chica con una espesa mata de cabellos negros recogidos sobre su cabeza que manejaba la máquina y se balanceaba de un lado a otro mientras hacía funcionar los mandos.

Bob, Pete y Jupe, pidieron una *pizza* grande de pimientos en el mostrador y se sentaron a esperar. Los chicos que rodeaban el videojuego lanzaron vítores.

—Esa chica debe de ser buena —observó Bob.

Pero, entonces precisamente el juego terminó. Los jóvenes rieron y la chica se apartó de la máquina. También reía: Los otros se apartaron para abrirle paso. Se dirigió hacia la puerta y los tres muchachos de la mesa vieron que su falda llegaba hasta el suelo. Su blusa era anticuada con volantes en la pechera. Sus pendientes tintineaban y llevaba también un reloj pequeño prendido de la blusa. Con su expresión dulce e ingenua, sus cabellos peinados hacia arriba y sus ropas anticuadas parecía una adolescente del siglo pasado. Dirigió una breve sonrisa a los tres muchachos al pasar ante su mesa, y luego salió a la calle.

—¿Por qué irá vestida así? —preguntó Bob—. Parece como si estuviera representando algún papel en alguna obra.

Una mujer rechoncha salió de la cocina con una bandeja cargada de comida. Puso la *pizza* en mitad de la mesa de los muchachos y fue a buscar las bebidas.

Jupe empezó a cortar un pedazo de *pizza,* pero se detuvo de pronto y el trozo cayó de nuevo sobre un mar de queso.

—¡Era ella! —exclamó.

—¿Qué? —preguntó Pete.

—¡Era ella! ¡Lucille Anderson! ¡Era ella!

Jupiter corrió hasta la puerta, la abrió y salió disparado hacia la zona de aparcamiento de La Choza de la Pizza. Vio automóviles que pasaban velozmente, y unos pocos transeúntes al otro lado de la calle. ¡Pero la chica vestida a la antigua había desaparecido!

CAPÍTULO 5
UNA NUEVA PISTA

—¡Prestad atención un momento, por favor! —gritó Jupiter—. ¡Es importante! —El Primer Investigador había entrado de nuevo en La Choza de la Pizza y trataba de atraer la atención de los que jugaban a los videojuegos. Se irguió todo lo que pudo, muy serio. Los jugadores interrumpieron su juego y se volvieron hacia Jupe, sorprendidos. La camarera se paró en seco camino de la cocina.

—Hemos estado buscando a la chica que acaba de salir de aquí —dijo Jupe.

Los demás se miraron unos a otros. Ahora recelaban intranquilos.

—¿Por qué? —preguntó uno de ellos.

Jupe sacó una de las fotos de Lucille Anderson y la fue pasando.

—Los padres de Lucille Anderson nos dieron estas fotografías —explicó—. Y nos pidieron que la buscásemos. Es de Fresno y falta de su casa hace dos meses.

—Esa chica no se llama Anderson —replicó uno de los jóvenes—. Ni tampoco Lucille.

—Puede que utilice otro nombre —sugirió Bob.

—Vosotros habéis visto demasiadas películas de espías —dijo una de las chicas.

—¡No, no es cierto! —exclamó Pete con vehemencia—. Escuchad, su madre casi se vuelve loca. ¿Cómo se sentiría la tuya si… desaparecieses de repente?

Los otros parecían violentos. Una de las chicas dijo:

—Esa chica no se ha escapado de su casa. Vive aquí.

—¿Estás segura? —preguntó Bob—. ¿Hace tiempo que la

conoces?

—Un poco —replicó.

—¿Más de dos meses? —Jupe y sus amigos vieron que los demás estaban a la defensiva. Nadie contestó—. Le gusta vestir siempre de distinta manera, ¿no es cierto? Y también cambia el color de su pelo.

Se hizo el silencio en La Choza de la Pizza. Los jugadores de los videojuegos se miraban sin querer decir más. ¿Quiénes eran aquellos tres, después de todo?

En aquel momento un Audi marrón se detuvo ante la puerta y un hombre de cabellos grises entró en el restaurante.

—¿Por qué hay tanto silencio? —preguntó—. ¿Problemas?

—Todo va bien, señor Sears —dijo la camarera—. Ese chico está buscando a una amiga suya.

El señor Sears lanzó un gruñido y fue a situarse detrás del mostrador. Al parecer era el dueño, pues abrió la caja registradora y se puso a contar el dinero.

Una de las chicas al fin se decidió a hablar…

—Esa chica que estaba aquí vive carretera arriba, en ese lugar que parece antiguo de verdad… la plaza Cheshire. Y se llama Arianne.

—¿Arianne qué? —preguntó Bob.

—Ardis. Arianne Ardis.

—¿Y tú crees que es su verdadero nombre? —gruñó Jupe.

—¿Por qué no iba a serlo? —dijo uno de los chicos—. Y si esa chica se escapó, por algo sería. Siempre hay un motivo cuando alguien huye. Su vieja se lo haría pasar mal o…

—Ella quiere ser estrella de cine —le interrumpió Pete—. Por eso se fue. Nadie le da mala vida. Por lo menos no lo creemos.

—Está bien —dijo el muchacho—. Cuando volvamos a verla, le diremos que la buscáis. ¿Satisfechos?

Jupe vacilaba. Luego sacó una tarjeta de los Tres Investigadores y anotó el teléfono del Puesto de Mando.

—Decidle que nos llame —dijo al entregar la tarjeta al muchacho.

El chico al leerla sonrió.

—Conque detectives privados, ¿eh? —Se guardó la tarjeta en el bolsillo de sus téjanos—. De acuerdo, chico, se lo diremos.

Jupe, tras darle las gracias, volvió a su *pizza*.

La camarera regresó a la cocina, seguida por el hombre de los cabellos grises, y todos los jóvenes volvieron a sus juegos.

Bob se acercó más a Jupe.

—¿De verdad crees que esa chica nos llamará?

—No —masculló Jupe con la boca llena de *pizza* fría—. Pero no tenemos que esperar a que nos llame, ¿no te parece? Si vive en la plaza Cheshire ya sabemos cómo encontrarla. Come. Puede ser una tarde muy larga.

La plaza Cheshire parecía antigua, pero no lo era. Las casas habían sido terminadas hacía menos de un año, y se alzaba sobre un acantilado mirando al Pacífico. El complejo parecía recién estrenado con su pintura fresca, metales relucientes, parterres y césped nuevos.

El constructor que edificó la plaza Cheshire era un visionario con sentido del humor. En una entrevista publicada en un periódico, decía que su deseo era confundir a los arqueólogos del futuro.

—Algún día excavarán los restos de una casa de 1890 —decía—. Y descubrirán llenos de asombro adelantos tecnológicos que no aparecieron hasta cien años más tarde. ¡Quedarán totalmente confundidos!

De modo que las casas que había edificado estaban decoradas con gárgolas y torretas y el porche de madera típico de las casas victorianas. Añadió también verandas, buhardillas y sótanos. Las casas estaban rodeadas de jardines con verjas de hierro forjado y miradores. Y en el centro de la plaza había un parque diminuto con un templete antiguo para la banda de música.

Los muchachos pudieron verlo desde la entrada donde vigilaba un guarda uniformado.

—Aquí no vive ninguna Lucille Anderson —les dijo el guarda.

—¿Y una tal Arianne Ardis? —preguntó Jupiter. El rostro del hombre se endureció.

—¿Os conoce?

—Desde luego —replicó Jupiter.

—¿Vuestros nombres? —preguntó el hombre.

—¡Jupiter Jones! —contestó Jupe—. Este es Bob Andrews y este otro Pete Crenshaw. Somos amigos del señor y la señora Anderson de Fresno, y traemos un mensaje importante para Arianne.

El guarda vacilaba con la mano en el teléfono.

—Si la llama usted y nos anuncia, verá cómo estará encantada —dice Jupiter—. Amigos de la señora y del señor Charles Anderson. Dígaselo.

Pero el guarda no le escuchaba. Una sirena aullaba en la carretera inferior. Era un coche de la policía y se acercaba muy de prisa.

Los muchachos se volvieron para mirar la carretera que conectaba la plaza Cheshire con la autovía de la Costa. Un coche del departamento de Policía de Rocky Beach iba tan de prisa que sus ruedas chirriaron al girar para salir de la autovía.

Entró por la verja hacia la garita.

Alguien en el interior del complejo urbanístico gritó. Fue un grito agudo lleno de miedo y furor.

—¡Cuidado! —gritó Bob.

El guarda había salido de su garita para interponerse en el camino de un hombre que venía corriendo de una de las manzanas de casas victorianas. El hombre corría con la cabeza gacha y los brazos levantados. Los Tres Investigadores no vieron más que el cabello negro y una camisa oscura. Luego, el que huía levantó la cabeza cuando el guarda trató de detenerle, y los muchachos vieron que llevaba puesta una media en la cabeza y sus facciones estaban aplastadas y distorsionadas.

El guarda se lanzó a sus piernas, pero el fugitivo pudo esquivarle y darle un puñetazo que le hizo rodar por el suelo. Jupe y Bob acudieron en su ayuda.

Pete saltó con intención de cortar el paso al hombre enmascarado y detenerle en su huida, pero el fugitivo volvió a utilizar el puño. Pete sintió entrechocar sus dientes al recibir el impacto.

Se tambaleó y cayó sentado. La oscura figura se metió entre la maleza para alejarse colina abajo. ¡Un segundo después, había desaparecido!

CAPÍTULO 6
UNA SORPRESA ATERRADORA

El coche patrulla se detuvo. Se apearon dos agentes de policía y se lanzaron colina abajo en persecución del fugitivo. De pronto, llegó un segundo coche oficial con otros dos policías. Uno ayudó al guarda a ponerse en pie, y el otro se inclinó sobre Pete que seguía en el suelo palpándose la mandíbula.

—¿Está bien? —le preguntó el policía—. ¿Puedes levantarte? Te llevaremos al dispensario.

—Estoy bien —contestó Pete—. Mientras no se me caigan los dientes.

Pete se puso en pie y se apoyó contra la garita.

Y entonces vio a la muchacha… la chica vestida a la antigua con falda larga y blusa con chorreras que hablaba frenética con el policía que había intentado ayudar a Pete.

—¡Entró por la fuerza! —decía la chica—. ¡Tuvo que hacerlo! Si no, ¿cómo iba a estar ahí ese ladrón? Yo acababa de entrar. Subí al piso de arriba y, al llegar a la mitad del pasillo, supe que allí había alguien.

La muchacha estaba muy pálida y temblaba. El guarda fue cojeando hasta su garita, de la que sacó una silla para que pudiera sentarse.

—¿En qué casa? —preguntó el policía—. ¿Dónde vive usted?

La joven señaló el parque con un gesto. De pronto sacudió la cabeza y se puso a llorar.

—Es el edificio Fowler —dijo el guarda y señaló el otro lado de la plaza—. Allí. Número catorce. Junto al otro lado del parque.

El policía asintió, y él y su compañero subieron al coche para ir

hasta allí. La muchacha de la falda larga se quedó donde estaba. Jupiter y sus amigos la observaron. Su rostro era más pálido que en las fotografías de los Anderson, aunque sus ojos sí eran castaño-verdosos. ¿Sería Lucille Anderson? ¿O tal vez alguien que se le parecía y disfrutaba también vistiendo atuendos antiguos en vez de ropa corriente?

Al poco rato, regresó el coche patrulla y el policía que había echado a correr colina abajo tras el ladrón volvió también sudoroso y decepcionado. El agente que había hablado primero con la muchacha se agachó ahora junto a su silla.

—¿Se siente ya con ánimos para ayudarnos? —le preguntó—. ¿Podría venir con nosotros hasta la casa y ver si falta alguna cosa?

Ella asintió e hizo ademán de levantarse, pero se dejó caer de nuevo sobre la silla.

—Está bien —dijo el agente de policía—. Tómese el tiempo que necesite.

—Cuando le oí —comenzó a decir la muchacha—, yo estaba en mitad del pasillo y él detrás de mí, en algún sitio… aunque no en el pasillo… sino en uno de los dormitorios y yo hubiera tenido que pasar por delante para llegar a la escalera. Y no pude… no pude.

Su voz se quebró y los muchachos imaginaron aquel momento terrible, cuando la muchacha se dio cuenta de que un intruso se interponía entre ella y la libertad.

Se aclaró la garganta antes de continuar.

—Entré en la habitación de la señora Fowler y cerré la puerta como si no hubiese notado nada. Puse una silla debajo del pomo y la radio en marcha, y luego llamé a la policía por el teléfono que hay junto a la cama.

—Bien —exclamó el agente—. Es usted una jovencita valiente y equilibrada. ¿Y luego qué hizo?

—Luego nada. Quiero decir, que esperé a que llegase la policía. Pero, al oír las sirenas al pie de la colina y al ladrón bajar corriendo la escalera, de repente me volví loca. ¡No quería que escapase y salí corriendo detrás de él!

El oficial hizo un gesto de asentimiento.

—No fue lo más sensato. Por suerte, ese sujeto siguió corriendo.

La muchacha se puso en pie.

—Ya estoy mucho mejor —declaró—. Podemos volver a casa.

Pero el guarda no estaba satisfecho.

—Debiera quedarse alguien con usted —dijo—. ¿Por qué no llama a sus amigas?

Ella meneó la cabeza.

—Mis amigas no están… en la ciudad.

Jupe dio un paso al frente.

—Nosotros podríamos avisar a tu madre, Lucille —le dijo en voz baja.

Ella pegó un respingo y luego se volvió hacia Jupiter con frialdad.

—¿Lucille? Yo no me llamo Lucille —dijo—. Mi nombre es Arianne.

—¡No la molestéis! —gritó el guarda—. ¿No veis que se ha llevado un buen susto?

La muchacha subió al coche patrulla que se dirigió a la plaza Cheshire, mientras otro de los policías anotaba los nombres y las direcciones de los muchachos y les tomaba declaración, cosa que probablemente no iba a ser de mucha ayuda. El fugitivo era un hombre de estatura mediana, cabello negro y vestía de oscuro. Eso era lo único que podían asegurar.

Luego, el segundo coche patrulla se marchó. El guardián, al ver como se hinchaba el cardenal en la mejilla de Pete, meneó la cabeza.

—Vaya pandilla de salvajes que rondan por aquí estos días —dijo—. No hay derecho a que una niña como ésa esté sola en esa casa tan grande… en la que acaba de entrar un ladrón.

—¿Y los dueños de la casa? —preguntó Pete—. ¿Dónde están?

—La señora Jamison Fowler está en Europa —replicó el hombre—. Se fue hace unos días. Arianne lleva unas semanas con ella. La señora Fowler es una gran dama. A veces recoge a chicas como ésta, que lo pasan mal viviendo solas. Procura que tengan una habitación bonita, comida suficiente y alguien que las vigile. Arianne tiene un trabajo de media jornada en algún sitio. Aquí en la casa lleva a cabo algunas tareas para la señora Fowler y hace compañía al ama de llaves, pero ayer a ésta la llamaron de su casa por alguna emergencia familiar.

Hizo una pausa y luego miró a los muchachos con aire interrogador.

—¿Os parece conocida?

Jupe le mostró al guarda las fotografías de Lucille Anderson.

—Los padres de Lucille Anderson nos dieron estas fotos —dijo—. ¿Qué opina usted?

El guarda las examinó cuidadosamente. Su expresión no cambió, pero al terminar dijo:

—Yo tengo una hija de su misma edad.

—Si fuese su hija, ¿no le gustaría saber si está bien?

El hombre asintió.

—Hablaré con ella para que os reciba. Puede que sea la persona que buscáis. Aunque éste no es el mejor momento, después del susto que ha pasado y con la policía aquí.

—¿Y si volvemos mañana por la mañana? —propuso Jupiter.

—Estupendo. Entretanto yo hablaré con Arianne y quizá logre convencerla para que mañana se quede en casa… o por lo menos para que no vaya a trabajar hasta que vengáis vosotros.

Al día siguiente, Jupiter llegó solo a la plaza Cheshire. Pete, Bob y él habían decidido que únicamente uno de ellos fuese a ver a la joven a casa de los Fowler.

—No vaya a pensar que la acosamos —opinó Bob—. Tres contra uno es demasiado.

De manera que fue Jupe quien encontró al guarda esperándole.

—No le he dicho nada de que sus padres os han encargado que la busquéis. Probablemente se lo habrá figurado. Sólo le dije que tú y tus amigos queríais aseguraros de que está bien. Os recibirá.

El guarda señaló la casa de los Fowler.

—Es esa casa grande del otro lado del parque.

Jupe le dio las gracias y cruzó la puerta de hierro. Anduvo hasta el número 14, un edificio de dos plantas adornado con torreones, persianas de fantasía y adornos de madera. Al aproximarse a la casa, la joven que se hacía llamar Arianne abrió la puerta y salió al porche.

—¡Eh! —exclamó—. Te estaba esperando.

—Jupiter Jones —le dijo Jupe con la mano extendida.

Con una risa nerviosa, la muchacha le estrechó la mano con brevedad y luego se volvió para entrar en la casa. Jupe la siguió.

De inmediato tuvo la sensación de hallarse en otra época. Del vestíbulo partía una escalera amplia hasta la galería del primer piso. Había muchos helechos y arrimaderos de madera oscura. Una gruesa alfombra roja amortiguaba sus pasos y varias pinturas adornaban las paredes con pesados marcos dorados.

—Espeluznante, ¿no te parece? —dijo la muchacha a Jupe—. Vamos a la cocina. Es más agradable.

Jupe la siguió más allá de la escalera. Pasaron por el distribuidor hasta llegar a una cocina grande y soleada. Una tetera hervía sobre el fogón, que parecía antiguo, aunque en realidad era eléctrico.

La joven invitó a Jupe a sentarse ante la mesa redonda situada entre dos ventanas. Mientras escanciaba las bebidas… té para ella y cola para Jupiter… él la observó en silencio. Vestía un traje largo con un volante que arrastraba por el suelo. Sus cabellos largos, recogidos con un lazo, dejaban al descubierto un delicado rostro en forma de corazón y una barbilla pequeña y decidida. Le pareció más que nunca extraña y anticuada. Jupe comprendió que iba vestida así para hacer juego con la casa.

—Es estupendo que la señora Fowler te deje vivir aquí —comenzó a decir Jupiter.

—Desde luego —convino la joven—. La señora Fowler se ha portado muy bien conmigo.

—¿Cómo la conociste? —preguntó Jupiter.

—Pues, ya sabes que trabajo en el salón de belleza «Un Toque Delicado».

Jupiter asintió al reconocer el nombre de un salón de belleza de Rocky Beach.

—En realidad, es un trabajo aburrido —continuó la muchacha—. Barrer el suelo después de cada corte de cabello. Pero otras actrices han hecho cosas peores antes de llegar al éxito. De modo que, la señora Fowler viene bastante a menudo a arreglarse el pelo y charlamos. Hace un par de semanas me dijo que se iba a Europa y que su ama de llaves no estaba dispuesta a quedarse sola y si yo quería vivir aquí algún tiempo. Bien, pensé, esto es perfecto.

—Exacto —convino Jupe—. Así tienes que trabajar menos horas en el salón de belleza y más tiempo para continuar tu carrera de actriz, y un sitio seguro donde vivir.

La joven dirigió a Jupiter una mirada sorprendida. Parecía leerle

el pensamiento.

—Larry Evans dijo que estabais preocupados —dijo la joven.

—¿Larry Evans? ¿El guarda de la entrada?

—Sí. —Ella hablaba con cautela, como si no quisiera descubrir nada antes de asegurarse de quién era Jupe y lo que sabía.

Jupe iba armado de la fotografía de Lucille cuando se presentó al concurso de *Miss* Juvenil. La sacó para ponerla encima de la mesa ante ella.

Por unos instantes Lucille no dijo nada. Luego se volvió hacia la ventana.

—Lucille —dijo Jupiter—. Tengo que…

—¿Por qué insistes en llamarme así? —le interrumpió furiosa—. ¡Yo soy Arianne! ¡Arianne Ardis!

—Me suena a nombre supuesto —dijo Jupe.

—¿Y a ti qué te importa? —exclamó la muchacha—. ¿Quién eres tú?

—Tu padre y tu madre vinieron a verme a mí y a mis amigos —explicó Jupe. Le contó a Lucille que habían encontrado la bolsa-bandolera y que por ella llegaron a Fresno—. Tus padres viajaron toda la noche para venir a vernos. Tu madre lloraba.

—¡Les dije que estaba bien! —exclamó la joven.

Jupe tuvo un momento de alivio. ¡Lo admitía! Por primera vez admitía que era Lucille Anderson.

—Quizá si te mantuvieras en contacto con tus padres, ellos creerían que estás sana y salva —insistió Jupe.

—¡No cesarían de insistir para que volviera a casa! —se lamentó Lucille.

—Es posible; pero, tal como están las cosas, imaginan que te ocurren toda clase de cosas horribles. Si les llamases…

—¡Oh, de acuerdo!

Se levantó tan de prisa, que derramó su taza de té. Había un teléfono de pared cerca de la fregadera. Fue hasta él y pulsó los botones a toda prisa.

Jupe volvió a sentarse. Su trabajo había terminado.

—¡Oiga! —dijo Lucille tras una larga espera—. Oiga, ¿mamá…? Sí, mamá, de verdad soy yo. Sí. Y este chico está aquí… ya sabes, ese gordito… y…

Hubo una pausa y luego:

—Oh no, mamá. ¡No quiero! ¡Estoy estupendamente! Este chico dijo que sólo…

Hablaron más por el otro extremo de la línea y de pronto Lucille se puso tensa de furor.

—¿No me has oído? ¡No quiero! —gritó—. Estoy muy bien, tengo un empleo y un sitio fantástico para vivir. Voy a dar algunas clases y…

Otra pausa, y luego añadió con sarcasmo:

—Clases de declamación, mamá. ¿Qué pensabas? ¡No necesito más álgebra!

Se oía la otra voz por el teléfono.

—¿Qué quieres decir con eso de que la vida de papá ya no será la misma? No me eches a mí la culpa —replicó Lucille—. ¡Sabía que habría follón si te llamaba!

Y colgó el aparato con rabia.

—¡Ya lo sabía! —exclamó—. ¿Quién me manda escuchar al primer cabeza de chorlito que pasa por aquí? ¡Mi hogar y mi madre! ¿Sabes lo que eso significa? ¡Un año más ahogándome en la escuela superior y luego casarme con algún estúpido aburrido!

Por una vez a Jupiter Jones no se le ocurrió nada que decir.

CAPÍTULO 7
DRÁCULA RESUCITA DE NUEVO

Los Anderson llegaron aquella tarde a Rocky Beach antes de oscurecer. Jupiter, Pete y Bob realizaban algunas tareas para tía Matilda en la chatarrería, cuando el automóvil de Fresno entró por la puerta de la verja. Jupiter había telefoneado a los Anderson en cuanto regresaron al Puesto de Mando para darles el nuevo nombre de Lucille y su dirección, así como un informe minucioso de la conversación sostenida con ella aquella mañana. De manera que ¿por qué venían ahora?

—¡Oh, no! —gimió Pete—. No me apetece quedarme.

El automóvil se detuvo cerca de la oficina y se apeó la señora Anderson.

—¡La encontrasteis! —exclamó con una sonrisa a pesar de que sus ojos estaban enrojecidos.

—Sí, señora —repuso Jupe—. Como ya le dije por teléfono, la encontramos.

La señora Anderson miró a Pete y el cardenal que tenía en la mandíbula.

—Espero que ese golpe no haya tenido nada que ver con nuestra hija —observó la señora Anderson—. No se habrá mezclado con tipos violentos, ¿verdad?

—No, señora —respondió Pete.

El señor Anderson bajó del coche.

—Me alegraré cuando esté segura en nuestra casa, de donde no debió salir.

Parecía terriblemente cansado.

—Me sorprende que no estén ahora en la plaza Cheshire —

comentó Jupe—. ¿Algo va mal?

—Bueno, ya sabes —comenzó a decir la señora Anderson con una sonrisa forzada—… nos preguntamos si vosotros no querríais venir también. Lucille puede que esté un poquitín enfadada y vosotros parecéis unos chicos tan amables… Quizá si estáis presentes no dirá las cosas que diría si…

Jupiter comprendió de pronto que los Anderson tenían miedo de su propia hija. Deseó no haberles conocido nunca.

Pete intentó escabullirse y perderse. Bob se puso a manipular con una pieza de una máquina, pero al final los tres muchachos subieron al coche de los Anderson para ir a la plaza Cheshire.

Larry Evans no estaba en la entrada cuando llegaron, sino otro guarda distinto. Estuvo encantado al saber que los padres de la joven de la casa de los Fowler habían ido a verla.

—¡Quizás ustedes puedan hacer algo! —les dijo mientras dejaba pasar al coche por la puerta de hierro.

—¡Qué fanfarrón! —comentó la señora Anderson mientras se volvía para mirar al guarda.

—¿Qué día…? —empezó a decir el señor Anderson al ver aparcados en el parque más de una docena de coches, la mayoría antiguos, algunos con abolladuras y otros con rutilantes tubos de escape cromados y pinturas chillonas.

Además de los automóviles que contrastaban con la pulcritud de la plaza Cheshire, estaban los jovencitos. Focos cegadores iluminaban una escena digna de una casa de locos. Había chicos por todas partes. Uno se había subido al tejado de la casa de los Fowler. Con la espalda apoyada contra una de las chimeneas, repartía maíz entre unas palomas. Había otros también encima del mirador contemplando a los que habían decidido celebrar un concurso de *breakdancing* en plena calle.

Y, por encima de todo, el ritmo de la música. Era un sonido profundo, intenso y vibrante que parecía sacudir la tierra.

—Debe celebrar una fiesta —comentó la señora Anderson.

—Esto no es una fiesta —replicó su esposo—. ¡Es una bacanal!

Tuvo que aparcar cuatro casas más abajo. Cuando el señor y la señora Anderson regresaban a pie a casa de los Fowler, vieron que el jardín estaba plagado de jóvenes, lo mismo que la terraza lateral de la casa.

Los Tres Investigadores reconocieron a algunos chicos de La Choza de la Pizza.

La mayoría bailaba al son de la música, cantando, gritando, y comiendo *pizza* en platos de papel. Algunos lucían adornos hechos con tubos de neón. Un chico con muchos imperdibles llevaba una serpiente viva y colgada del cuello. Otro, que no bailaba, se entretenía en vaciar un acuárium en la piscina junto a la terraza.

La señora Anderson subió el tramo de escalones del porche y llamó al timbre mientras la música no cesaba de sonar.

Un muchacho apareció por un lado de la casa con una caja de detergente y, al ver a los Anderson, gritó:

—¡Eh, nena! ¡Tienes visitas!

Y, a continuación, vertió el contenido del paquete de detergente en la fuente con surtidor de la entrada. La música continuó.

La fuente comenzó a formar espuma que, al resbalar por los bordes, caía sobre la hierba. El viento levantó copos de espuma de jabón que fueron a caer sobre los setos y los árboles.

—Maravilloso —exclamó uno de los chicos con admiración.

El señor Anderson apretó el puño y lo descargó sobre la puerta… pom… pom… pom…

Al fin la puerta se abrió, y una criatura extraña, pálida como una muerta y con los labios casi negros, se asomó.

—¡Lucille! —exclamó la señora Anderson.

—¿Quién eres esta vez? —gritó el señor Anderson—. ¿Morticia Addams?

Lucille quiso cerrar la puerta pero su padre metió el pie y se lo impidió.

—¡Cariño, somos nosotros! —dijo la señora Anderson tendiéndole los brazos.

Lucille vaciló un instante, pero luego deshecha en lágrimas, se dejó abrazar. La blusa blanca de la señora Anderson quedó en seguida manchada con el maquillaje de Lucille, pero ella ni siquiera lo notó. El señor Anderson exclamó:

—¡Gracias a Dios! —y se apoyó contra el marco de la puerta. Por espacio de un minuto aguardó mientras su esposa lloraba abrazada a su hija. Luego se abrió paso para entrar en la casa, encontró el estéreo, y lo paró.

El silencio era impresionante.

La fiesta se deshizo rápidamente a partir de aquel momento. Los que danzaban se dieron cuenta de que había padres en la costa y se marcharon. A los pocos minutos, sólo quedaban Lucille y sus padres entre restos de *pizzas* congeladas y montones de patatas fritas. Los Tres Investigadores, algo apartados de la escena, desearon encontrarse en otra parte.

Cuando Lucille vio que su fiesta se había esfumado, dejó de llorar para lamentarse.

—¡Lo habéis estropeado… como estropeasteis toda mi vida! —gimió—. Habéis destrozado mi fiesta… la que daba Craig para celebrar el contrato y…

—¿Contrato? —exclamó la señora Anderson—. ¿Qué contrato?

—Para hacer *Drácula, Mon Amour* —replicó Lucille dándose importancia—. ¡Oh, mamá! ¡Papá! ¡Va a ser la mejor de todas! Y ya sé que estabais preocupados por mí, pero, como podéis ver, estoy muy bien. Aprendo mucho y ahorro incluso, pero lo mejor de todo es la película. ¡Voy a ser la princesa vampiro!

Las lágrimas habían desaparecido. Lucille estaba radiante.

—De manera que ahora voy a llegar lejos, ¿sabéis? Y es estupendo tener unos padres que se preocupan por mí, pero estoy bien. ¡Y este es el señor McLain! ¡Craig! ¡Craig McLain! ¡Ven a conocer a mis padres! —gritó—. ¡En cuanto me vio supo que yo era perfecta para el papel de princesa vampiro!

Evidentemente el señor McLain era el hombre que bajaba la escalera.

—Buenas tardes —dijo con una sonrisa afectada.

La señora Anderson le miró sin pronunciar palabra y el señor Anderson emitió una especie de gruñido.

El señor McLain tendría unos treinta años y era muy relamido. Tenía la cara fina, igual que sus cabellos rubios que llevaba muy cuidados y tan largos que le cubrían las orejas. Sus pantalones de color tostado eran de gabardina muy suave, y su chaqueta tenía un aspecto sedoso y sin arrugas.

—¡La madre de Arianne! —dijo con voz tan afectada como su persona—. La hubiera reconocido en cualquier parte.

No era una frase muy original, pero a la señora Anderson le gustó. Y todavía más que el señor McLain cogiera su mano como si fuera un tesoro.

—Celebro tanto que haya venido —le dijo—. Era necesario que nos conociéramos, aunque aún llevará tiempo finalizar el contrato de Arianne.

La señora Anderson emitió un murmullo ininteligible.

Su esposo parecía estar oliendo algo podrido en el fondo de un frigorífico.

—¿*Drácula*? —dijo—. ¿*Drácula, Mon Amour*?

—La continuación de la clásica película de *Drácula* —respondió el señor McLain—. Necesitábamos una actriz… una actriz desconocida… para el papel de Mina. Siempre he pensado que Mina Harker no se hubiera adaptado jamás a una vida vulgar con su marido aburrido después de conocer el abrazo del vampiro. Hubiese deseado volver con su amante resucitado y en nuestra película encuentra el medio.

—¡Valiente broma! —exclamó el señor Anderson—. Si no recuerdo mal, *Drácula* se convierte en polvo al final de la primera película.

—Los vampiros no se rigen por las leyes de los mortales —repuso el señor McLain, impertérrito—. En nuestra película, Mina encuentra el secreto para volver a la vida al vampiro y los dos se reúnen como es su destino.

El señor Anderson emitió un sonido burlesco y en aquel preciso momento alguien se cayó por la escalera.

—¡Ah! —exclamó el señor McLain—. Permítanme que les presente a mi socio, Henry Morell. Adora las entradas dramáticas. Henry, ven a conocer a los padres de Arianne.

Henry Morell resultó ser un individuo bastante rechoncho de cara redonda. Tendría la misma edad que McLain, pero, al contrario que éste, tenía arrugas por todas partes. Por entre sus cabellos cortos, negros y rizados de aspecto húmedo, asomaban sus orejas. Tenía los ojos redondos y oscuros y la nariz demasiado pequeña. Sonrió estúpidamente mientras se levantaba del suelo al pie de la escalera.

—Tanto gusto… —murmuró Henry—. Me enganché el tacón…

—Henry ha estado con la Twentieth Century-Fox hasta hace poco —declaró Craig McLain—. Hace sólo unas semanas se unió a Producciones McLain. Posee una experiencia increíble en películas de terror y nos hemos compenetrado perfectamente. Nuestra

película estimulará la imaginación del público, en vez de abusar de la sangre y de los efectos especiales. El terror estará implícito.

—¡Aterrador! —dijo el señor Anderson sarcásticamente.

—Lucille, quizá mejor sería sentarnos y charlar un rato —sugirió la señora Anderson.

—¡Ni lo pienses! —Parecía que Lucille iba a enfadarse otra vez —. ¡No hay nada de que hablar!

El señor McLain se extrañó:

—¿Lucille, querida? Vaya, yo pensaba que te llamabas Arianne. —Y al ver que su protegida comenzaba a encolerizarse, de nuevo se apresuró a añadir—. ¡Pero qué tonto soy! Claro, Arianne es tu nombre artístico. Vamos, querida, sé que querrás estar a solas con tus padres. Al principio todo esto puede resultar un tanto sobrecogedor. Me pondré en contacto contigo dentro de un par de días. Entretanto, si tienen alguna pregunta que hacer, no vacilen en llamar a este número.

El señor McLain sacó una tarjeta de su cartera que entregó al padre de Lucille.

—Por el momento, Henry y yo vivimos una existencia casi bucólica arriba en las colinas. Es un lugar que perteneció a Cecil B. deMille, sabe. ¿Querrán creer que esta mañana nos despertaron los balidos de un rebaño de ovejas que pacía en la colina detrás de la casa? Es demasiado. Aún no tenemos teléfono, pero mi secretaria siempre sabe dónde encontrarme.

El señor Anderson guardó la tarjeta en su bolsillo sin mirarla.

—Si hay algún asunto turbio le meteré en presidio —declaró.

—¡Papá! —gritó Lucille.

—Lo comprendo —dijo el señor McLain—. Cualquier padre haría lo mismo.

El señor McLain, se inclinó, antes de dirigirse a la puerta con su socio.

—¡Y ahora —exclamó el señor Anderson—, vamos a poner en orden algunas cosas!

CAPÍTULO 8
UNA ADVERTENCIA

—Lucille, cariño —dijo la señora Anderson—, sabes que te queremos y confiamos en ti.

—¿Para que haga qué? —preguntó su padre.

—Si ésta es tu gran oportunidad —continuó la señora Anderson—, queremos ayudarte, pero…

—Judy, ¿qué dices? —exclamó su marido.

Ella se volvió.

—Más pronto o más tarde tendremos que confiar en nuestra hija. Es… es casi adulta. Pero, si por eso has de sentirte mejor, me quedaré aquí con ella.

—¡Mamá, yo no necesito niñera! —exclamó Lucille—. Y, de todas maneras, no puedes quedarte aquí. Esta casa no es vuestra, ni mía tampoco. Es de la señora Fowler, y yo cuido de ella. ¡Es mi trabajo! ¡Además, para vuestra información, también trabajo en un salón de belleza!

—Eres menor de edad —replicó su padre—. Y si queremos que estés en casa, en casa estarás.

—¡Charles, no! —suplicó la señora Anderson—. Te odiaría siempre.

—Que me odie —declaró el señor Anderson—. No tengo que gustarle. Soy su padre.

Pero el señor Anderson no parecía un hombre dispuesto a que le odiasen. Gruñó y amenazó un rato más, pero sus amenazas tenían cada vez menos fuerza y, al final, permitió que su esposa le acompañase hasta la puerta. Antes de salir, se detuvo para sacar su cartera.

—Ten mucho cuidado, ¿oyes? —le dijo. Y puso una cantidad de dinero en la mano de Lucille. Luego se fue hacia el coche.

Nadie se había preocupado de presentar a Pete y a Bob. Los tres muchachos se sentían violentos al verse atrapados en mitad de aquella pelea familiar. Ahora que habían encontrado a Lucille, deseaban volver a su Puesto de Mando. Pero no iba a ser posible.

Siguieron a la señora Anderson hasta el automóvil. De repente el padre de Lucille exclamó:

—Productor de cine, ¡narices! ¡Si ese tipo viscoso es productor de cine, me como mi sombrero!

El automóvil salió de la plaza Cheshire para bajar por la colina hasta la autovía.

—Puede que tengas razón, querido —dijo la señora Anderson con calma.

—¿Puede? —Su esposo parecía asombrado.

—El señor McLain parece un joven muy agradable, pero no obstante deberíamos saber algo más de él.

Se volvió hacia los tres muchachos.

—Si os doy su tarjeta, ¿comprobaréis su identidad? —les suplicó—. ¿Sabéis de alguien que os pueda informar? Fuisteis tan eficientes para encontrar a Lucille, que sin duda podréis averiguar si el señor McLain es realmente un productor de cine.

Pete gimió en su fuero interno.

—Supongo que podremos averiguar si es conocido en la industria cinematográfica —repuso Jupiter—. No creo que sea necesario pertenecer a ninguna asociación para ser productor. Creo que lo que hay que tener es una idea y dinero.

—¡Ese tipo es un farsante! —gruñó el señor Anderson—. ¡Princesa Vampiro! Dijo lo primero que le vino a la cabeza. Y ese amigo suyo que se cayó por la escalera… me parece que no está en sus cabales.

Entró en la autovía para dirigirse al Patio Salvaje.

—Judy, podemos hacer una cosa —sugirió—. Yo me voy a casa y tú te quedas aquí para ver cómo van las cosas.

Ella meneó la cabeza.

—Lucille ha tomado una decisión. Hemos de dejar que pruebe sus alas.

El señor Anderson gruñó una vez más y siguió con sus amenazas,

pero, al llegar a la puerta de la chatarrería, entregó la tarjeta de McLain a Jupe con un suspiro.

—Telefonéame a Fresno y tenme al corriente de lo que averigües —le dijo—. Si tienes que gastar más dinero, hazlo. Quiero llegar al fondo de todo esto… No puedo creer que ningún hombre que esté en su sano juicio pueda dar el papel principal a Lucille para hacer una película que costará miles.

—¡Oh, posiblemente millones! —exclamó la señora Anderson realmente emocionada.

A la mañana siguiente, muy temprano, los Tres Investigadores se reunían de nuevo en el Puesto de Mando.

—Nuestro proyecto inmediato es verificar la autenticidad de ese tal Craig McLain.

—Lucille parece tener una facilidad especial para meterse en problemas —dijo Bob—. ¿Tú crees que el que entró en casa Fowler tenía algo que ver con ella?

—No —contestó Pete—. Entran en las casas continuamente. ¿Recordáis los numerosos robos de los monstruos de Hollywood?

—Estoy de acuerdo con Pete —replicó Jupiter—. Ahora propongo que llamemos a Héctor Sebastián.

Jupiter se refería al amigo de los muchachos, el escritor de guiones que antes fuera detective privado.

—Conoce a muchísima gente en Hollywood —continuó Jupiter—. Tal vez haya oído hablar de Craig McLain.

Don, el criado vietnamita del señor Sebastián, contestó al teléfono. Le dijo que el señor Sebastián se encontraba en Idaho con una compañía que filmaba una película.

—Estará ausente unos días, tal vez una semana —continuó Don—. No es seguro. Cuando regrese, le diré que habéis llamado.

Jupe le dio las gracias a Don y colgó. Tras una breve conferencia con sus compañeros, decidió que el modo más directo era el mejor.

—Tenemos la tarjeta de Craig McLain —dijo Jupiter—. Podemos ir directamente a su oficina.

—¿Para interrogar a su secretaria? —contestó Bob—. ¿Es que no les pagan para que no den información a desconocidos?

—Estoy seguro de que el mero hecho de estar en su oficina nos permitirá sacar algunas conclusiones —replicó Jupe.

Luego Jupe hizo una llamada a la compañía de alquiler de

automóviles Rent and Ride. Gracias a una concesión efectuada por un cliente, en prueba de agradecimiento hacia los muchachos, éstos podían utilizar de vez en cuando un Rolls-Royce antiguo de la agencia. Y con él, los servicios de Worthington, un chófer británico. Worthington vestía siempre de uniforme y trataba a los Investigadores como si fuesen millonarios y no un terceto de entusiastas. Se había convertido en un aliado de los muchachos, los cuales ahora le consideraban un socio extraoficial de la firma de detectives.

Aquella mañana, Worthington y el Rolls estaban disponibles. El rutilante automóvil negro con adornos dorados no tardó en detenerse ante la verja de la chatarrería.

Al ver el Rolls, tía Matilda lanzó un gemido.

—Ahí está ese coche otra vez. Ahora me imagino que estaréis ocupados todo el día. ¿Y el trabajo que había preparado para ti, Jupe?

—Mañana. Lo prometo —replicó Jupiter—. Hoy tenemos que ayudar a los Anderson.

—Tú siempre tienes una buena excusa —gruñó la señora Jones.

Los muchachos marcharon en busca de la dirección de la tarjeta de McLain en Sunset Strip. El viaje les llevó casi media hora. Al llegar al Strip, Worthington condujo lentamente hasta localizar las señas que con antelación Jupe le había dado.

—Hay espacio para aparcar aquí en la acera —dijo—. ¿Qué hago? El Rolls suele llamar la atención. ¿Preferís pasar desapercibidos?

—¡Preferiría ser invisible! —exclamó Bob—. Si Lucille Anderson descubre que estamos investigando su productor favorito podría coger otra rabieta.

—No me gustaría verlo —dijo Worthington con una sonrisa yendo hasta una calle secundaria donde aparcó.

—¿Vamos a ir todos en tropel a la oficina de McLain? —preguntó Pete.

Jupe reflexionó unos instantes.

—No ganaremos nada sobrepasándole en número —dijo—. Iré yo solo.

Se apeó del coche y se dirigió a Sunset.

La oficina de McLain estaba en un edificio estucado de dos pisos,

en cuya planta baja había una cafetería. El edificio no era impresionante. Al subir la escalera, descubrió que Producciones McLain compartía el segundo piso con una firma de abogados.

Cuando Jupiter puso la mano en el pomo de la puerta oyó decir:

—¡Condenado estúpido!

Una voz de mujer dijo:

—Han suspendido la producción hasta que encontremos allí un especialista. No va a dar el salto el propio actor.

—Está bien, búsquelo —dijo la primera voz. No era McLain sino otro hombre menos afectado—. No tendríamos todos estos problemas si hubiésemos realizado aquí la filmación. ¿Qué diferencia puede haber entre una colina mexicana y otra de Griffith Park?

Jupiter hizo girar el pomo y abrió la puerta.

Vio a una mujer de cabellos grises rizados y gafas sin montura. Estaba sentada ante un escritorio con el teléfono en la mano.

Un hombre calvo de fieros ojos azules miró ceñudo a Jupe y luego entró en un despacho interior y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿En qué puedo servirte? —preguntó la mujer sin soltar el teléfono.

—¿Está el señor McLain? —dijo Jupiter.

—No es un buen momento —dijo la mujer—. ¿Para qué quieres verle?

—Yo… yo le conocí ayer tarde —replicó Jupe que tuvo una inspiración repentina—. Fue en casa de una amiga común. Y se me ocurrió que tal vez pudiera darme un papel en esta película.

—¿Darte un papel?

—Tengo cierta experiencia —continuó Jupe—. Si hay algún papel juvenil en la película de *Drácula*…

—¡Señor McLain! —gritó la mujer.

El hombre calvo abrió la puerta y se asomó.

—Señor McLain, este chico dice que le conoció ayer en casa de no sé quién. Habla de una película sobre *Drácula*.

El hombre salió de su despacho.

—¿*Drácula*? ¿Es que no tengo yo bastantes problemas con una compañía filmando en Ensenada? Sólo me faltaba que ahora me pregunten por *Drácula*…

Jupe se le quedó mirando unos segundos y luego sacó la tarjeta

que le diera el padre de Lucille. Se la entregó al calvo sin una palabra.

El hombre, al ver la tarjeta, gruñó.

—El hombre que me dio anoche esta tarjeta me dijo que podría encontrarle aquí —explicó Jupe—. Dijo llamarse Craig McLain. Me parece que no decía la verdad.

—Puedes apostar tus zapatos a que mentía —replicó el calvo—. ¿Y ese individuo te dijo que iba a darte un papel en alguna película?

—En realidad, iba a dárselo a una chica —continuó Jupe. Y brevemente les explicó la historia de Lucille Anderson.

—Y va por ahí repartiendo mis tarjetas —dijo el calvo McLain—. Lo siento, chico, pero yo no voy a hacer ninguna película sobre *Drácula*. No es lo que yo suelo hacer. Me dedico a los documentales y algunos anuncios. Y ahora mismo no tengo ningún papel para jovencitas, y yo aconsejaría a esa joven que piensa que va actuar en una película de *Drácula* que lo piense dos veces. Dile que lo olvide y se busque un buen trabajo de camarera. ¿Tiene dinero?

Jupiter meneó la cabeza.

—No. No tiene.

—¿Es amiga tuya?

—Hace poco que la conozco.

—Dile que tenga cuidado con esos hombres que se hacen pasar por productores de cine… especialmente si utilizan las tarjetas de otros.

—Lo haré —contestó Jupiter—. ¿Tiene usted alguna idea de quién puede ser ese hombre en realidad? ¿Le ha ocurrido esto antes?

El calvo se encogió de hombros.

—A mí, no. Pero doy muchas tarjetas porque para eso son. Se dan a la gente y se le dice: «Llámeme. Tal vez tenga un papel para usted». Algunas veces llaman y otras no. ¿Qué aspecto tiene ese individuo?

—Representa unos treinta años —dijo Jupe—. Cabello claro. Muy relamido. Dice que vive en las colinas en un lugar que perteneció a Cecil B. DeMille.

—Eso seguro —replicó McLain—. ¡DeMille murió!

Luego se puso pensativo.

—Si eres amigo de esa joven, dile que se vuelva a su casa en seguida. Algunas veces esos tipos que se las dan de importantes van detrás del dinero, y eso ya es bastante malo. ¡Pero si son descubiertos pueden ser realmente peligrosos!



CAPÍTULO 9
LLENOS DE TEMOR

Larry Evans estaba de guardia en la plaza Cheshire cuando el Rolls-Royce subió la colina. Salió de su garita para verlo.

—¡Estoy impresionado! —exclamó—. ¡Muchacho, estoy impresionado! ¿Lo sabe Arianne? ¿O es una gran sorpresa?

—Será una sorpresa, desde luego —dijo Pete—. Cuando oiga lo que tenemos que decirle, se quedará muy sorprendida.

—¿Está en casa? —preguntó Jupe.

—¡Sí! —dijo el guarda—. Ese tipo del pelo largo tan presumido estuvo aquí antes con su compañero, pero se marcharon hace un rato. La avisaré.

Volvió a entrar en la garita. A través de la ventana le vieron pulsar varios botones del teléfono y luego esperar y esperar.

Al fin frunció el ceño y dejó el aparato.

—No contesta nadie en casa Fowler —dijo.

—¿Puede que haya salido? —sugirió Bob.

Larry Evans meneó la cabeza.

—La hubiera visto.

Jupe sintió un temor repentino.

—¿Iba con McLain cuando se marchó?

—No —les aseguró el guarda—. Su socio le acompañaba… ese hombrecillo rechoncho de cabello rizado… pero Arianne, no.

Ahora el guarda parecía preocupado. Era evidente que tenía orden de no dejar entrar en la plaza Cheshire a nadie sin la autorización de un residente.

—Dejad que pruebe otra vez —les dijo. Volvió a pulsar los botones del teléfono y a esperar otra vez. Al no obtener respuesta

hizo una señal con el brazo para que el Rolls entrara por la verja.

—Llamad a la puerta —les dijo—. Mirad en la piscina. Y si no la encontráis venid a avisarme.

Worthington dio la vuelta al parque. La casa Fowler ahora estaba tranquila, aunque todavía quedaban restos de la fiesta de la noche anterior. Un plato de papel asomaba por debajo de un seto y, cuando los Tres Investigadores subieron por la avenida, unas palomitas de maíz crujieron bajo sus pies.

Jupe hizo sonar el timbre, que resonó en el interior de la casa, pero nadie salió a abrir.

—No está —dijo Bob.

—Aquí pasa algo raro —observó Jupe—. Estoy seguro de que pasa algo raro.

—Volveré a la entrada —propuso Pete—. El guarda debe tener una llave maestra.

Y salió corriendo por delante del Rolls, donde aguardaba Worthington. Mientras, Jupiter y Bob dieron la vuelta a la casa. No vieron ni rastro de Lucille.

Cuando regresaron a la puerta principal, Pete les esperaba con el guarda en el porche. Worthington estaba allí también con expresión preocupada. El guarda abrió la puerta con su llave maestra y entraron todos en el vestíbulo donde los restos de la fiesta de Lucille seguían esparcidos por el suelo.

—¡Lucille! —gritó Jupiter. Nadie contestó.

Los muchachos efectuaron un rápido registro. No les llevó mucho tiempo revisar toda la planta baja. Al subir al piso de arriba, Larry Evans les acompañó. Worthington se quedó abajo para vigilar.

Arriba había varias puertas cerradas que Evans fue abriendo una tras otra. Los muchachos vieron varios dormitorios, que no se utilizaban, con las cortinas corridas. Al final del pasillo, había una habitación que evidentemente sí se utilizaba mucho. Tenía una cama grande con la colcha rosa pastel. Un par de zapatillas con cabecitas de conejo blanco estaban tiradas debajo de una silla, y una bata de satén acolchado a los pies de la cama.

Larry Evans descorrió una cortina y la luz inundó la habitación.

—Aquí debe dormir Lucille —comentó Jupe.

—Yo creo que esta es la habitación que utiliza la señora Fowler cuando está en casa —dijo Evans que miró el tocador donde había

una bandeja llena de frascos de perfume—. Arianne es muy buena chica, pero no debiera utilizar esta habitación ni tocar las cosas de la señora Fowler.

Pete comenzó a husmear. Abrió una puerta que resultó ser un armario mucho mayor que la mayoría de los dormitorios. Estaba atiborrado de vestidos.

—¿No se fue a Europa la señora Fowler? —preguntó Pete—. ¿Qué se llevaría si dejó todo esto?

Nadie se atrevió a responder a su pregunta. Jupe se pellizcaba el labio inferior con la mirada fija en la alfombra, señal de que su maquinaria mental iba a toda marcha.

—¿Hay alguna otra salida? —le preguntó a Evans—. ¿No pudo haberse marchado sin pasar por su lado?

—Desde luego, hay una salida en la parte de atrás —repuso Evans—. Es para el basurero, los repartidores y los operarios. Pero siempre está cerrada.

—¿Quién tiene la llave? —preguntó Jupe.

—No tiene llave. Cuando alguien ha de utilizar esa puerta, me avisa. Yo la abro pulsando un botón desde mi garita.

—Puede que Lucille haya ido a casa de algún vecino —sugirió Bob.

—No es probable —replicó Larry Evans—. Arianne no se relaciona mucho con los otros residentes.

Pete abrió otra puerta esperando encontrar otro armario, pero ésta daba a un cuarto de baño, cuya bañera de mármol rebosaba de espuma. El aire era denso y olía a flores. En el lavabo doble había más tarros y botellas. Una estaba volcada y su contenido de color ámbar se había derramado sobre el mármol y goteaba hasta el suelo.

—¡Qué chica tan descuidada! —exclamó Bob.

—Quizá no sea eso —decidió Jupe que contemplaba el desorden desde la puerta del cuarto de baño—. Supongamos que estaba en la bañera cuando sonó el teléfono. Supo que McLain estaba en la entrada y le dijo al guarda que le dejara pasar. Luego se puso alguna ropa y bajó a abrir la puerta… y ocurrió algo. Algo tan violento, o tan importante que le impidió volver a subir y vaciar la bañera.

—Yo apuesto por algo violento —dijo Bob—. Alguien la

persiguió hasta aquí y el perfume se derramó mientras luchaba con él.

—Estáis imaginando demasiadas cosas, muchachos —dijo Evans, que parecía muy nervioso—. Mirad, es una chica indolente y seguro que no vacía automáticamente la bañera a menos que alguien la regañe. Estará acostumbrada a que su madre vaya siempre tras ella. Derrama el perfume y se dice que ya lo limpiará cuando llegue el momento. Baja, deja entrar a McLain y… y…

—¿Y qué? —pregunta Jupe—. ¿Dónde está? Si no se marchó con McLain ni ha ido a visitar a los vecinos, ¿qué ha sido de ella?

Fue Bob quien encontró la toalla. Él estaba cerca del tocador y el cesto de la ropa sucia casi a sus pies.

—¡Eh, mirad esto! —Se inclinó para coger la toalla. Era blanca con una mariposa bordada en un extremo. Estaba manchada de rojo oscuro.

—¿Es lo que me temo? —preguntó Bob.

Larry Evans la cogió y pegó un respingo.

—Es sangre —declaró—. Y la toalla todavía está húmeda. Tenéis razón. Aquí ha ocurrido algo esta mañana. ¡Voy a avisar a la policía!

CAPÍTULO 10
LA DAMA DESAPARECE

Acudió el comisario Reynolds en persona. Al ver el caos reinante en el cuarto de baño, su rostro se ensombreció.

Miró a Larry Evans con el ceño fruncido.

—¿Dijo usted que tuvo una visita esta mañana? ¿Anotó el número de la matrícula?

—Sí, comisario —replicó Evans—. Lo tengo en la garita. Pero podría jurar que la muchacha no se fue en ese coche.

—Pues se marchó de alguna manera —dijo el comisario mientras bajaba la escalera—. Hablaré con los vecinos —añadió—. Puede que alguno haya visto algo. Y vosotros, muchachos, marchaos a casa. No quiero que andéis por aquí, ¿entendido?

—Comisario Reynolds… —comenzó Jupe.

—¡Largo! —exclamó el jefe—. ¡Ahora esto es cosa de la policía!

Worthington condujo al trío de jóvenes detectives de vuelta a la chatarrería. Al principio, en el interior del automóvil reinó un silencio sepulcral.

Al fin Pete habló:

—Bueno, este caso es el colmo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bob.

—Encontramos una bolsa-bandolera en la playa —prosiguió Pete — y tratamos de localizar a su propietaria. Parece sencillo… basta llamar a la biblioteca. Y entonces descubrimos que la propietaria también ha desaparecido. La encontramos, pero sus padres quieren que sigamos investigando.

»Esta vez se supone que hemos de encontrar al tipo que le ha dado trabajo a la chica. Sólo que él también desaparece…, o puede

que no haya existido jamás. Cuando tratamos de prevenir a la muchacha, vuelve a desaparecer.

—Y cuando el caso empieza a ponerse interesante —añadió Jupe—, la policía nos obliga a retirarnos.

—¡Este caso va a volvernos locos! —concluyó Pete.

Worthington dejó a los muchachos y se marchó. Jupiter miró las puertas de la verja. Estaban cerradas. Aquello era impensable en pleno día.

—¿Dónde están tío Titus y tía Matilda? —preguntó Jupe en voz alta.

—Puedo adivinarlo —dijo Bob—. Se han enterado de que algún edificio antiguo de Nome, Alaska, va a ser demolido y han ido a ver si pueden hacerse con las tuberías oxidadas y las fregaderas desportilladas.

Su explicación era una broma, pero resultó que no andaba muy lejos de la verdad. Konrad apareció en el patio y le dijo a Jupiter que su tío estaba en Los Ángeles recogiendo chatarra en un derribo.

—Tu tía está al otro lado de la calle guisando —dijo Konrad—. Tengo la puerta cerrada porque estoy ocupado y aquí hay demasiadas cosas que alguien podría llevarse.

Konrad fue en busca de la llave. Al abrir las grandes puertas dijo:

—Si os quedáis aquí y vigiláis a los clientes, no tendré que volver a cerrar con llave.

Jupe se avino a permanecer cerca de la puerta y Pete y Bob se fueron a sus casas. Durante un rato, Jupe estuvo sentado en los escalones de la oficina pensando en Lucille Anderson. Mentalmente recordó el desorden del cuarto de baño. ¿Qué había ocurrido? El guarda no había visto a la joven abandonar la plaza Cheshire. ¿Iría dentro del portaequipajes del coche de McLain? ¿O se habría escapado otra vez? ¿Y qué significaba la toalla manchada de sangre?

Al cabo de cierto tiempo otro pensamiento le llenó de intranquilidad. ¿Dónde estaba su tía Matilda? ¿Por qué tardaba tanto? Algunas veces abandonaba la chatarrería para poner algo a cocer, pero nunca tardaba más de unos minutos.

—¿Konrad? —gritó Jupe.

Konrad acudió sudoroso.

—Voy un momento a la casa —le dijo Jupe—. Quiero comprobar una cosa.

—¡De acuerdo! —replicó Konrad—. Yo vigilaré la puerta.

Jupe cruzó la calle para ir a casa de los Jones y encontró la puerta de la cocina abierta.

En la cocina no había nadie, ni nada sobre el fogón. Un puchero vacío estaba en el suelo donde alguien lo había dejado caer. La tapadera había rodado hasta un rincón.

De pronto Jupe sintió frío.

Escuchó. La casa estaba en silencio. ¿Debía gritar? ¿Estaba allí tía Matilda? O habría alguien más en la casa… alguien que había sobresaltado a tía Matilda hasta el punto de dejar caer el puchero y… ¿y qué? ¿Dónde estaba ahora?

Fue hasta el comedor y vio los platos y mantelerías tirados por el suelo. Los cajones habían sido sacados del aparador, y todos los cubiertos estaban esparcidos sobre los manteles.

Jupe tenía la boca seca. Quiso gritar, pero decidió no hacerlo. ¡El intruso podía seguir allí… y tener consigo a tía Matilda!

Jupe fue de puntillas hasta la sala de estar. Allí los libros y objetos aparecían tirados por el suelo. Los cajones habían sido sacados de las mesitas y volcados. Más allá de la sala de estar, estaba el recibidor de la entrada principal. El armario de los abrigos había sido abierto, y las chaquetas, impermeables y botas sacadas al exterior.

¡Pero ni rastro de tía Matilda!

También la leonera de tío Titus había sido arrasada, y la grabadora y el plato del tocadiscos habían desaparecido, así como el altavoz. Los amplificadores estéreo seguían allí. El ladrón debió encontrarlos demasiado incómodos para llevárselos. ¿O acaso fue sorprendido antes de que pudiera cogerlos?

¡Sorprendido! ¡Eso era! Tía Matilda había llegado de la chatarrería con la caja del dinero, y el ladrón la oyó.

En aquel instante Jupe recordó haber visto la caja del dinero. Cuando entró en la cocina estaba encima del mostrador, cerca del pequeño aparato de televisión.

Jupiter volvió corriendo a la cocina. La caja seguía allí. Al abrirla vio que había dinero dentro. Mucho dinero. Tía Matilda llevaba casi cien dólares cuando entró en la cocina. Y el ladrón no

los había tocado.

¿Por qué? ¿Dónde estaba su tía?

—¿Tía Matilda? —gritó con voz temblorosa.

Entonces lo oyó.

—¡Gurrrruf! ¡Mummmmm! ¡Zas!

Eran gritos sofocados seguidos de golpes y porrazos.

Jupiter corrió hasta el pequeño porche exterior de la cocina. Allí estaba la lavadora y la secadora. En un rincón había un armario para las escobas. El ruido venía del armario.

La puerta estaba bien cerrada. Habían colocado una escoba entre el armario y la lavadora. El palo apoyado contra la puerta y la cabeza de la escoba contra la lavadora.

—¡Tía Matilda! —gritó Jupiter—. ¿Estás bien? ¡Soy yo, Jupiter!

Más golpes furiosos se oyeron dentro del armario y Jupe tiró de la escoba. La puerta se abrió.

Tía Matilda cayó de bruces en el porche acompañada de trapos del polvo y productos de limpieza.

—¡Jupiter! ¡Por fin!

Tenía el rostro acalorado y los cabellos de punta. Se sentó en el suelo y exclamó:

—¡Deja que le eche el guante a ese granuja! ¡Deseará no haber nacido!



CAPÍTULO 11
JUPE PIDE AYUDA

La policía llegó a los pocos minutos. Tía Matilda estaba sentada ante la mesa de la cocina, mirando ceñuda la taza de café que Jupiter le había preparado.

—¿Puede usted decirnos lo que ha ocurrido, señora? —le preguntó uno de los agentes.

Claro que podía y lo hizo con gran apasionamiento. Había ido a la casa con intención de poner a hervir unos huesos para la sopa. Acababa de sacar el puchero del armario, cuando oyó que algo se movía en la sala de estar. Pensando que podía ser Jupiter, le llamó.

Un momento después la agarraban por detrás y le aplicaban algo suave y sofocante contra su rostro. El puchero se había caído al suelo durante el forcejeo. Luego, a empujones, fue encerrada en el armario de la limpieza. No pudo ver al intruso. Estuvo detrás de ella todo el tiempo. Pero tuvo la impresión de que era un solo asaltante.

El agente que redactaba el informe encontró una almohada en el fondo del armario de la limpieza.

—Esto es probablemente lo que utilizó ese individuo —dijo—. ¿Cree usted que permaneció mucho tiempo en la casa después de encerrarla en el armario? ¿O cree que se marchó en seguida? No tocó la caja del dinero, ni se llevó la plata, como si hubiera huido presa del pánico.

—¡Pánico! ¡Ya me gustaría a mí verle lleno de pánico! —declaró tía Matilda—. No estoy segura, pero no creo que se quedara mucho tiempo. Hacía poco rato que no le oía cuando llegó Jupiter. Al principio pensé que podía ser el ladrón que andaba por la cocina, por eso me estuve quieta.

El agente y su compañero registraron la casa y descubrieron que habían quitado una persiana de una ventana del comedor.

—Debió entrar por aquí —dijo uno de los policías a Jupe—. Tu tía llegaría antes de que él tuviera tiempo de llevarse todo el botín y, aunque la encerró en el armario, debía estar demasiado alterado para terminar su trabajo. Supongo que eso de robar pone nervioso a cualquiera. Los que entran en las casas a veces se asustan y lo dejan, incluso aunque no haya motivo.

La policía se marchó al fin, no sin antes advertir a tía Matilda que había pocas esperanzas de recuperar el equipo estéreo. Cuando se marcharon, tío Titus ya había vuelto y Jupiter había ordenado casi toda la casa. Konrad estaba arreglando la persiana y Jupe regresó a su taller de la chatarrería.

Pete ya estaba allí, sentado en el banco de trabajo y trajinando con su bicicleta.

—Vi policías al otro lado de la calle —dijo—. ¿Han ido a tu casa? Hubiera ido a mirar como toda la gente de la manzana, pero los polis te dicen que ya lo verás en el noticiario de las seis. Y luego nunca lo ves.

—Desde luego esto no lo verás —dijo Jupe que se apresuró a contarle rápidamente la historia de tía Matilda y el ladrón—. Rocky Beach tiene un buen cupo de atracos. Hace dos días fue Lucille y hoy tía Matilda.

Pete preguntó:

—¿Buscaremos al ladrón de tía Matilda? ¿O vamos a dejarlo en manos de la policía?

—Se lo dejaremos a la policía, supongo —replicó Jupiter—. Parece tratarse de otro robo vulgar.

—De modo que nos quedamos con el caso de Lucille Anderson —dijo Pete.

—No, si el comisario Reynolds se sale con la suya —contestó Jupe pensativo—. Recuerda que nos dijo que lo abandonáramos a partir de ahora. —Luego se animó—. Pero aún nos queda la obligación de llamar a los Anderson para contarles lo que hemos averiguado hasta el momento.

—¿Qué significa «nos»? —replicó Pete—. Eso te lo dejo a ti. No es que me desagraden los Anderson, pero es que me recuerdan uno de los seriales favoritos de mi madre: Familia en Guerra.

Jupe hizo una mueca y quitó la reja que escondía el Túnel Dos. Seguido de Pete, recorrió a gatas la distancia hasta el remolque. Una vez dentro, Jupe marcó el número de teléfono de los Anderson en Fresno. Escuchó el teléfono una vez y otra. Después de contar diez llamadas colgó.

—No están en casa —declaró.

—Es posible que el comisario Reynolds ya les haya llamado —dijo Pete— y vengan de camino.

—Muy posible —repuso Jupe—. Y ahora, ¿qué pistas tenemos? La tarjeta de McLain ha resultado ser un fraude. Y su socio que… que…

Jupe enmudeció de pronto con la mano en el teléfono.

—¿Qué… qué? —preguntó Pete—. Se te ha ocurrido algo.

—Henry Morell —dijo Jupe—. El hombre que se hace llamar McLain dijo que Morell había estado en la Twentieth Century Fox hasta hace poco. ¿No sería gracioso que hubiese dicho la verdad?

Pete ya estaba sacando la guía telefónica del último estante de la librería.

Tras localizar el número de los estudios cinematográficos, se lo leyó a Jupe para que lo marcara.

Jupe empezó preguntando por Henry Morell. La telefonista permaneció totalmente indiferente y le anunció que no tenía ese nombre en su listín. A continuación, Jupe solicitó hablar con alguien del personal. Cuando le conectaron dijo que era primo de Henry Morell, y que había ido a Los Ángeles de improviso e intentaba ponerse en contacto con Morell.

—Siempre tienes que inventar una ópera de cinco actos para cualquier cosa —murmuró Pete. Jupe tapó el aparato con la mano.

—¿Qué iba a decir? ¿Que soy un empleado que busca referencias? No creo que me hubiesen creído.

Pero cuando la empleada de la oficina de la Twentieth Century-Fox volvió al teléfono, le informó de que no tenía ninguna ficha de Henry Morell.

Jupe le dio las gracias y colgó.

—Tanto trabajo para nada —exclamó—. Ni rastro. Nada por donde empezar. Una pareja estrafalaria se hace amiga de Lucille Anderson y luego desaparece.

—¿Y esos de La Choza de la Pizza? —preguntó Pete—. Tal vez

esos chicos sepan algo. Estuvieron en la fiesta de Lucille y quizás observaron a McLain y su compinche. Incluso puede que alguno les conozca.

Era una remota posibilidad; pero, por lo menos, era una posibilidad. Jupe y Pete salieron por el Túnel Dos y Jupe cogió su bicicleta. No llamaron a Bob para que se uniera a ellos, puesto que aquella tarde trabajaba en la biblioteca. Jupe y Pete bajaron a la ciudad por la autovía y luego se dirigieron a La Choza de la Pizza.

La música sonaba como de costumbre y los videojuegos parpadeaban lanzando pitidos. Los jóvenes se agrupaban alrededor de las mesitas para comer y charlar.

Uno de los chicos que había estado en la casa de la Fowler reconoció a Pete y Jupiter en cuanto entraron.

—¡Eh! —gritó y con una sonrisa les invitó a acompañarle—. ¡Los hermanos de la chica! ¿Cómo va eso?

—No muy bien —le dijo Jupiter—. Y nosotros no somos hermanos de nadie. Somos amigos de Lucille y la estamos buscando.

—¿No sois sus hermanos? —dijo el muchacho—. Pues me disteis el pego. Cuando Arianne, o Lucille, o como se llame, os ignoró, pensé que debíais ser sus hermanos pequeños. Es lo que hace siempre mi hermana.

Se apartó para que Jupe se sentara a su lado, y Pete ocupó un asiento al otro lado de la mesa.

—Lucille Anderson ha desaparecido de la plaza Cheshire —le dijo Jupe—. Pensamos que han podido raptarla.

El muchacho contuvo el aliento.

—Me dejas de una pieza —exclamó. Jupe asintió con la cabeza.

—Esta mañana estaba en casa Fowler y habló con el guarda. Luego, ese hombre que se hace llamar McLain fue a verla con Henry Morell y, desde entonces, nadie la ha visto.

El otro muchacho permaneció inmóvil un segundo y luego gritó:

—Eh, chicos, venid aquí un momento. Escuchad la historia que me está contando este muchacho.

Las máquinas-video cesaron sus pitidos y músicas y la gente se acercó para escuchar a Jupe. La mujer gorda que estaba detrás del mostrador también se inclinó hacia adelante muy atenta.

Jupe habló de la desaparición de Lucille sin omitir detalle. De la bañera llena de espuma, del perfume vertido, y de la toalla,

encontrada en el cesto de la ropa sucia, manchada de sangre.

—Puede que hubiera lucha —dijo— y McLain y Morell se la llevaran. Algunos de vosotros habéis conocido a McLain. Por cierto que ése no es su verdadero nombre. No sabemos cuál es el suyo y por el momento no parece probable que lo averigüemos. A menos que alguno de vosotros pueda darnos alguna información.

Se hizo el silencio en La Choza de la Pizza.

Se abrió la puerta y entró el hombre de los cabellos grises que parecía ser el propietario o encargado. Vio el grupo que rodeaba a Jupiter y Pete.

—¿Qué ocurre? —preguntó a la camarera.

—Estos chicos andan buscando a una amiga suya, señor Sears —contestó la mujer—. Una chica muy guapa. Venía mucho aquí a jugar a los videos y ahora ha desaparecido. Creen que alguien la secuestró.

—¿Que la han secuestrado? —dijo el hombre enarcando las cejas.

—Eso parece —replicó la mujer.

Jupe se dirigió a la mujer que estaba detrás del mostrador.

—¿Recuerda algo respecto a ese hombre que dio la fiesta anoche? Sirvieron montones de *pizza*. ¿Las compró aquí?

Ella asintió.

—Ese presumido —dijo—. Yo pensaba todo el tiempo. ¿Por qué irá por ahí con esa niña? Es demasiado viejo para ella y sus amigos.

—Es un gran productor de Hollywood —dijo el muchacho que estaba al lado de Jupe—, o eso dijo. No lo sé. Supongo que sería sólo un truco, ¿no? «Eres estupenda, nena, yo te haré artista de cine». Pero cuando ese tipo entró ayer y vio a Arianne…

—¿Se conocieron aquí? —preguntó Jupe en seguida.

—Sí. Ella jugaba con el video, y cuando entró él con ese sujeto repelente, ya se veía que su intención era acercarse a Arianne. Cuchichearon unos instantes, la miraron, y luego McLain se levantó para presentarse. Actuó como si hubiera tropezado con un filón de oro o algo parecido. Y le dijo que era exactamente lo que andaba buscando.

Una de las chicas que había estado en la fiesta se acercó para sentarse con ellos.

—Arianne no toca con los pies en el suelo, no sé si entendéis lo

que quiero decir —le dijo a Jupe—. Ella cree realmente que el saber hacer girar un bastón la llevará al cine, y cuando ese tipo va y le dice que es productor de cine y que quiere darle un papel en una película, se ilumina como un árbol de Navidad. Luego la vimos sentada con esos tipos comiendo *pizza* y acto seguido nos invitan a todos los presentes a una fiesta para celebrar el nuevo trabajo de Arianne.

—No lo entiendo —dijo Pete—. ¿Por qué invitó a todo el mundo a su fiesta?

—No quiso que ella pensara que era una especie de seductor, y creyó que se sentiría más a gusto rodeada de amigos —explicó la muchacha—. Por lo menos eso es lo que dijo él.

La chica hablaba en serio.

—Parecía que no era de temer, puesto que quiso que fuésemos todos. Quiero decir que siempre nos dicen que no vayamos a ningún sitio a solas con desconocidos, que no subamos a los coches y cosas así; así que siempre hay más seguridad al ir en grupo. ¡Anoche fue toda la pandilla! Por lo menos, éramos cincuenta. Así que… ¿de verdad que ha desaparecido?

Jupe asintió.

La chica parecía preocupada.

—La llamé a la peluquería Un Toque Delicado, que es donde trabaja —explicó—. Pero hoy no ha ido y estaban muy enfadados. Yo quería saber qué había pasado con sus padres.

—Sus padres se marcharon a su casa, a Fresno —continuó Jupiter—. Aunque ahora puede que ya estén aquí otra vez, si el comisario Reynolds ha podido avisarles.

—¿Por qué dices que ese tipo no se llama McLain? —preguntó otro de los chicos del grupo—. ¿Estás seguro?

—Esta mañana hemos conocido al auténtico Craig McLain —dijo Jupe—. Y desde luego no es el hombre que estaba en la fiesta.

—¿Craig? —dijo el chico—. ¿Dijo que se llamaba Craig McLain? Su amigo le llamó algo distinto… algo realmente raro.

—Iggy —dijo una de las chicas—. Así es como le llamaba.

—¿Iggy? —Ahora fue el hombre de cabellos grises quien lo preguntó.

Todos le miraron y de pronto enrojeció.

—¿Qué clase de nombre es Iggy? —dijo mientras meneaba la

cabeza—. ¡El de una mala persona que se larga con una jovencita! Qué tiempos más crueles vivimos.

Todos estuvieron de acuerdo con él. Jupe y Pete esperaron por si alguien podía recordar algún detalle más del falso productor de cine. Nadie lo consiguió.

¡Aquel hombre se había evaporado por completo!

CAPÍTULO 12
¡ATACADO!

Los Anderson llegaron a Rocky Beach durante la noche. Aparecieron en casa de los Jones poco después de las ocho, desencajados y con los ojos enrojecidos. Ya habían visto al comisario Reynolds.

Tía Matilda se había recobrado por completo del susto sufrido el día anterior, y se afanó cuanto pudo por atender a la pareja de Fresno. Tía Matilda, por lo general, lo arreglaba todo comiendo, pero aquel día no pudo convencer a los Anderson para que tomaran algo de alimento.

—No puedo creer que nadie haya visto nada —dijo el señor Anderson—. Ni siquiera los vecinos. El comisario habló con ellos y ninguno vio a Lucille salir de la casa con esos dos canallas. Y el automóvil que conducía McLain está matriculado a nombre de Henry Vanee. Vanee lo vendió a un tal Smith, y Smith no volvió a registrarlo, de modo que el número de la matrícula no nos sirve de nada. Todo lo que sabemos es que el coche era gris. Telefoneamos a ese sitio donde trabaja Lucille. Es un salón de belleza. Y la vieja lechuza que se puso al aparato ni siquiera intentó ayudarnos. Estaba realmente dolida.

—Señor Anderson, está usted cansado y su esposa parece agotada —dijo tía Matilda—. ¿Por qué no descansan aquí unas horas? Tenemos un dormitorio vacío. Les avisaremos si ocurriera algo.

—No. —Nervioso, miró por la ventana de la sala de estar de los Jones—. Hemos reservado habitación en la Posada de Rocky Beach. Ahora ya estará dispuesta. Nos quedaremos allí a esperar noticias del comisario Reynolds… o de quien tenga algo que comunicarnos.

Un vecino se ha quedado en casa, por si los secuestradores telefoneasen allí. Puede tratarse de algo bien sencillo, ¿sabe? Que quieran un rescate —concluyó esperanzado.

La señora Anderson se levantó como sonámbula.

—Sé que hicisteis todo lo posible —le dijo el señor Anderson a Jupiter—. Quiero darte las gracias a ti y a todos tus amigos.

Y se marchó cogido del brazo de su esposa.

Jupiter fue a su taller y gateó por el Túnel Dos hasta el Cuartel General. Pete y Bob ya estaban allí.

—Buenos días —dijo Pete sentado en el suelo y con la espalda apoyada contra el archivador—. Vi el coche de los Anderson delante de tu casa, así que llamé a Bob para venir aquí. ¿Alguna novedad?

—No. —Jupe ocupó su sitio acostumbrado detrás del escritorio —. Los Anderson se hospedan en la Posada de Rocky Beach. Supongo que se quedarán allí hasta que sepan algo.

—Ojalá les digan alguna cosa —exclamó Bob mientras repasaba las notas que había ido anotando en una libreta pequeña—. Todo lo que intentamos acaba en un callejón sin salida. Esos dos tipos que organizaron la fiesta de Lucille parece que hayan salido de la nada… y han vuelto a desaparecer. Por lo menos uno de ellos usa un nombre falso. Probablemente el otro también. Recordad que nadie conoce a ese Morell en la Twentieth Century-Fox.

Jupe frunció el ceño.

—Hay un montón de cosas que no encajan. Ese par puede que sean un par de frescos que escogieron a Lucille al azar y la secuestraron. Pero se expusieron sin necesidad, si ese era su único propósito. Se dejaron ver ante todos sus amigos, dieron una fiesta para Lucille y conocieron a sus padres. Eso no suelen hacerlo los raptores.

Jupiter unió las puntas de sus dedos para formar una especie de jaula.

—Y luego tenemos a ese intruso… el que entró en casa de la Fowler, antes de que Lucille conociera a McLain y Morell. ¿Pudo ser uno de los dos? Y, de ser así, ¿para qué entró en la casa? ¿Para llevarse a Lucille? ¿O para llevarse otra cosa?

—¿Coincidencia? —preguntó Bob—. Como el hombre-lobo de la casa de empeños donde Lucille empeñó su broche. Parece una coincidencia. Se han cometido robos bajo disfraces por toda la

ciudad… y en lugares que nada tienen que ver con Lucille, que nosotros sepamos.

Pete suspiró.

—Podríamos pasar todo el día dando vueltas sobre lo mismo. No nos conduce a ninguna parte. Lucille ha desaparecido con un par de tipos totalmente desconocidos y, hasta que no los encontremos, estaremos en un aprieto.

La bolsa-bandolera que los muchachos encontraron en la playa estaba todavía en su oficina. Los muchachos olvidaron llevarla a la plaza Cheshire cuando fueron a ver a Lucille. Bob la bajó del archivador para vaciarla encima de la mesa. Contempló la colección de productos de belleza, el libro de la biblioteca y el osito de felpa, como si alguno de aquellos objetos pudiera ser una pista del paradero de Lucille.

El oso, de piel oscura y sedosa, les miraba con sus ojos estáticos.

Jupiter cogió el libro para hojearlo. Tenía algunos pasajes marcados.

—Cada noche, antes de conciliar el sueño, repite las palabras: «éxito, amor, riqueza». E imagínate disfrutando de estas cosas —recitó Jupiter en tono burlón—. ¡Tan seguro como que sale el sol, el éxito, el amor, y las riquezas materiales serán tuyos!

Los Tres Investigadores se miraron y rieron.

Pete cogió el osito para decirle en tono pomposo:

—Imagínate que disfrutas de la fresca brisa del bosque soñado. ¡Quién sabe, mañana al despertar puedes ser el Oso Yogui!

Los muchachos se echaron a reír otra vez, y luego Pete y Bob se fueron a casa.

Jupe se quedó en el remolque para seguir pensando. Miró el osito peludo que estaba encima de la mesa donde Pete lo había dejado, y tuvo la impresión de que allí estaba la pista que necesitaba. Detrás de aquella serie de acontecimientos inusitados, debía haber una relación y, si lograba encontrarla, encontraría a Lucille.

Volvió a meter el oso dentro de la bolsa-bandolera, después el libro y por último todos los cosméticos que estaban esparcidos por la mesa.

Y de pronto algo se movió fuera del remolque.

Contuvo el aliento para escuchar. ¿Que sería? ¿Algún animal

rebuscando en la chatarra amontonada alrededor del remolque?

Era sólo un rumor, tan tenue que apenas podía distinguirse del soplo de la brisa. Más suave incluso que la brisa. Un suspiro, como si un ser estuviera cansado de esperar en el exterior… de esperar a Jupiter.

En aquel momento Jupe comprendió que era preciso registrar los alrededores del Puesto de Mando. Algo… o alguien… estaba allí fuera y él no podría respirar tranquilo hasta que lo descubriese.

Se levantó con cuidado para que la silla no rozara el suelo. Dio la vuelta a la mesa y se detuvo a escuchar.

Silencio.

«Es un animal», se dijo Jupe interiormente. «Una ardilla que ha decidido instalar su residencia en la chatarrería. O una gata descarriada con sus gatitos. ¿O una rata? Una rata sería horrible, pero las ratas son criaturas que pueden ser dominadas».

El camino más rápido para salir del Puesto de Mando era la Fácil Tres, y Jupiter utilizó esa salida. La puerta de la oficina daba directamente a un calentador de agua enorme, lo bastante grande para que Jupiter, o incluso un adulto, cupiera en su interior. A su vez el calentador daba a un pasadizo corto entre bloques de granito que terminaba ante una puerta grande de roble que conservaba su marco. Jupe la entreabrió para mirar el patio de la chatarrería con cautela. No vio nada de particular.

El Primer Investigador dio la vuelta a todo el patio sin encontrar ni animalejos ni intrusos misteriosos. Luego se dirigió a su taller exterior y, desde allí, jadeante, recorrió el Túnel Dos para volver al Puesto de Mando. Echó un vistazo a su alrededor. La bolsa-bandolera estaba encima de la mesa tal como la había dejado.

Pero vio que había un cambio. Un bloc de notas estaba abierto encima de la mesa cerca del teléfono. Mientras Jupe había salido a registrar el patio exterior, alguien había entrado en el Puesto de Mando y había abierto el bloc de notas para leer lo que estaba escrito. Un estremecimiento recorrió su espina dorsal.

No había nada importante en el bloc. Jupe lo utilizaba para hacer garabatos, pero era la prueba de que alguien había estado allí. ¡Y de pronto comprendió que aún estaba cerca!

Jupe permaneció inmóvil al sentir aquella presencia detrás de él. Daba la espalda a la cortina que separaba la oficina de la pequeña

cámara oscura para el revelado de fotografías. Jupe percibió que lo que había entrado tan sigilosamente en el Puesto de Mando estaba ahora detrás de la cortina… esperando… respirando…

La respiración era tan leve al principio que apenas podía estar seguro. Pero luego fue en aumento. Era horrible, un jadeo ronco que casi llegaba a su oreja.

¡Y entonces una risa satánica llenó la habitación!

Jupe se apartó de la cortina y se volvió para encararse con el intruso.

La cortina se descorrió. Jupe se quedó mirando a aquel ser horripilante… cubierto de escamas, de dientes afilados y un rostro deforme, espantoso.

La cosa volvió a reír y una zarpa negra trató de alcanzar a Jupe:

Jupe la esquivó, tropezó con la mesa, y quiso hacerse a un lado.

¡El horror volvió a atacar con su risa! Jupe sintió el golpe y la acelerada proximidad del archivador.

¡Su cabeza dio contra el archivador y todo se oscureció!



CAPÍTULO 13
SIGUIENDO AL OSO

—¡Quería alguna cosa de la bolsa! —exclamó Jupe—. Vi que faltaba la bolsa en cuanto recuperé el conocimiento, y entonces lo comprendí. La bolsa-bandolera era lo que el ladrón buscaba cuando encerró a tía Matilda en el armario de la limpieza. Y la razón para que raptasen a Lucille. ¡Y ese monstruo la encontró al entrar aquí!

Jupiter había telefoneado a Pete y a Bob en cuanto se recuperó. Ellos acudieron corriendo al Puesto de Mando y ahora le miraban desde el otro lado de la mesa. Jupe estaba todavía muy pálido y tembloroso. Y ellos también temblaban. Alguien había traspasado sus defensas construidas con tanto cuidado. ¡Jupiter había sido atacado en su bunker secreto!

—Y yo se lo puse tan fácil —añadió Jupiter con pesar—. Oí que alguien se movía fuera y salí por la Fácil Tres… así que le enseñé el camino. ¡Cuando volví, ya me estaba esperando!

Jupe se estremeció ante el recuerdo de aquel rostro horripilante y las manos, como garras, dando zarpazos.

Pete tenía también un recuerdo espantoso de la criatura enmascarada que salió corriendo de la casa de empeños.

—¿Era la misma máscara? —dijo ahora—. ¿La máscara de hombre-lobo que llevaba ese tipo el otro día?

—No, pero por supuesto que podía ser el mismo hombre —Jupe estaba ya más tranquilo, y su rostro había recobrado algo de color —. McLain y Morell estudiaban las películas de terror. Por lo menos hablaban como si les interesasen. Tal vez consideren artístico el cometer delitos caracterizados como los personajes de las películas de terror.

—Eso hace que ese tipo que intentó robar en la casa de la plaza Cheshire resultara vulgar —observó Bob—. Con una media en la cabeza… como cualquier ladrón.

—Excepto por una cosa —replicó Jupe—. Estaba complicada Lucille Anderson. De modo que pudo ser el mismo hombre.

—¡Bien! —exclamó Pete—. ¿Pero qué es lo que el monstruo quiere de la bolsa? ¿Las papeletas de empeño?

—¿Las que Lucille puso dentro del libro? —Jupe frunció el entrecejo—. No lo creo. Las cosas que Lucille empeñó eran muy vulgares. No pueden valer mucho. Un anillo pequeño, una medalla de premio y un brochecito de oro. Le dieron unos pocos dólares por todo. Nadie puede ir tras esas papeletas. Además, no olvidemos que el prestamista que tenía el broche de Lucille fue sólo una de las personas que fueron atracadas por monstruos disfrazados. Dudo que ese broche tenga nada que ver con esto.

—Me da vueltas la cabeza —dijo Pete aturdido—. Si no eran las papeletas lo que quería ese monstruo, ¿qué era? ¿El libro?

—¿Un libro de una biblioteca pública? —Bob rió—. ¡Qué va! A menos que tuviera algo escrito. Lucille pudo anotar algo. ¿Pero sobre qué? No parece tener ningún secreto que esconder. Ella lo único que intentaba era esquivar a sus padres el tiempo suficiente para encontrar un papel en una película.

—¡El osito peludo! —exclamó Jupe de pronto. Bob y Pete le miraron.

—¿Qué pasa con el osito? —quiso saber Pete.

—¿Y si fuera eso lo que el monstruo andaba buscando? —preguntó Jupe—. No era un juguete vulgar. La mayoría de los osos están hechos de peluche, pero éste era de piel auténtica.

—¿Y qué? —dijo Pete—. Incluso aunque ese oso estuviera hecho con el visón más raro de la tierra, no merecería la pena tomarse tanto trabajo.

—¿Supongamos que hubiera algo escondido dentro del oso? —sugirió Jupe.

—¡Ahora hablas con sentido! —exclamó Bob—. ¡Eso debe ser, joyas o drogas! McLain y Morell saben que Lucille tiene un osito relleno de algo valioso. Entran en casa de la Fowler para buscarlo, pero ella les interrumpe. Cuando vuelven a buscarlo, no lo encuentran y tienen que llevársela para que les diga dónde está. Les

dice que debemos tenerlo nosotros, lo cual es cierto. Registran tu casa, Jupe, pero no lo encuentran y luego nos siguen hasta aquí.

—Y entretanto, retienen a Lucille para que no pueda avisar a la policía —concluyó Pete.

—Una hermosa teoría —dijo Jupiter—. Encajan todos los hechos tal como los conocemos. Incluso explica por qué no tocaron la caja del dinero de tía Matilda. Y por qué había una toalla manchada de sangre en el cuarto de baño de la Fowler.

—Sí —exclamó Pete—. ¡Hubo lucha… y alguien se hirió!

Ahora Jupe estaba lanzado y sus ojos brillaban cuando cogió el teléfono.

—Lo primero que hemos de averiguar es cómo Lucille consiguió ese oso —anunció—. Es la única pista que tenemos para llegar hasta el intruso fantasma. ¡Y la única que puede llevarnos hasta el paradero de Lucille!

Con su mano libre, Jupe iba volviendo las páginas de la guía telefónica.

—Aquí está —declaró—. La Posada de Rocky Beach.

Marcó el número y preguntó por el señor Anderson. Cuando se puso al teléfono, Jupe dijo:

—Soy Jupiter Jones. Es posible que tengamos una pista que podemos seguir. ¿Recuerda el osito peludo que estaba en la bolsa de Lucille? ¿Se lo llevó consigo cuando salió de Fresno? Es un oso hecho con piel auténtica.

—¿Un osito peludo? —repitió el señor Anderson—. Espera un momento, le preguntaré a mi mujer.

Jupe pudo oír el rumor de una conversación. A los pocos momentos, el señor Anderson volvía al teléfono.

—Judy no recuerda que Lucille tuviera ningún osito peludo entre sus juguetes —le informó—. Que nosotros sepamos, sólo se llevó ropa y cosméticos. ¿Por qué?

—No estamos seguros, señor Anderson, pero, si Lucille lo adquirió aquí, tal vez sea la pista que necesitamos. Nos pondremos en contacto con usted y muchísimas gracias.

Jupiter colgó.

—El oso es de aquí —dijo—. ¿De dónde lo sacó? ¿Y cómo podríamos averiguar una cosa así?

—¿En La Choza de la Pizza? —propuso Bob—. Puede que alguno

de esos chicos sepa algo.

—Es un punto de partida —reconoció Jupiter.

Minutos después, los muchachos atravesaban la autovía de la Costa del Pacífico. Al entrar en La Choza de la Pizza fueron reconocidos por algunos clientes habituales que les saludaron con la mano. La mujer detrás del mostrador les sonrió.

—No comen gran cosa —le dijo al señor Sears de cabellos grises que estaba junto a la caja registradora—. Pero, de todas formas, son buenos chicos. Y siempre educados.

El señor Sears no hizo ningún comentario, pero escuchó mientras Jupe preguntaba a los otros chicos si alguno recordaba el osito peludo que Arianne Ardis llevaba en su bolsa-bandolera.

—¿Un osito? —exclamó uno de los chicos—. ¡Bromeas! ¿Es que llevaba ese osito a todas partes?

—Muchas chicas lo hacen —dijo una jovencita de labios pintados de rojo vivo, y sombra marrón en los párpados—. No es tan raro. Arianne era realmente especial. ¡Visón! Le pregunté dónde lo había comprado pero no quiso decírmelo.

—¿Hacía mucho tiempo que tenía ese osito cuando tú se lo viste? —preguntó Jupiter.

La muchacha se encogió de hombros.

—Me imagino que un par de días.

Nadie más en La Choza de la Pizza sabía nada del oso, de manera que los Tres Investigadores dieron las gracias a todos y se marcharon.

—Bien —exclamó Pete—. ¿Y a quién preguntamos ahora? —Las tiendas de juguetes parece lo más lógico.

Pete lanzó un gemido.

—¿Te das cuenta de cuántas tiendas habrá aquí que vendan ositos?

—La atención a los detalles es lo que da el éxito a un detective —replicó Jupiter.

Había una tienda de juguetes a unos doscientos metros de La Choza de la Pizza y empezaron por allí. Pete volvió a gemir al ver la cantidad de osos que tenían.

—¿Cómo podremos saber jamás dónde compró Lucille su oso?

—exclamó.

—Aquí, desde luego, no —declaró Jupe—. Ninguno es de piel.

Y no lo eran. Estaban hechos de felpa y fieltro únicamente.

La propietaria de la tienda quedó muy extrañada cuando Jupe le dijo que buscaban un osito de piel.

—Piel auténtica —le dijo—. Probablemente visón.

—Eso es muy especial —contestó la mujer—. ¿Tiene que ser visón?

—De piel oscura —replicó Jupe—. Una amiga nuestra tiene uno y me preguntaba si lo habría comprado aquí.

—No. Puedes probar en Santa Mónica… en la tienda que hay frente al muelle. Tienen juguetes muy caros. Y, si no tuvieran osos de visón, tal vez ellos sepan dónde puedes encontrarlos.

Los muchachos tomaron el autobús hasta Santa Mónica y encontraron la tienda cerca del muelle. Se llamaba Al Final del Arco Iris, y además de osos y conejitos de todos tamaños y materiales, tenían cantidad de objetos con corazones y arco iris, y en algunos casos ambas cosas.

Sin embargo no tenían ositos de visón. La joven que les atendió les recomendó que probasen en las tiendas de Beverly Hills.

—En Beverly Hills les gusta el visón —dijo, y les dio las direcciones de varias tiendas en la avenida Beverly y otras de Little Santa Mónica.

Tras darle las gracias, salieron a la calle. Esperaron a que pasara un Audi color marrón y luego cruzaron la calle hasta la parada del autobús. Pete se dejó caer sobre el banco.

—¿Te das cuenta que esto puede llevarnos el resto de nuestras vidas? —se lamentó.

—Quizá no —repuso Jupiter—. Veo un Rolls-Royce con adornos dorados en nuestro futuro.

CAPÍTULO 14
EL PELETERO COLÉRICO

Worthington estaba disponible. Acudió con el Rolls y llevó a los muchachos a Beverly Hills, donde aparcó en la avenida Beverly, en zona de carga y descarga.

—Me quedaré en el coche —les dijo—. Si tengo que moverme iré dando vueltas a la manzana.

Dos mujeres pasaron junto al automóvil. Una de ellas leía una guía.

—Escucha esto —le dijo a su compañera—. Beverly Hills es una de las comunidades más caras del país. En sus colinas se hallan las casas de los astros mejor pagados en la industria del espectáculo. El distrito comercial…

Al volverse para mirar a su amiga se detuvo en mitad de la frase.

—¡Thelma! —gritó—. ¡Mira qué coche! —Y sacó su cámara y le hizo una fotografía.

Worthington fingió no darse cuenta. La mujer seguía con la boca abierta cuando los muchachos se apearon.

Había dos tiendas de juguetes en la manzana donde Worthington había aparcado. En la primera, los muchachos no tuvieron suerte. Sin embargo, en la segunda, un joven esbelto con pantalones de cuero les dijo haber visto un oso de visón.

—En realidad no fue vendido —explicó—. Una de nuestras clientes lo recibió como una especie de premio. Adquirió una chaqueta de piel en la tienda de la esquina de Wilshire y Olympic. Cuando le entregaron la chaqueta, iba acompañada de un osito. Un pequeño detalle de agradecimiento por promocionar el establecimiento.

—¡Ah! —dijo Jupe.

—Supongo que el peletero os venderá un osito, si tanto lo deseáis.

—Gracias —contestó Jupe.

—De nada. Volved si alguna vez necesitáis una casita para ratones. Tengo algunas preciosas.

—¿Para ratones? —preguntó Pete.

—De juguete —contestó el hombre—. No se permite a los ratones vivir en Beverly Hills. Es una zona muy estricta, ya sabéis.

Pete gruñó.

Los muchachos volvieron al automóvil. Encontraron a Worthington explicando a un transeúnte que el Rolls no era propaganda de ninguna película. El chófer pareció aliviado al ver a los Tres Investigadores. Mientras les conducía hacia Wilshire y Olympic, comentó que la zona de la avenida Beverly estaba llena de turistas.

—Mientras estuvisteis fuera, me han hecho varias fotos —explicó—. La gente pensaba que yo era un actor.

—Tienes que admitir —le dijo Bob— que el coche y tu uniforme son cosas poco frecuentes… incluso en Beverly Hills.

—Puede que tengas razón, Master Robert —admitió Worthington entre risas.

La tienda de la esquina de Wilshire y Olympic se llamaba Vronsky Frères. Tenía las paredes tapizadas de gris perla y las alfombras tan gruesas que los pies se hundían hasta el tobillo. Al llegar los muchachos, un hombre nervioso con una cinta métrica colgada del cuello estaba riñendo a un joven ceñudo que pasaba la aspiradora.

—¿Ositos? —dijo el hombre cuando Jupiter le preguntó—. Hemos tenido algunos osos, pero ahora no me queda ninguno. También se los llevaron.

—¿Se los llevaron? —preguntó Jupe.

—Cuando robaron —replicó el hombre—. ¿No lo sabéis? No, claro que no. ¿Por qué ibais a saberlo? Dos robos más no son ya noticia estos días.

Jupe sintió un súbito interés.

—¿Les han robado? ¿Cuándo?

—La primera vez se llevaron mis pieles. De eso hace una

semana. Y hace cuatro noches robaron algunas fichas. ¿Por qué? ¿A vosotros qué os importa? Si queréis un osito, id a una tienda de juguetes.

—Pero se trata del osito de piel de una amiga nuestra —dijo Jupe—. Yo creo que era de visón. Se lo guardábamos, pero alguien entró en nuestra casa y se lo llevó.

El peletero asintió.

—Como aquí. Se llevaron también los ositos cuando entraron la primera vez. Pero luego vinieron otra vez para revolver mi fichero. Todas las fichas por el suelo. Todavía no he logrado encontrar algunas. Ya fue bastante perder las pieles, pero por lo menos estaban aseguradas. Esos canallas no tenían derecho a destrozar también mi fichero. Lo hacen para fastidiar. Quieren demostrar su desprecio por la gente que trabaja de firme y se abre camino.

—Sí, señor —dijo Jupiter.

El joven de la aspiradora desenchufó la máquina y desapareció en una habitación del fondo.

—¡Y ése! —El peletero meneó la cabeza—. Puede que sea honrado o puede que no. Uno no puede hacer otra cosa que confiar. Por lo menos, hace el trabajo. El anterior a éste era un caso perdido. Pedirle algo era como ir al cementerio y desenterrar a un muerto. Te prestaría el mismo servicio. Sabía todo lo referente al cine, pero nada de su trabajo.

Jupe pensó que iba a estallar. Sintió que Pete se ponía tenso. Bob se acercó más al peletero para no perderse ni una palabra.

—¿Su anterior empleado era un fanático del cine? —preguntó Jupe—. ¿Le gustaban las películas de terror?

—¿Cómo lo has adivinado? ¡*Drácula*! ¡El hombre-lobo! Seres que salen de las tumbas y se comen a la gente. ¡Cosas horripilantes!

De pronto el peletero retrocedió asustado.

—¿Conocéis a mi último empleado? ¿Qué… qué pasa aquí? ¿Quiénes sois y qué queréis?

—Nosotros… intentamos encontrar a nuestra amiga —dijo Jupe con cautela—. La que tenía el osito de visón. Ha desaparecido. Es muy importante. Por favor, ¿cómo encontró a ese empleado? ¿Se lo envió alguna agencia?

El peletero frunció el ceño.

—Vino por las buenas. Dijo que necesitaba trabajar y que haría

cualquier cosa.

—¿Llegó antes o después de los robos? —preguntó Jupe—. ¿Y cuándo se marchó? ¿Cuánto tiempo estuvo trabajando aquí?

—Ni dos días. No servía para nada. Le despedí hará dos semanas. Aunque eso a vosotros no os importa.

—La dirección de ese hombre —insistió Jupiter—. ¿Dónde vive? ¿Qué nombre dio? Y la señora Fowler… que vive en la plaza Cheshire de Rocky Beach, ¿es clienta suya?

—¿Ahora quieres saber cosas de mis clientes? —replicó el peletero receloso—. Esto no está bien. ¡Voy a llamar a la policía!

—¡Por favor, es muy importante! —Jupiter le contó la historia de la muchacha que se había escapado de su casa y que vivía con la señora Fowler y de la bolsa-bandolera que ellos encontraron, y del disgusto de sus padres.

—Nosotros pensamos que la han secuestrado y que su secuestro tiene algo que ver con el osito de piel.

Después de oír la historia, el peletero seguía receloso. Admitió conocer a la señora Fowler, pero no confirmó que fuese cliente suya. Cuando le presionaron preguntándole por su antiguo empleado, se fue a la trastienda gruñendo para volver con algunos papeles.

Uno era un impreso oficial que los empleados rellenan para el gobierno, en el que consta el nombre y número de la seguridad social del empleado. Éste había sido rellenado por Frank Jessup.

El peletero mostró a Jupe otro papel en el que Jessup había escrito a mano su nombre y dirección.

—Le envié un cheque a ese inútil —dijo el peletero.

—¿Se lo devolvieron en correos? —preguntó Jupe.

—No.

—¿Y qué aspecto tiene ese Jessup? ¿Es delgado, con cabellos rubios lacios y demasiado largos que le cubren las orejas?

—No. Es bajo, algo rechoncho y moreno. De pelo rizado. Escuchad, esto no me gusta y…

—Sólo una cosa más —suplicó Jupe—. ¿De dónde vienen sus ositos? ¿No los hace usted, verdad?

—No. Me los envía R. J. Importaciones.

—¿Y usted regaló uno a la señora Fowler, verdad? —le apremió Jupe.

—¡Fuera! —les ordenó el peletero.

Mientras los muchachos abandonaban la tienda oyeron que el peletero marcaba un número de teléfono.

—Llama a la policía —supuso Pete.

A Jupe no le preocupó. Salió a la acera en el momento en que se marchaba un Audi marrón allí aparcado, y cruzó la calle para ir donde estaba el Rolls.

—Creo que podemos presumir sin equivocarnos —anunció con satisfacción— que la señora Fowler recibió un chaquetón de piel y un oso de visón de Vronsky Frères, y que Lucille cogió ese osito cuando la señora Fowler se fue a Europa. Ahora sigamos con el caso del gandul aficionado a las películas de terror.

—¿Tienes la dirección de ese Jessup? —preguntó Bob.

—Es una calle de Santa Mónica —replicó Jupiter—. El número es el de una centralita, de manera que tiene que estar en un edificio de apartamentos.

—Probablemente será tan falsa como su nombre —observó Pete. Jupe sonrió.

—No necesariamente. El peletero le envió el cheque por correo y no se lo devolvieron. Alguien lo recibió en Santa Mónica. De modo que el paso siguiente es averiguar quién fue. ¡La vida de Lucille depende de ello!

CAPÍTULO 15
EL COLECCIONISTA

—¡Será mejor que no se entere todo Santa Mónica de que estamos aquí! —dijo Jupe.

—Me parece que hoy hemos llamado mucho la atención, Master Jupiter —contestó Worthington cuando giraba para enfilar una calle secundaria—. Ahora estamos aproximadamente a tres manzanas de la dirección que os ha dado el peletero —les dijo—. Os esperaré aquí si queréis hacer el resto del camino a pie. Y no tenéis que preocuparos por mí. Tengo un ejemplar del *Times* de Londres y estaré muy entretenido.

Los muchachos echaron a andar calle abajo y doblaron la esquina. Todo eran edificios de apartamentos pequeños y casas modestas hasta llegar a una gran zona ajardinada a unas diez manzanas del mar. El apartamento 15 estaba en el primer piso y daba a la parte de atrás.

Pete vacilaba.

—¿Qué hacemos ahora?

—Llamar al timbre —decidió Jupe.

Lo hizo, pero no hubo respuesta.

Al cabo de un par de minutos, Bob acercó su rostro al cristal de la ventana. Vio una habitación que era una jungla de libros, papeles y muebles desvencijados. Varias cajas metálicas donde se guardan películas y lo que parecía una calavera, estaban encima de una librería. En la pared, encima de la calavera, había un póster de una criatura de rostro verde y garras negras. Aquel extraño ser salía de una tumba abierta.

¡Convención Trienal! —se leía en la parte superior del póster—.

¡Club de aficionados al terror de Norteamérica. 14 y 15 de agosto, Santa Mónica, Auditórium Social!

—No nos hemos equivocado de dirección —dijo Bob.

—¡Eh, chicos! —gritó una voz desde la zona ajardinada.

Los muchachos se volvieron. Les llamaba una mujer alta y pelirroja.

—¿Buscáis al señor Morell? —les preguntó. Parecía la portera.

—O a su amigo, Frank Jessup —contestó Jupe, con la misma excitación que sintiera cuando el peletero mencionó las películas de terror.

—¿Jessup? No le conozco. Aunque el señor Morell añadió ese nombre a su buzón hace unos días. El señor Morell lleva ausente algún tiempo. Debe de estar de vacaciones. ¿Queréis dejarle algún recado? Yo se lo daré. O a ese otro… Jessup.

—Um, gracias —dijo Jupe mientras sacaba un bloc de su bolsillo.

La mujer asintió con la cabeza.

—No he visto nunca a ese Jessup. Debe estar pasando algunos días con el señor Morell, como hace el señor Pelucci algunas veces.

—¿El señor Pelucci? —Jupe temblaba de ansiedad. ¿Se estarían acercando por fin al falso Craig McLain?—. ¿Es ese hombre de cabellos rubios y lacios? ¿Ese que lleva el pelo tan largo que le tapa las orejas?

—Sí. Iggy Pelucci.

—¿Iggy? —preguntó Jupe—. Es un diminutivo de Ignacio, ¿verdad?

—Sí —dijo la mujer ya impaciente—. ¿Queréis dejar un mensaje para el señor Morell o qué?

Jupe escribió en su bloc de notas: Telefonee a Edward Hyde 555-6359. Arrancó la página para entregársela a la mujer.

—Tengo algunos pósteres de películas antiguas que encontré en el garaje de mi padre —dijo—. Quiero ver si pueden interesarle al señor Morell. Podría llamarle a donde trabaja, si es que usted tiene el número.

—Ahora no trabaja —replicó la mujer—. Hasta hace unas semanas trabajaba para unos estudios de no sé dónde, pero deben haberle despedido.

Miró a Jupe con curiosidad.

—¿De manera que tú también eres uno de esos? —dijo.

—¿Uno de esos? —repitió Jupe.

—De esos tipos estrafalarios amantes del terror —contestó la mujer—. Henry Morell tiene cantidad de cosas alucinantes. Su apartamento está lleno; y también su garaje. Y tiene alquilado otro también. Para mí que es para guardar en él más cosas. Deja el coche en la calle. Yo creo que a veces no come para poder comprar más películas, huesos y cosas. No malgastes tu vida. Todavía eres joven.

Sonó el timbre de un teléfono en algún lugar del edificio y la mujer se disculpó para ir a atenderlo.

—De modo que Morell es un coleccionista —dijo Jupe—. Debimos adivinarlo. Y su amigo Pelucci vive con él a veces. ¡Si Pelucci es el que utiliza el nombre de McLain, realmente estamos progresando mucho!

—¿Llamamos a la policía? —quiso saber Pete—. ¿O vigilamos la casa? Si Morell es un coleccionista, volverá más pronto o más tarde. Los coleccionistas siempre vuelven a por sus tesoros, ¿no?

—Eso creo —replicó Jupiter que miraba detrás del edificio en forma de U que enmarcaba la zona ajardinada. Al otro lado de un pasaje, vio una hilera de garajes, los más viejos con candados en sus puertas. Jupe se dirigió hacia allí incapaz de resistir su curiosidad. Iba a aplicar el ojo a una de las grietas de una puerta, cuando un hombre rechoncho y moreno entró en el pasaje a través de una puerta de madera.

Jupe se sobresaltó.

Pete dijo:

—¡Oh, no! ¡Es Morell!

Sí, era el hombrecillo de cabellos rizados que estuvo en la fiesta de Lucille con el falso Craig McLain. Al reconocer a los muchachos, se quedó inmóvil unos instantes. Luego, recuperó la compostura y pudo acercarse.

—De modo que volvemos a encontrarnos —dijo Morell—. ¿Qué os trae por aquí?

—Lucille Anderson —repuso Jupe tranquilamente—. O Arianne Ardis si prefiere ese nombre.

—¿Qué… qué pasa con ella?

—Ha desaparecido —contestó Jupe— como usted sabe muy bien. El hombre que se hace llamar Craig McLain…

—¿El viejo Craig? —Morell se esforzó por sonreír con naturalidad, pero sin conseguirlo—. ¿Qué hay de Craig McLain?

—Su nombre no es McLain —explicó Jupiter—. Ahora si usted quiere decirnos dónde está, quizá podamos hablar. Si no…

En aquel momento Pete perdió los estribos y cogió a Morell de un brazo.

—¡No trate de engañarnos! —exclamó—. ¿Dónde está ese individuo? ¿Y dónde está Lucille Anderson?

—No sé de qué me hablas —dijo Morell que ahora sudaba—. Escucha, quítame las manos de encima o llamaré a la policía.

—¡Hágalo! —replicó Pete—. ¡Sería estupendo!

—Um, quiero decir —tartamudeó Morell con mirada furtiva—. Escuchad, McLain está… tiene un trabajo en la ciudad. Y en cuanto solucione algunos pequeños detalles, las cámaras empezarán a filmar. Lucille, hum, Arianne es un talento en bruto. Necesita formación… aprender. De modo que le hemos preparado unas cuantas lecciones… dicción, declamación, todo eso. Daremos lustre a su talento como si puliésemos una joya rara.

De pronto el rostro de Morell se iluminó.

—Venid por aquí —les dijo—. Tenemos muchas cosas almacenadas.

Los muchachos se miraron sin saber qué hacer.

Morell sacó un manojo de llaves de su bolsillo para abrir uno de los candados que cerraban las puertas de los garajes.

—¡Los antiguos tesoros! —exclamó como si hablase de reliquias sagradas—. ¡Disfrutad de la vista! ¿Recordáis la secuencia de Cosecha Sangrienta, cuando el zombi entra en el castillo? Mirad… ahí está la puerta que se abría al pulsar ciertas teclas del órgano. Y más allá el ataúd de la Ciudad de los malditos. Y conseguí hacerme con algunas de las auténticas figuras de cera de la primera película sobre el museo de cera, e incluso el mismísimo maquillaje que utilizó Lon Chaney en el Fantasma de la Ópera. ¡Sin mencionar las copias de las películas originales… y de los guiones antiguos!

—¡Es… es como un museo! —exclamó Bob. A pesar suyo, los Tres Investigadores habían seguido a Morell al interior del garaje y contemplaban maravillados los objetos que les rodeaban. A Jupe le fascinó especialmente un póster enmarcado. Anunciaba la película Frankenstein, interpretada por Boris Karloff, y estaba en perfectas

condiciones. Durante medio siglo o más, había sido cuidado como si fuese un cuadro de gran valor.

Al cabo de un instante, Jupe se volvió para decir algo a Morell, pero Morell había desaparecido. Los Tres Investigadores habían sido abandonados en plena jungla de recuerdos de películas.

—¿Morell? —llamó Jupiter.

No hubo respuesta.

De pronto la puerta del garaje se cerró y los muchachos quedaron sumidos en la oscuridad.

—¡Eh! —gritó Pete.

Los tres amigos oyeron tintinear el candado al otro lado de la puerta.

—¡Eh, Morell! —Pete se dirigió hacia la puerta guiado por la tenue luz que penetraba por las grietas—. ¡Eh! ¡Abra!

Gritó y golpeó la puerta con los puños. Fuera del garaje reinaba el silencio. ¡Henry Morell se había ido y ellos estaban encerrados!



CAPÍTULO 16
LA CÁMARA DE LOS HORRORES

—¡Alguien tiene que oírnos! —La voz de Bob era aguda y potente. Seguía aporreando la puerta—. ¡Eh! ¡Eh, sáquenos de aquí!

Nadie contestó.

Después de gritar unos minutos más, se dieron por vencidos.

—Si por lo menos el Rolls no hubiese aparcado tan lejos —dijo Pete con amargura—. ¿Cuánto tiempo tardará Worthington en venir a buscarnos? ¿Se le ocurrirá mirar en este garaje?

—No podemos esperar a Worthington —contestó Jupiter—. Supongamos que Morell vuelve con su amigo. ¡Podrían venir armados!

Pete lanzó un gemido.

—Ojalá no se te hubiera ocurrido pensarlo —dijo.

—Hemos de encontrar el medio de salir de aquí —decidió Jupe —. Tiene que haber una ventana en alguna parte. Acostumbran a poner ventanas en los garajes. Y, si la hay, será al otro extremo del edificio. Creo que estamos en el segundo garaje. Si la pared no es muy sólida podremos atravesarla.

—¿Y si no? ¿Qué hacemos entonces? —preguntó Bob.

—Entonces seguiremos dando golpes —replicó Jupe, que ya escudriñaba las sombras para abrirse camino entre los montones de viejas reliquias. Su mano palpó un instrumento de tortura. Con un estremecimiento empezó a alejarse de la puerta con las manos extendidas que tocaron acero, cuero, y una sustancia elástica… aquello debían ser trajes. Luego, máscaras, pelucas, latas, tarros y botellas.

En la semioscuridad la silueta vaga de las figuras monstruosas

amenazaba a los muchachos. Incluso resultaban más aterradoras las formas que no distinguían en absoluto, y que sólo podían imaginar. Un olor acre les envolvía… el olor de cosas antiguas encerradas demasiado tiempo en un espacio reducido.

Bob y Pete siguieron a Jupiter. Después de adentrarse más en la oscuridad sintieron que Jupiter se detenía conteniendo la respiración.

—¿Qué pasa? —susurró Bob.

—Aquí hay alguien —replicó Jupiter también en voz baja—. ¡Algo realmente espantoso!

Jupiter palpaba la cosa que se interponía en su camino. Tocó una superficie dura recubierta de piel y luego una boca. Y dientes. Colmillos en realidad.

Jupe se inclinó hacia adelante mientras sus manos exploraban aquel horror. Sus ojos ya se iban acostumbrando a la oscuridad.

Lo que había allí era mitad hombre y mitad mono. Al cabo de pocos instantes, Jupe estaba casi seguro de lo que era.

—¿Os acordáis de aquellos monstruos que salían de las cuevas en la película *Isla de Pesadilla*? —dijo—. Creo que éste es uno de ellos.

—¿Cómo lo habrá conseguido Morell? —dijo Bob procurando hablar con naturalidad—. No sabía que los estudios vendieran su *atrezzo*.

—¿Y a quién le importa? —intervino Pete—. ¡Salgamos de aquí!

Quiso pasar más allá de aquella cosa horrible, pero se detuvo en seco. Empezaba a moverse con un chirrido metálico. Aquella criatura se enderezó, y alzando sus largos brazos avanzó hacia ellos con estrépito. Su boca hambrienta se abría y cerraba como si masticase.

En el otro extremo del garaje algo corrió entre chillidos. Los muchachos se abrazaron.

—¡Ratas! —consiguió decir Pete con un estremecimiento.

Jupe aclaró su garganta para hablar en tono normal.

—No nos molestarán —dijo con valentía—. Las ratas sólo son peligrosas si las acorralas, y aquí no podemos acorralar a nadie.

—Me pregunto por qué no me siento tranquilo —contestó Bob con sarcasmo.

El monstruo mecánico había cesado de moverse y de aullar en

mitad del paso con los brazos en alto, y ellos comprendieron que iba a serles imposible moverlo. De manera que tendrían que buscar otro camino.

—Podríamos quitar algunas de esas cajas de cartón —dijo Pete y puso manos a la obra. Bob y Jupe le ayudaron sudorosos y jadeantes. Pronto consiguieron abrir camino hasta el tabique que separaba un garaje de otro. Pete fue el primero en pisar la zona despojada del garaje siguiente. Al hacerlo se agachó mientras tosía con las manos azotando el aire.

—¿Qué es? —susurró Bob.

—¡Telarañas! ¡Eg! —Pete no cesaba de agitar los brazos.

De pronto tocó algo más tangible que una tela de araña. Su mano había tropezado con un cordón tendido a través de la zona despejada. Lo cogió con cuidado y tiró de él.

Se oyó un grito… doloroso, fantasmal, como el grito de una bruja. Algo salió volando por el aire en la oscuridad, rozó el rostro de Pete y luego desapareció.

Pete lanzó un alarido y se agachó.

—¡Vaca sagrada! —exclamó Pete—. Este lugar es una trampa para incautos. Creo que era un murciélago mecánico.

Bob quiso bromear.

—Morell debió arrasar también la casa encantada —dijo.

Ahora los muchachos podían distinguir levemente otra barrera que se alzaba ante ellos. Era una pared hecha de ataúdes apoyados contra el tabique del garaje. Detrás de ellos había un ligero resplandor.

—¡Magnífico! —exclamó Jupe—. ¡Ahí está la ventana!

Oyeron cosas que se movían y volaban por encima de sus cabezas y también carreras por los rincones, pero no hicieron caso. ¡Estaban cerca de la libertad… y el aire fresco!

Jupe empezó a quitar ataúdes de en medio. Bob y Pete le ayudaron a despejar la ventana. Mientras trabajaban, iba entrando un poco más de luz en el garaje.

Al fin, la ventana quedó al descubierto. Morell había clavado unas tablas cruzadas por el interior muy toscamente. Los muchachos miraron entre las tablas y vieron un patio en el que crecían adelfas.

Pete tiró de una de las tablas, sin conseguir arrancarla. Cuando

tiraron los tres a la vez, se desprendió con un crujido.

Y hubo un poco más de luz en el garaje.

La segunda tabla de la que tiró Pete se quebró en sus manos. La tercera y cuarta salieron sin dificultad.

Pete abrió la ventana para asomar la cabeza. Al instante notó que alguien le miraba desde arriba.

Volvió la cabeza. Allí estaba un policía con una pistola en la mano.

—¡Oh, cielos! —exclamó Pete.

—Sal despacio y sin hacer ningún movimiento extraño —le dijo el policía.

Su compañero estaba también allí, al otro lado de la ventana, y contempló con una sonrisa como Pete saltaba al exterior. Bob le siguió. Jupe fue el último y trató de hacerlo con la mayor dignidad posible.

La portera pelirroja del edificio estaba allí cerca.

—Sí, éstos son —dijo—. Me estuvieron preguntando por el señor Morell. Cuando oí gritos en su garaje pensé que podían ser ellos. ¿Y cómo habéis entrado? —le preguntó a Jupe.

Jupiter no le hizo caso y se dirigió al policía.

—Quiero hacer una denuncia —dijo—. Hemos sido encerrados por Henry Morell.

—¡Uu… ju! —exclamó uno de los agentes sin inmutarse.

—El señor Morell no está aquí desde hace días —dijo la portera.

Jupe permaneció muy erguido y habló con calma y en tono mesurado.

—Ha desaparecido una joven —explicó—. Se llama Lucille Anderson. Por lo que sabemos, Henry Morell y un compañero suyo fueron los últimos que la vieron. Eso fue ayer en la plaza Cheshire. Sospechamos que Morell y su compañero se la llevaron escondida en su coche, en el maletero, o bien en el asiento posterior, para que no la viera el guarda. Debieron taparla con una manta o un abrigo para evitar que el guarda la descubriese.

—¿Ves mucha televisión? —le preguntó uno de los policías.

—Puede comprobarlo —replicó Jupe—. Telefonee al comisario Reynolds de Rocky Beach. Está investigando la desaparición de Lucille Anderson y nos conoce.

Un hombre mayor, de aspecto fatigado y paciente a la vez, dobló

la esquina del edificio. Iba acompañado de otro más joven. Los dos recién llegados no iban de uniforme, pero era evidente que los policías les conocían, puesto que se apartaron respetuosamente para dejar que hablaran con Jupiter.

Los detectives escucharon la historia que Jupe repitió otra vez. Cuando hubieron comprendido que podía existir relación entre las pieles robadas y la joven desaparecida, le escucharon con más atención.

El detective de más edad les dijo a los muchachos que aguardaran y desapareció un rato. Los agentes uniformados fueron con la portera a comprobar que Henry Morell no estaba en su casa. Luego volvieron. Advirtieron a los Tres Investigadores que no debían meterse en cosas que no eran de su incumbencia y que no rivalizasen con la policía para detener criminales. El detective mayor anotó los nombres y las direcciones de los muchachos y luego les dejó marchar.

Un grupo de vecinos curiosos se había congregado alrededor del coche patrulla aparcado delante del edificio.

—¡Eh, señor! —gritó un niño que iba en un triciclo—. ¿Los policías han cogido a algún ladrón?

—No, exactamente —replicó Jupiter.

Los tres muchachos se apartaron de la multitud para dirigirse al lugar donde les esperaba Worthington en el coche. Media manzana más abajo, Jupiter observó un Audi marrón aparcado junto a la acera. Al acercarse los muchachos, su conductor volvió la cabeza como si buscase alguna cosa que le hubiese caído al otro lado del asiento.

—¡Oh! —exclamó Jupiter, quien tras vacilar una fracción de segundo siguió adelante con la mirada al frente.

—¿Qué? —dijo Bob—. ¿Has visto algo?

—No te vuelvas —le respondió Jupe—. Había un hombre en ese coche que acabamos de pasar… podía estar vigilando el edificio de Morell.

—¿Y? —preguntó Bob—. Medio vecindario está pendiente del edificio de Morell. ¿Qué tiene de particular?

—Juraría que he visto ese Audi marrón durante todo el día. Y estoy casi seguro de que el conductor es el señor Sears de La Choza de la Pizza de Rocky Beach. Ha fingido no vernos. Y ha procurado

que nosotros no le viésemos. ¿Qué hace aquí?

CAPÍTULO 17
EN PELIGRO

Los muchachos encontraron a Worthington entre el Rolls-Royce y un montón de chiquillos de la vecindad que habían acudido a contemplar el coche. El chófer se animó al ver a los Tres Investigadores y se apresuró a abrir la portezuela posterior para que pudieran subir.

—¿A dónde, caballeros? —preguntó Worthington.

—A una cabina telefónica —replicó Jupiter—. Vamos a seguir a algunos osos de felpa hasta su guarida. —Jupe quería interrogar al comerciante que suministraba los osos de piel al peletero.

Jupiter hizo que Worthington se detuviera en una gasolinera y buscó la dirección en la guía telefónica. R. J. Importaciones estaba en una calle de Long Beach a unos cuarenta y cinco minutos hacia el sur.

—Después de haber establecido relación entre Morell y el peletero, el peletero y los osos, y los osos y Lucille, parece lo más indicado investigar el lugar donde hacen los osos que envían al peletero —dijo Jupiter.

—Está fuera de nuestro territorio habitual —objetó Worthington —. Sin embargo, tengo una guía de calles y la encontraremos.

Emprendió la marcha, y los muchachos en el asiento posterior discutieron excitados sobre el osito que llevaba Lucille en su bolsa-bandolera y los otros que habían robado a los peleteros junto con las pieles.

—¡Drogas! —declaró Bob—. ¿Qué otra cosa puede ser sino drogas? El tipo de Long Beach es importador y las drogas vienen en barco desde Asia o Sudamérica. Los esconden en el interior de los

ositos para que los inspectores de aduanas no los encuentren. ¡Por error, un cargamento de osos conteniendo cocaína o heroína, o lo que sea, fue enviado a ese pobre infeliz de Beverly Hills, de manera que Morell y su compinche tuvieron que interceptar los osos!

—Pero si los ositos son de visón, tu historia no sirve —dijo Pete —. Yo tengo una tía que tiene un abrigo de visón, y me dijo que la mayoría de visones vienen del Canadá. La heroína no procede del Canadá, ¿verdad? ¿Ni la cocaína?

—De una cosa podemos estar seguros —declaró Jupe—. ¡De que aquí hay implicado algo más que un juguete!

—¿Pero qué hay en el oso, Jupe? —insistió Pete.

El Primer Investigador procuró adoptar pose de enterado aunque guardó silencio.

R. J. Importaciones resultó ser un edificio bajo y largo en una calle sucia cerca de la playa de Long Beach. Sórdido y desierto, sin luces en las ventanas ni camiones aparcados a su alrededor.

También esta vez les pareció prudente que Worthington aparcara el Rolls en otra parte. Prometió esperar a los muchachos en un pequeño restaurante, varias manzanas más lejos, cerca de la autovía. Luego se puso la gorra y se marchó.

Bob contempló ceñudo la fachada del edificio que miraba hacia la parte oeste del océano.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. Parece que aquí no hay nadie.

—Llamaremos para averiguarlo —respondió Jupiter.

—Y si alguien nos abre la puerta, ¿qué decimos? —preguntó Pete a su vez—. ¿Que queremos comprar un osito de piel?

—¿Por qué no? —repuso Jupiter—. Podemos decir que la señora Fowler tiene uno y que nosotros le hemos seguido el rastro hasta aquí porque queremos regalarle uno a… a tía Matilda.

—Tía Matilda no aceptaría ni muerta un osito de visón —dijo Bob.

—Con tal que el importador no conozca a tía Matilda estamos salvados —contestó Jupe.

Subió los dos escalones y llamó a la puerta. Nadie acudió a abrirla ni nadie se movió en el interior del edificio. A través del panel de cristal de encima de la puerta, vieron una oficina reducida, limpia y vacía.

—Ya hemos llamado bastante —dijo Jupiter que se apartó de la puerta y miró a su alrededor.

En la parte norte del edificio había una zona de aparcamiento desierta. Los muchachos se dirigieron hacia allí y miraron las ventanas. Todas tenían rejas. Pete encontró una caja de embalaje de madera en la parte posterior del edificio. La colocó debajo de una ventana lateral y se subió encima para ver el interior.

—¿Y bien? —preguntó Bob.

—Parece una especie de almacén grande —explicó Pete—. Hay muchas estanterías metálicas con género. ¡Osos! Veo algunos osos. Y muñecas, y cajas de cartón. Hay una mesa grande con un rollo de papel marrón, cajas para embalar y otro rollo de etiquetas. Es una sola habitación grande con una separación en la parte de delante. Oh, y una de las esquinas de la parte de atrás también está separada del resto. También veo un cuartito cuadrado en la otra esquina del fondo. Podría ser el lavabo. No, no. El servicio está junto a la oficina. Hay un letrero en la puerta.

—Quizás en ese cuartito pequeño guardan las drogas, o las joyas o lo que escondan dentro de los osos —sugirió Bob.

Pete se bajó de la caja y la levantó.

—Tal vez podamos verlo desde el otro lado —propuso.

Pero, cuando los tres muchachos dieron la vuelta al edificio por la parte de atrás, vieron que en el lado sur no había ninguna ventana que pudiera proporcionarles la vista del cuartito que Pete había observado. Era un rincón cerrado.

—Debe estar oscuro como boca de lobo —dijo Bob.

—¡Joyas! —exclamó Pete—. ¡Drogas! ¡Todo encerrado!

—¡Chissss! ¡Escuchad! —les advirtió Jupe.

Un automóvil se había detenido delante del edificio, fuera del alcance de su vista. Los muchachos oyeron el ruido del motor, que luego se paró.

Alguien cerró la portezuela del coche y subió los escalones hasta la puerta.

—¡Ajá! —murmuró Bob bajito—. Ahora ya podemos representar nuestra comedia. Podemos entrar con intención de adquirir un oso para tía Matilda.

Pero, cuando se asomaron por la esquina del almacén, se quedaron de piedra.

Un Audi marrón se había detenido junto a la acera. Era exactamente igual al que vieron aparcado en la calle donde vivía Henry Morell.

Los muchachos retrocedieron.

—Los acontecimientos toman un giro inesperado —observó Jupe—. ¿Será ese el hombre que hoy vigilaba el apartamento de Morell? ¿O nos vigilaba a nosotros? ¿Y es realmente el señor Sears… el dueño de La Choza de la Pizza, o yo estaba equivocado?

—Esperaremos hasta que salga —propuso Bob—. Más pronto o más tarde tendrá que salir.

Aguardaron escondidos detrás de un camión aparcado un poco más abajo de la calle. Transcurrieron quince minutos, luego veinte, y entonces se abrió la puerta de R. J. Importaciones para dar paso a un hombre con una bolsa acolchada. La metió en el maletero del Audi, se montó en el coche y luego se fue.

—¡Puedes apostar lo que quieras! —exclamó Pete—. ¡Es Sears! Probablemente el jefe de toda la operación. Y nosotros estuvimos en su pizzería hablando por los codos de Lucille y el osito y… ¡no me extraña que nos haya seguido!

—¡Tenemos que entrar ahí! —gritó Bob—. ¡Debe haber alguna prueba! ¡O… eh, Lucille puede estar encerrada en ese cuartucho!

—¡La policía! —dijo Pete—. Avisaremos a la policía y ellos conseguirán una orden de registro y la sacarán.

—No creo que puedan —dijo Jupe desanimado—. No pueden conseguir una orden de registro sin una buena razón para creer que se ha cometido un delito. ¿Qué podemos decirles? ¿Que ese hombre tiene una pizzería donde nosotros hablamos de Lucille? ¿Y que al parecer es el dueño también de este edificio, o que por lo menos tiene acceso a él? Eso no son pruebas. ¡Apenas lo suficiente para hacer que alguien resulte sospechoso!

—¡Aguarda un segundo! —Pete chasqueó los dedos—. ¡Tragaluces! —exclamó—. En ese tejado hay tragaluces. Los vi cuando miraba por la ventana. Si hay un tragaluz encima de ese cuarto escondido, podremos ver su interior desde el tejado.

Pete se encaminó a la parte posterior del edificio seguido de Jupe y Bob. Había un muelle de carga cerca de la zona de aparcamiento. Pete se subió a él y, desde allí, trepó por una cañería de desagüe que ascendía por la esquina del edificio hasta el tejado.

—No trates de entrar —le advirtió Jupe—. Puede haber alarmas y no queremos que nos atrapen.

—¡Y date prisa! —añadió Bob—. Si alguien nos ve aquí, no tendremos que llamar a los guardias. ¡Vendrán tanto si queremos como si no!

—Ya te oigo —dijo Pete mientras caminaba por el tejado que era plano y los tragaluces sobresalían a intervalos regulares. Eran seis en total, y Pete vio con emoción que uno estaba encima del cuartito del rincón del almacén.

Se acercó al tragaluz y se arrodilló para mirar abajo. Al principio no veía nada. El cuartito estaba en penumbra, pues su única abertura era el tragaluz cubierto de mugre.

Pete frotó el cristal con su puño y vio que en la parte interior del tragaluz habían unas barras de hierro.

Acercó su rostro al cristal e hizo pantalla con sus manos. Escudriñando no pudo ver más que las paredes desnudas, el suelo de cemento y montones de objetos oscuros que parecían sacos abultados.

—¿Qué habrá ahí? —dijo Jupe que acababa de aparecer al lado de Pete. El Investigador gordito había subido también para acompañar a su amigo. Pete no le contestó, pero se hizo a un lado para que pudiera verlo por sí mismo.

—¿Qué supones que será todo eso? —preguntó Jupe al cabo de un par de minutos.

—No tengo ni idea.

Jupe se sentó sobre sus talones.

—Por lo menos sabemos que Lucille no está encerrada ahí. No por eso estamos más cerca de resolver nuestro caso. ¡Juguetes! ¡El señor Sears importa juguetes! ¿O se limita a tratar con un importador? ¿Morell y McLain trabajan para él? ¿Descubrió Lucille algún secreto siniestro relacionado con el osito que estaba en su bolsa?

Los muchachos permanecieron donde estaban durante varios minutos, mientras Jupe trataba de pensar frenéticamente en alguna pista que pudiera haber pasado por alto… en alguna respuesta para aquel enigma.

—¡Eh, chicos! —Era Bob que les llamaba desde abajo—. ¡Eh!, ¿estáis bien?

—Ya vamos —repuso Jupe que se puso en pie para dirigirse hacia la tubería por donde habían subido.

De pronto, las viejas vigas del tejado crujieron peligrosamente. Jupe se detuvo.

—¡Quédate ahí! —le advirtió Pete—. ¡No te muevas!

Se puso a gatas para distribuir mejor su peso y luego siguió así hasta el parapeto que rodeaba el borde del tejado.

—Buscaré una tabla o… o lo que sea para ponerla sobre el tejado y…

Jupe estornudó.

—¡No hagas eso! —Pete tenía una pierna encima del parapeto.

Jupe volvió a estornudar con fuerza. Eso le hizo perder el equilibrio y, sin pensarlo, dio un paso atrás. El tejado volvió a crujir y cedió.

¡Las manos de Jupe buscaron donde agarrarse sin conseguirlo y se vino abajo con las vigas podridas!

CAPÍTULO 18
NO HAY DONDE ESCONDERSE

Jupe permaneció tendido en la oscuridad sin atreverse a respirar. Al principio, tampoco podía hacerlo. Rodó hasta ponerse de costado y al fin recuperó la respiración de golpe.

—¿Jupe? Jupe, ¿estás bien?

Era Pete. Se había acercado todo lo que se atrevió al agujero del tejado y ahora estaba tendido para mirar hacia abajo.

—¿Jupe? —volvió a llamar.

—Estoy aquí. Estoy bien. —Jupe se puso de rodillas, y luego se levantó apoyándose contra la pared más próxima. Era la que encerraba el cuartito secreto. Había caído en la nave principal, precisamente junto a la puerta del cuartito.

—Jupe, ten cuidado —le suplicó Pete.

—Lo tendré. —Jupe hizo girar el pomo de la puerta, pero no se abrió. La empujó con fuerzas, pero no cedió. Era una puerta muy sólida y estaba bien cerrada.

Jupe se volvió a mirar los estantes metálicos que ocupaban las paredes llenos de ositos de felpa, caballitos y muñecas de sonrisa pintada. Había también cajas de construcciones y cartones de yo-yos… juguetes por todas partes.

Jupe se acercó a una estantería para coger un osito. Era exactamente igual al de Lucille. Con el oso en la mano se dirigió a la parte delantera del edificio… hacia el tabique que separaba la oficina del almacén.

La puerta se abrió con facilidad. Jupe entró en la oficina donde había un par de escritorios. Se disponía a abrir la puerta principal

del edificio cuando oyó llegar un automóvil.

Jupe miró por el panel de cristal de la puerta. ¡El Audi marrón aminoraba la marcha para detenerse!

Jupe dio media vuelta para salir corriendo hacia el almacén, y cerró tras él la puerta de la oficina.

En el tejado, Pete preguntó:

—Jupe, ¿dónde estás?

Su voz apenas era un susurro.

Jupe corrió por el almacén hasta situarse debajo del agujero del techo.

—¡Baja de ahí! —le dijo a Pete—. ¡Ese tipo ha vuelto!

Pete se alejó del agujero. Jupe le oyó andar por el tejado y luego deslizarse por la tubería de la parte posterior del edificio. Luego sus pies tocaron al fin el muelle de carga y Jupe sonrió. Pete estaba a salvo.

El Primer Investigador se acurrucó detrás de un montón de cajas de cartón al oír el tintineo de una llave en la puerta de entrada. Alguien penetró en la oficina. Jupe oyó arrastrar una silla sobre el suelo de linóleo. Luego, la silla crujió al sentarse alguien encima. Se oía abrir cajones, revolver papeles y un hombre carraspeó.

¿Qué estaba haciendo Sears? ¿Habría vuelto para recoger algunos papeles de negocios? ¿Estaría allí todavía mucho tiempo?


GAMES
4

Jupe miró al fondo del gran almacén. Una doble puerta corredera conducía al muelle de carga y descarga. Podría salir por allí… si lograba abrirla. O jugárselo todo a una carta… Esconderse y esperar, y quizá Sears se marchase sin entrar en el almacén. Así no descubriría el agujero en el tejado… y Jupe podría tener aún la oportunidad de descubrir el secreto del cuarto cerrado.

Jupe se refugió en las sombras detrás de una estantería metálica muy cargada y esperó.

No por mucho tiempo. De pronto la silla fue movida de nuevo. Luego se oyeron pasos. El hombre se acercaba. Dentro de un instante, abriría la puerta interior del almacén y se asomaría.

¡Y le vería! Vería el agujero en el techo y los cascotes en el suelo. ¡Le descubriría!

Jupe miró hacia las puertas que daban al muelle de carga. ¿Podría conseguirlo?

No. La puerta de la oficina se abrió repentinamente y Jupe volvió a esconderse detrás de las hileras de ositos de felpa y las muñecas de sonrisa eterna. Atisbó entre los estantes y vio el torso del señor Sears cuando entró. Sus pasos resonaban en el suelo polvoriento.

Sears se detuvo antes de dar una docena de pasos y se inclinó hacia adelante. Había visto los trozos de madera astillada y de yeso en el suelo.

Jupe vio la mano de Sears desaparecer en el interior de su americana. Y luego la pistola. El hombre de cabellos grises debió sacarla de su funda debajo de la chaqueta. Ahora, con ella en la mano, dio unos pasos rápidos hasta los cascotes.

Jupe se acurrucó aún más. Si Sears continuaba avanzando, pasaría de largo. Y Jupe tendría el camino libre para escapar antes de que Sears comenzase el registro. No le llevaría más de un segundo salir de detrás de la estantería y alcanzar la puerta de la oficina. Y de allí a la puerta principal como una exhalación. Una vez en la calle estaría más seguro. Allí Sears no se atrevería a disparar, y Jupiter podría correr y correr hasta encontrar a Worthington.

Oyó una sirena. No muy lejos. El hombre del almacén la oyó también y se puso nervioso. Se estuvo quieto con la pistola preparada. Luego, la sirena se apagó en la distancia y Sears avanzó

de nuevo. ¡Ahora! ¡Tiene que ser ahora! ¿Se atrevería Jupe?

Entonces ocurrió un milagro. Alguien llamó a la puerta principal del edificio.

El hombre de la pistola pegó un respingo. Vacilaba, cuando la llamada se repitió.

—¡Hola! —gritó una voz—. ¿Hay alguien ahí? ¡Escuche, necesito ayuda!

Sears dio media vuelta para volver a la oficina.

—¿Quién está allí? —gritó.

—Lamento muchísimo molestarle, pero me he perdido —dijo la voz desde la calle—. Escuche, ¿puede decirme dónde está Recambios de Maquinaria Cárter?

—Al otro lado de la calle, al final de la manzana —repuso el hombre de la oficina de mala gana.

—Pues no veo ningún letrero —dijo el alegre viandante que parecía dispuesto a discutir sin prisas la localización exacta de Cárter. Jupe no esperó. Salió disparado de detrás de las estanterías de juguetes y fue directo a las puertas del fondo que daban al muelle de carga. Por suerte, la aldaba que bloqueaba las puertas se descorrió con facilidad y silencio. ¡Libertad!

Mientras Jupiter entreabría la puerta pudo oír aún a Worthington. El chófer seguía disertando sobre la dificultad de encontrar direcciones en un barrio desconocido con letreros insuficientes.

Jupe sonrió mientras se deslizaba hasta el muelle de carga y cerraba la puerta tras sí, sin hacer ruido.

El Rolls-Royce iba hacia el norte como una exhalación.

—¡Worthington, qué grande eres! —exclamó Jupiter. Worthington asintió.

—Me precio de ser muy servicial, master Jupiter —dijo.

—Nos figuramos que podías verte en un aprieto —explicó Pete —. Vimos que era el señor Sears otra vez y pensamos que podía reconocernos si llamábamos a la puerta, pero él no conoce a Worthington. ¿Qué ocurrió? ¿Descubriste alguna cosa?

—No, nada —confesó Jupe—. Ese hombre tiene una pistola y pudo haberla utilizado. Pero eso en realidad no es significativo.

Mucha gente lleva pistola.

Jupe aún tenía el osito en la mano, y lo examinó sobre todo por las costuras.

—Es curioso —dijo—. No es blando como los juguetes de peluche. Parece como si hubiera madera o plástico debajo de la piel.

Tiró de la cabeza para ver si podía quitarla.

—Es una hucha, master Jupiter —dijo Worthington—. Uno de mis clientes tenía un juguete parecido. La dueña de la casa guarda las joyas en el osito y luego lo coloca en sitio bien visible encima de la cama. Muchos adultos tienen animales de adorno en sus camas y a nadie llama la atención. El ladrón hace caso omiso del oso y se va con las manos vacías.

Pete se dio una palmada en la frente.

—Por el amor de… —gimió—. Debimos preguntártelo al principio.

—La cabeza se desenrosca con facilidad —añadió Worthington.

Y era cierto. Pero cuando Jupiter miró al interior del cuerpo del animalito no vio más que una cavidad de plástico vacía.

—Ni drogas —le dijo a Bob—. Ni joyas de contrabando. Ni nada de nada lo siento.

Bob se reclinó en su asiento y Pete frunció el entrecejo.

—¿Quieres decir que volvemos a partir de cero? —se lamentó Pete—. Un tipo maquillado como el monstruo preferido de *Drácula* se cuela en el Puesto de Mando, te deja sin sentido y se larga con el oso. Probablemente será Morell que tan bien conoce a *Drácula*. ¿Y por qué? Debe de haber algo en el osito de Lucille. Algo que merezca la pena tanta molestia. Y también ha de tener relación con los osos que le robaron al peletero. ¡Apuesto a que Morell también tiene que ver en eso!

—Master Jupiter, ¿quieres avisar a la policía? —preguntó Worthington. Jupe dudaba.

—Si lo hacemos, ¿qué podemos decirles? —contestó al fin—. En realidad, no sabemos mucho más de lo que sabíamos cuando hablamos con aquellos detectives en el apartamento de Morell hace unas horas. Únicamente que, por una peculiar coincidencia, el propietario de La Choza de la Pizza parece ser también el dueño del almacén de juguetes de donde salió el oso de Lucille. Eso no es un

delito, ¿verdad? Realmente podría tratarse de una coincidencia.

Worthington asintió.

—Muy cierto —dijo y no volvió a hablar durante el resto del trayecto hasta Rocky Beach.

El sol se ponía ya cuando el Rolls se detuvo delante del Patio Salvaje de los Jones. Las puertas de hierro de la entrada estaban cerradas. Sin embargo, tío Titus estaba de pie ante ellas sin duda aguardando a Jupe y sus amigos.

—Debiste telefonear —le regañó—. Tú tía estaba preocupada.

—Lo siento, tío Titus —contestó Jupe—. Estuvimos… estuvimos en un sitio donde no podíamos llamar. Y luego me olvidé de la hora.

—Con tal que no te haya pasado nada —dijo tío Titus—. No vuelvas a pasar todo un día fuera sin avisar. Y quiero preguntarte una cosa. He estado pensando… ¿Tú crees que nuestro robo tiene algo que ver con esa chica de la plaza Cheshire?

—Es posible, tío Titus —contestó Jupiter.

—No quiero que vuelva a molestar a tía Matilda —le dijo su tío —. A nadie le gusta pensar que no está seguro ni siquiera en su propia cocina.

—Ahora ya no hay por qué preocuparse —le aseguró Jupe—. El ladrón tiene ya lo que buscaba y no volverá.

—En ese caso —continuó tío Titus con una sonrisa—, será mejor que des las buenas noches a tus amigos y vayas a lavarte, ¡antes de que tu tía te desuelle vivo!

CAPÍTULO 19
JUPE SIGUE SU CORAZONADA

Jupiter se despertó durante la noche, al oír pasos en la calle y a alguien que cantaba una triste canción antigua que hablaba de ovejitas perdidas, beee, beee, beee; ovejitas negras descarriadas…

Jupe tendido en la cama escuchaba la canción y se preguntaba si tendría que contar ovejas para volver a dormirse. Su mente divagaba…

De pronto se incorporó en la cama. ¡Ovejas! ¡Ovejitas! ¡Eso era! ¡La pista que habría de ayudarle a encontrar a los secuestradores de Lucille!

Consultó el reloj de su mesilla de noche. Eran las tres de la madrugada. Imposible llamar a Worthington, ni a Pete, ni a Bob; y únicamente para probar una teoría. Además, poca cosa podría hacer hasta que fuese de día.

Jupe aguardó en la oscuridad a que transcurrieran las horas en silencio. Dormitaba, se despertaba y volvía a dormir. Cuando al fin se hizo de día, se levantó para vestirse y desayunar.

A las siete y media telefoneó a Bob.

—¿Recuerdas lo que dijo McLain cuando conoció a los padres de Lucille?

—Dijo que convertiría a Lucille en artista de cine —repuso Bob.

—No es eso. Dijo que vivía en un sitio que había pertenecido a Cecil B. DeMille, y que allí cerca pacían ovejas.

Bob no dijo nada, pero Jupe le oyó bostezar.

—El nombrar a Cecil B. DeMille es algo que haría cualquier impostor para impresionar a la gente —continuó Jupe—. Él quiso que los Anderson le creyeran rico e importante. Pero ¿y lo de las

ovejas? No creo que inventase un detalle como el que las ovejas pacían allí cerca. Bob, donde vivía McLain… quiero decir Pelucci… había ovejas. ¿Dónde se encuentran ovejas en Los Ángeles?

—No tengo ni idea —contestó Bob—. A principios de la primavera se las ve algunas veces paciendo en las colinas junto a la costa, pero luego se las llevan a las sierras u otros lugares.

—Cierto —replicó Jupe—. Las llevan a sitios más frescos para que la lana sea mejor. Pero deben quedar algunas por aquí, en las colinas. Escucha, debe haber una casa vieja abandonada o un granero donde puedan esconderse un par de individuos… un lugar donde cerca pacen ovejas. Han transcurrido sólo tres días desde que Pelucci hizo ese comentario, de manera que hay muchas posibilidades de que las ovejas sigan allí.

—De acuerdo —replicó Bob—. ¿A qué esperamos? —Ahora parecía ansioso y bien despierto.

—Worthington —dijo Jupe—. Si hoy no tiene compromiso creo que le agradaría participar en esto —observó Jupe.

—Yo llamaré a Pete —dijo Bob—. ¡Tú llama a Worthington!

Worthington llegó a la chatarrería de los Jones antes de las nueve. No conducía el Rolls. Iba al volante de un *jeep* muy alto de ruedas gigantes.

—El Rolls me ha parecido poco apropiado para esta expedición —dijo Worthington—. Este vehículo pertenece a un amigo mío que pasa los fines de semana haciendo algo que él califica como «conducir fuera de la carretera». Yo no comprendo por qué alguien prefiere abandonar la carretera para dar tumbos por el campo, pero a él parece que le divierte. Sin embargo, el vehículo tiene algunas cosas recomendables como tracción en las cuatro ruedas.

—¡Worthington, eres fabuloso! —exclamó Bob.

—Hago lo que puedo, master Robert —contestó el chófer.

Los muchachos subieron al *jeep*. Worthington metió la primera marcha y salieron a una velocidad más suicida que de costumbre. Enfilaron la autovía de la costa del Pacífico y, luego, tomaron un desvío estrecho llamado Cottonwood Creek Road. Worthington volvió a reducir la marcha y el vehículo prestado ascendió por la empinada pendiente sin apenas un gemido. Los muchachos

observaron la campiña a la derecha y a la izquierda.

Llegaron a la autovía Mulholland antes de que transcurrieran quince minutos. Mulholland discurría por la cresta de las montañas desde Hollywood casi hasta Ventura, y, al principio, Worthington se dirigió hacia la ciudad, puesto que sin duda alguna en aquella dirección había más casas.

Jupe llevaba unos prismáticos que utilizaba para escudriñar las colinas y los prados verdes en las cañadas. De pronto los muchachos divisaron a un ciclista que pedaleaba sudoroso y mirando al frente con intensa concentración. Worthington se puso a su lado y Jupe detuvo al ciclista, que paró con evidente contrariedad.

—Buscamos a un amigo —dijo Jupe—. Un hombre que cuida ovejas en las colinas. Ha habido una emergencia en su familia y necesitamos ponernos en contacto con él.

—Lo siento —jadeó el ciclista—. No he visto a nadie.

Siguieron adelante. Un par de kilómetros después Jupe vio unas manchas grises en un altozano encima de la autovía y pensó que eran rocas. Una de ellas se movió y comprendió que no eran rocas… sino ovejas. Cerca vio una camioneta desvencijada y un hombre sentado en una silla plegable que tocaba la armónica.

—¡Ahí están! —exclamó Jupe.

Y señaló. Worthington miró en seguida y detuvo su vehículo en una zona de terreno firme. Los muchachos se apearon y subieron andando hasta donde estaba el hombre con su rebaño.

—Buscamos a unos amigos —le gritó Jupe cuando estuvieron lo bastante cerca para que le oyera—. Dos hombres y una muchacha. Están aquí en las colinas, pero no tenemos su dirección.

Bob miró a su alrededor. No había ni una casa… ni un tejado ni una chimenea o camino que partiera de la carretera principal.

—Uno de nuestros amigos dijo que desde donde estaban oían a las ovejas —continuó Jupe, mientras el pastor no cesaba de mirarle —. No he visto casas por aquí. ¿Hay otros rebaños de ovejas en las colinas?

El pastor se encogió de hombros.

—No he visto ninguno —replicó con un ligero acento europeo—. Quizás si seguís por la carretera hacia el oeste tendréis suerte. Hasta la noche pasada, mi rebaño estaba a un par de kilómetros en esa dirección, debajo de la carretera.

Jupe le dio las gracias y los tres regresaron al *jeep*.

—Hacia el oeste —dijo Jupe—. Estuvo paciendo su rebaño a unos dos kilómetros de aquí. En un prado debajo de la carretera. Aún vamos a tener que sacar a este vehículo de la carretera, Worthington.

—Podemos hacerlo, master Jupiter, no tema —contestó el chófer.

Dieron la vuelta en redondo para desandar lo andado. Pronto llegaron al lugar donde Cottonward Creek Road se cruzaba con Mulholland y aminoraron la marcha.

Las colinas estaban tan desiertas como aquel tramo de carretera. Rocky Beach estaba a unos minutos de distancia, pero los muchachos tuvieron la sensación de hallarse en el desierto.

Después, a menos de un kilómetro del cruce, vieron una torre de piedra gris que se alzaba detrás de un grupo de árboles. Cuando Worthington se aproximó, aparecieron los muros de piedra debajo de la torre rematados por almenas.

—¡Es un castillo! —exclamó Pete.

Worthington detuvo el *jeep* al ver un camino polvoriento que iba desde la carretera al castillo.

—¡Mirad! ¡También hay un fuerte! —gritó Bob mientras señalaba un lado del castillo. El fuerte consistía en varias cabañas de troncos rodeadas de una cerca muy alta.

—Y hay también una vieja ciudad del oeste —añadió Pete al contemplar unos edificios de madera alineados en una callejuela al otro lado del castillo y que no tenían más que la fachada.

—¡Ahí es! —dijo Jupe—. ¡Este es el lugar! —Sus ojos brillaban. Se dejó llevar de una corazonada, pero había dado resultado.

—Pero… pero este sitio no es real —objetó Pete—. ¡Es sólo el decorado de una película!

—¡Exacto! —repuso Jupe—. Si fueses un impostor como Pelucci no admitirías jamás ante nadie que no tienes una casa como Dios manda… sobre todo si te hubieras escondido en un decorado abandonado, después de robar en una peletería. Al contrario, dirías que estabas temporalmente en un lugar que perteneció a Cecil B. DeMille.

—¡Esperemos que ese falso productor y su compañero amante del terror sigan aquí… con Lucille!

CAPÍTULO 20
ESCAPAR, ¿ADÓNDE?

—Worthington, tú espera aquí —dijo Jupiter—. Si tenemos problemas y no podemos solucionarlos, ve a buscar ayuda.

—Puede contar conmigo, master Jupiter —contestó Worthington.

Los Tres Investigadores descendieron por la pendiente rocosa evitando la carretera, por si Morell y Pelucci vigilaban. Se aproximaron por un lado al amparo de los arbustos. Aquel lugar era una jungla de decorados viejos unidos por una calle sucia y desierta. Además del castillo, el fuerte y el pueblo del oeste, había casas de distintos períodos históricos y una iglesia de Nueva Inglaterra con su espadaña. La mayoría de edificios no eran más que caparazones endebles con paredes en dos o tres lados y el interior a la intemperie.

Como muchos escenarios de filmación, éste se había ido cambiando de vez en cuando, con la adición o supresión de edificios. Las casas se cambiaban de sitio o se desmantelaban en parte. El plató del pueblo del Oeste estaba casi intacto. Los muchachos vieron un almacén general, un salón, la oficina del *sheriff* y la cárcel en dos hileras de edificios.

El lugar estaba muy tranquilo.

—¿Por dónde empezamos a mirar? —susurró Bob.

La decisión no era fácil. Jupe dejó vagar su mirada por aquel triste lugar. Se dijo que Morell y Pelucci, si habían acampado allí, preferirían un edificio a prueba del tiempo… es decir, uno que tuviera suelo, cuatro paredes y tejado. El edificio que representaba la cárcel parecía completo y sólido, lo mismo que el almacén

general. El fuerte de madera también parecía fiable, lo mismo qué el castillo y la iglesia.

Jupe decidió que el castillo era el lugar más apropiado para comenzar su búsqueda. Parecía tan sólido como si estuviera hecho de piedra auténtica; e incluso las ventanas tenían rejas en las murallas grises. Aunque Morell y Pelucci no hubieran acampado allí, podían haber encerrado a Lucille detrás de aquellos barrotes.

Jupe señaló el castillo y emprendió la marcha. Los otros dos le siguieron.

Al acercarse, vieron que en una de las puertas tenía un candado reluciente y nuevecito.

—¡Esa es! —susurró Bob.

Jupe les hizo señas para que guardaran silencio.

Los Tres Investigadores se acercaron para mirar por la ventana enrejada. Vieron un amplio interior en penumbra. El suelo estaba hecho de planchas de madera y había una masa informe a un lado. Como si alguien hubiese arrojado un montón de ropa oscura para abandonarla allí.


RIP

—¡Lucille! —llamó Jupe en voz baja—. Lucille, ¿estás ahí?

El montón de ropa se movió mientras Lucille Anderson se incorporaba. Su blanco rostro destacaba en la oscuridad y sus ojos eran muy negros.

—Lucille, soy Jupiter Jones. Están conmigo mis amigos Pete y Bob. ¿Dónde están Morell y Peí… quiero decir McLain?

La muchacha se deshizo de la manta y del saco de dormir y se acercó a la ventana con paso vacilante. Llevaba la falda negra y la blusa blanca de la primera vez que la vieron. La blusa estaba manchada y sus cabellos sin brillo y enmarañados. Iba descalza.

—Te sacaremos —le prometió Jupe en un susurro.

—Ten cuidado. Yo creo que están locos —dijo también en voz baja.

—¿Dónde están? —volvió a preguntar Jupe.

—Más arriba. En el almacén general.

Jupe asintió mientras se ocupaba junto con Pete de los barrotes de la ventana. Bob corrió hasta el *jeep* para decir a Worthington que fuera a avisar a la policía.

Como la mayoría de cosas en aquel lugar artificial, los barrotes que aprisionaban a Lucille eran de más apariencia que utilidad. Estaban hechos de madera y no de acero o hierro. Cuando Bob bajó de nuevo la pendiente, Pete y Bob estaban quitando los clavos que sujetaban el marco que sostenía los barrotes. En el interior del castillo Lucille se echó a llorar.

—¡Locos! —no cesaba de repetir—. ¡Están locos! ¡De verdad! ¡Y todo por un juguete estúpido!

—¿El osito? —preguntó Jupe—. Eso es lo que querían, ¿verdad? Y lo consiguieron. ¿Por qué?

—No lo sé. Acababa de salir de la bañera cuando vinieron a casa de la señora Fowler y dijeron que querían hablar conmigo sobre la película de *Drácula*. Era mentira. Yo estaba hablando con Henry abajo en la sala de estar y Craig subió al piso de arriba. Dijo que iba a la cocina a buscar un vaso de agua, pero subió arriba. Yo le oí y me extrañó y por eso subí tras él. Henry quiso impedírmelo, pero subí de todos modos. Craig estaba en la habitación de la señora Fowler y abría los cajones del escritorio. Quería saber dónde estaba el osito peludo y… y me agarró del brazo y dijo que yo tenía que decírselo.

Se interrumpió entre sollozos.

—Dijo que tenía que decírselo… o si no… Yo corrí al cuarto de baño y quise cerrar la puerta, pero él la abrió de un empujón y… y me pegó. Mi nariz empezó a sangrar pero él no hizo caso. Me retorcía el brazo hasta hacerme daño y yo le dije que el osito estaba en la bolsa-bandolera y… y que probablemente la tenías… tú y…

—Bien hecho —contestó Jupe. Los clavos se resistieron al principio, pero con la ayuda del destornillador de su cuchillo del ejército suizo se iban aflojando.

—Yo pensé que, como ya sabían lo del osito, se marcharían y me dejarían en paz, pero no fue así.

—Temían que llamases a la policía —le dijo Jupe—. Puedo imaginarme el resto. Te escondieron en el coche y te trajeron aquí.

—En el maletero —explicó Lucille—. Henry tenía una pistola y dijo que me mataría si hacía el menor ruido.

El último clavo cedió. Pete asió los barrotes de madera con ambas manos y tiró con fuerza.

Los barrotes se desprendieron con un leve chasquido. Lucille se empinó y los muchachos la ayudaron a salir por la ventana. Su falda larga se enganchó en algún sitio unos segundos, pero ella le dio un tirón que la desgarró y quedó libre. Luego echaron todos a correr hacia la pendiente que ascendía hasta la carretera. Lucille iba descalza, pero no parecía notar los guijarros ni desniveles del terreno.

Y entonces se abrió la puerta del almacén general y Henry Morell salió a la luz del día con un plato de cartón con alimentos. Al ver a los muchachos y a Lucille se quedó petrificado unos instantes, pero luego gritó:

—¡Iggy! ¡Iggy!

Los muchachos corrieron aún más. Pete cogió a Lucille por un codo y Bob por el otro para ayudarla a correr. Se dio un golpe en el pulgar desnudo y casi se cae. Gimió de dolor, pero no se detuvo.

Había una antigua villa inglesa en el camino de los Tres Investigadores y la puerta estaba abierta. Los muchachos entraron por ella arrastrando a Lucille. Cerraron la puerta de golpe y atravesaron la casa para salir por la parte de atrás. Recorrieron varios decorados y al fin entraron por la ventana de la iglesia.

Se arrodillaron y Bob miró con cautela a través de una rendija

de la fachada del edificio.

Morell y Pelucci estaban en la calle armados de pistolas. Los dos falsos magnates del mundo cinematográfico parecían desesperados. Sabían que era preciso volver a capturar a Lucille o les denunciaría por secuestro. Y, para hacerla prisionera de nuevo, tendrían que capturar también a los tres muchachos. ¿Y después qué? ¿Estaban lo bastante desesperados para deshacerse de los cuatro?

Bob vio a Morell y Pelucci registrando la calle. Al pasar, abrían todas las puertas y luego continuaban. Cada vez su registro era más minucioso.

—¡Cáscaras! —exclamó Bob—. Vienen hacia aquí. ¡Seguro que nos descubren!

Los muchachos miraron a su alrededor en busca de un lugar por donde escapar, pero no lo había. Si echaban a correr hacia la carretera, los dos hombres les verían y podrían disparar.

Era preciso esconderse.

Pete fue el que descubrió la torre del campanario. No tenía escalera para subir, pero las tablas clavadas a intervalos en la pared podrían servir de escalera para que Lucille y los muchachos subieran a la torre… y tal vez sus perseguidores no les verían.

Ahora ya oían a los dos hombres. Se llamaban el uno al otro mientras registraban los escenarios vacíos. Las puertas se abrían y cerraban de golpe. Una vez se oyó un grito cuando Iggy Pelucci vio una serpiente.

Lucille se estremeció, pero se mantuvo quieta. Bob la cogió de la mano para llevarla hasta la rudimentaria escalera de la pared. La subió sin vacilaciones, recogiéndose la falda con una mano, hasta llegar a la plataforma que estaba en mitad de la torre del campanario. Los muchachos la siguieron.

En la plataforma, apenas había espacio suficiente para todos ellos, pero se las arreglaron echados de bruces en el suelo.

Se arrastraron por el suelo para no ser vistos desde abajo ni a través de las ventanas de la torre.

Ahora sus perseguidores estaban en el fuerte al otro lado del camino…

Después, en la casa estilo colonial de al lado… y luego, les oyeron abrir la puerta de la iglesia. Sus pasos resonaron sobre el suelo de madera.

De pronto un chillido acompañado de un aleteo se oyó en lo alto. En el campanario había algo… oculto en la sombra justo debajo del tejado. Oyeron el batir de alas. ¡Murciélagos!

Lucille miró hacia arriba y sus ojos se desorbitaron. Parecía a punto de gritar. Jupe le impulso silencio con una mano.

Y Lucille no gritó. Únicamente dejó escapar un gemido ahogado.

Fue suficiente. El hombre que estaba abajo en la iglesia se quedó inmóvil apenas un segundo. Luego cruzó la nave con pasos firmes y apresurados. Se detuvo debajo del campanario y miró hacia arriba. Cuando habló lo hizo con voz segura y controlada.

—Bajad de ahí —exclamó Henry Morell—, si no queréis que os rellene de plomo.

A Jupe le dio risa. Morell parecía un personaje del celuloide rancio. Pero tenía una pistola. Había que estarse quieto.

—¡Bajad, he dicho! —gritó ahora Morell—. ¡Sé que estáis ahí arriba!

Los muchachos tal vez hubiesen obedecido, pero oyeron otro ruido. Lejano al principio, pero que iba en aumento.

El ruido de los motores de varios coches y el de sus cláxones, dominado por el de voces humanas que gritaban.

Debajo del campanario, Morell retrocedió nervioso y extrañado para acercarse a una ventana.

Pete se puso de rodillas y se asomó por una de las ventanas del campanario.

—Increíble —susurró.

—¿Qué? —musitó Bob—. ¿Qué es eso?

Antes de que Pete pudiera contestar, oyeron a Morell salir corriendo de la capilla. Desde la calle, Pelucci le gritaba que se apresurase.

Pete vio a Pelucci correr por la calle polvorienta hacia el fuerte. Abrió la gran puerta de troncos para dirigirse a un sedán gris muy viejo aparcado detrás de la empalizada. Morell le seguía de cerca. A poco, el sedán salía.

Los Tres Investigadores y Lucille bajaron de la torre del campanario y corrieron al exterior. El sedán gris estaba ya en la calle y se dirigía hacia la carretera. El sedán se detuvo en seco cuando apareció ante su vista una caravana de coches ruidosos, con motores trucados, tubos de escape libre y llenos de gente

vociferante.

El que abría la marcha pudo haber sido un Ford normal. Ahora estaba pintado de color morado brillante y unas llamas verdes danzaban en sus costados. Sus dos tubos de escape gemelos rugían y sus enormes neumáticos levantaban polvo y piedras. Detrás de aquel monstruo de color púrpura iba un vehículo destartalado sin capota repleto de jovencitos. Cuatro muchachos fuertes y con buena musculatura gritaron al ver el sedán gris, y uno de ellos golpeó la carrocería de su cacharro con el puño.

—¡Aaaa-jiaaaa! —gritó una chica que conducía un Volkswagen escarabajo pintado de color naranja. Los tres muchachos que la acompañaban parecían dispuestos a entrar en acción. El Toyota que seguía al VW iba también cargado de jóvenes que gritaban fuertes amenazas. Al final de la procesión iba Worthington con su *jeep* y le acompañaba la camarera de La Choza de la Pizza armada de un rodillo de amasar.

Al volante del coche gris, Pelucci vio que no podría llegar a la carretera a tiempo. De un momento a otro aquel ejército de jóvenes airados llegaría al camino polvoriento para dirigirse a los platós. Pero el hombre estaba desesperado por escapar. Puso el motor en marcha.

El sedán arrancó levantando una gran polvareda. Dio la vuelta en redondo para apartarse del camino… y dirigirse al campo abierto, más allá de los decorados cinematográficos. El coche esquivó un hoyo, casi embistió contra la puerta abierta del fuerte y pasó como una exhalación por delante de los Tres Investigadores que estaban en la puerta de la iglesia. Luego fue dando tumbos sobre las piedras y matorrales mientras Pelucci intentaba ascender por la ladera de la colina.

Durante unos instantes, lo consiguió, pero luego se encontró ante un gran pedrusco. Pelucci giró el volante con intención de esquivarlo, pero una de las ruedas se montó sobre la roca y la otra quedó en el aire. El motor rugió y el vehículo se ladeó peligrosamente. Las dos ruedas quedaron girando en el aire y el sedán de lado, la mitad encima del pedrusco y la otra mitad fuera.

El sedán se detuvo con la dirección rota.

Pelucci y Morell se apearon para correr por la colina en su intento de escapar. Pero los jovencitos airados estaban ya fuera de

sus automóviles dispuestos a correr.

Morell se volvió en el último instante con la pistola en ristre. El chico que iba a la cabeza del pelotón se tiró a las piernas de Morell que cayó al suelo. La pistola salió despedida.

Pelucci se limitó a sentarse y dejar que los jóvenes se le echaran encima. ¡Todo había terminado, y él lo sabía!

CAPÍTULO 21
WORTHINGTON VIENE A TOMAR EL TÉ

Héctor Sebastián regresó de Idaho una semana después del rescate de Lucille Anderson y Jupiter le llamó inmediatamente.

—Acabamos de cerrar un nuevo caso —le dijo—. ¿Le gustaría que se lo contásemos?

—¿Por casualidad tiene algo que ver con una jovencita de Fresno? —preguntó Héctor Sebastián.

—¿Cómo lo sabe?

—Tenía la corazonada de que vosotros estabais detrás de los titulares de los periódicos —replicó el escritor riendo—. ¿Qué os parece mañana, a eso de las cuatro? Venid a tomar el té. Estos días Don sirve té.

Jupiter vacilaba, no se atrevía a sugerir que preferirían algún refresco de cola.

—Os gustará el té —insistió el señor Sebastián—. Confía en mí.

—De acuerdo —replicó Jupiter—. ¿Podemos llevar a un par de amigos?

—¿Uno de ellos es una jovencita con ambiciones de artista? —preguntó el señor Sebastián.

—Ha prometido no pedirle un papel en una película —dijo Jupe—. Sólo quiere conocerle. Worthington también es un admirador suyo. Tiene todos sus libros.

—¡Oh, magnífico! Siempre he deseado conocer a Worthington. Traedle. O dejad que os traiga él.

Jupe colgó con una sonrisa. Luego marcó el número de casa de la señora Fowler y después el de Worthington.

El chófer apareció puntualmente a las tres y media de la tarde siguiente. Conducía el fabuloso Rolls con adornos dorados y plateados, pero no iba de uniforme, sino con unos pantalones grises y un *blazer* azul marino.

—Hoy voy de invitado, no de chófer —declaró—. He pensado que debía vestirme adecuadamente.

—Estás estupendo, Worthington —dijo Pete—. Me pregunto qué se habrá puesto Lucille.

—Apuesto a que algo sensacional —pronosticó Bob—. ¡Querrá deslumbrar al señor Sebastián!

Pero cuando Lucille salió de casa Fowler para subir al coche, iba sencillamente con unos pantalones y una blusa de algodón.

—¡Lucille! —exclamó Pete—. ¿Quién eres esta tarde?

—¿No lo adivinas? —repuso ella con aire dramático—. Sólo soy yo. He terminado con los disfraces.

Fueron hacia el Norte por la autovía de la costa y cuando enfilaron la carretera del cañón donde vivía el señor Sebastián, Lucille se inclinó hacia adelante en su afán de ver la casa del señor Sebastián. Al fin la distinguió.

—Eh, es verdad que conserva las luces de neón de cuando era restaurante. Pensé que vosotros lo decíais en broma.

—Nada de eso —contestó Bob—. Y además las utiliza. Las enciende de noche para los invitados que no conocen el camino. Así se ve la silueta de la casa en rosa.

Cuando el coche se detuvo delante de la casa, el señor Sebastián salió al porche. Hoang Van Don le seguía detrás para saludar a los invitados. A Don pareció impresionarle Worthington especialmente. Se inclinó repetidamente ante él, y luego, de repente, se metió en la casa como si le embargara la timidez.

—Don ha estado muy nervioso desde que supo que iba usted a venir, Worthington —dijo el señor Sebastián—. Ha estado viendo muchos programas de televisión británica y ahora que puede conocer a un inglés en persona, siente que su vida está completa. Se ha estado preparando todo el día. De la cocina salen unos aromas exquisitos.

—¡Y que lo diga! —exclamó Worthington.

El escritor sonrió a Lucille y le ofreció el brazo para escoltarla hasta su casa.

Habían habido cambios en la amplia y ventilada sala de estar desde la última vez que la vieron los Tres Investigadores. La mesa de jardín y las sillas de lona de director de cine, que solían estar junto a la chimenea, habían sido reemplazadas por sillas cromadas y una enorme mesa de centro de tubo cromado y cristal. Y el escritor había añadido una alfombra *beige* de aspecto mullido y caro.

Pete silbó con admiración.

—¿Os gusta? —preguntó Héctor Sebastián—. Una amiga mía me convenció de que aquí hacían falta algunos muebles de verdad, y los encargó mientras yo estaba fuera de la ciudad. Son más elegantes que mis viejos muebles de jardín, pero me dejan algo frío. Yo quiero algo donde pueda poner los pies encima.

Con un gesto, les invitó a tomar asiento.

—Y ahora contadme cómo fue todo —les dijo.

Bob aclaró su garganta e hizo un resumen de la reciente aventura de los Tres Investigadores, consultando de vez en cuando algunas notas que había llevado consigo. Al llegar al gran final… con Worthington y los jóvenes… el señor Sebastián se echó a reír con ganas.

—¿Por qué diantre llevó usted a esos chicos, en vez de avisar a la policía, Worthington? —le preguntó.

Worthington se permitió una risita.

—Tuve que ir hasta la autovía de la costa para encontrar un teléfono —explicó—, y el primero que encontré no funcionaba. Continué por la autovía hasta localizar uno que funcionase… lo cual fue en La Choza de la Pizza. Algunos de los amigos de la señorita Anderson me oyeron hablar con la policía y me ofrecieron su ayuda. Conseguimos llegar antes que los agentes y debo confesar —añadió el chófer— que disfruté de lo lindo.

Todos se echaron a reír.

—¿Y el osito? —preguntó el escritor—. El que llevaba Lucille. ¿Qué tenía de importancia?

—¡Espere a que se lo cuenten! —dijo Lucille.

—Jupe encontró el osito mientras la policía detenía a Morell y Pelucci —explicó Bob—. Se acordó de que había visto aquel castillo anteriormente.

—Fue utilizado en una película antigua de terror que se llamaba

El Prisionero de la Colina Encantada —continuó Jupe—. Y recordé una escena en la que el dueño del castillo abre un panel secreto y encuentra la corona de un hechicero. Estaba seguro de que Morell y Pelucci también la habrían visto.

—De manera que Jupe vuelve al castillo, entra en una pequeña estancia, apoya su mano en el panel de madera, y… zas… ¡el panel se abre! —dijo Pete—. ¡Y allí está el osito de Lucille!

—Buen trabajo, Jupe —exclamó el señor Sebastián—. ¿Pero qué había dentro del oso? ¿Drogas? ¿Diamantes? ¡La intriga me consume!

—Siento decepcionarle —contestó Jupe con una sonrisa—, pero dentro del oso no había más que dinero.

—¿Dinero? —repitió el escritor intrigado—. ¿Falsificado?

—Oh, no —contestó Jupe—. Auténtico… y en gran cantidad. Morell y Pelucci se lo robaron a Sears.

—¿Quieres decir que no trabajaban juntos?

—En absoluto —replicó Jupe—. El caso es que Morell y Pelucci eran dos soñadores locos por el cine. Pero no lograban entrar en el negocio. Morell había estado empleado en los Estudios el Globo como mensajero, pero le despidieron. Pelucci trabajaba algunas veces como extra en las películas, pero eso no era suficiente para él. Ambos decidieron convertirse en productores de cine independientes. Ellos pensaron que todo lo que se necesita para ser productor es tener una idea y algún dinero, y Morell tenía la idea. Hacer la continuación de *Drácula*.

—Pero esto se ha hecho ya varias veces —dijo Héctor Sebastián.

Pete sonrió.

—Quizás por eso nadie quiso prestarles el dinero para hacer la película.

—Por casualidad —prosiguió Jupe—, Pelucci encontró trabajo como encargado en una firma importadora de juguetes propiedad del señor Sears, negocio que consistía principalmente en realizar envíos por correo. Le picó la curiosidad la habitación cerrada del almacén, esa en la que no pudimos entrar. Un día cogió las llaves de Sears, entró en la habitación que estaba llena de sacos y sacos de dinero. Robó uno de los sacos, pero comprendió que no podía salir con él a cuestas, de manera que fue metiendo los billetes en algunos ositos-hucha que iban a ser enviados a un peletero. La caja fue

enviada por correo y Pelucci no volvió a aparecer por el almacén.

»Morell buscó trabajo en la peletería para poder retirar el dinero cuando llegasen los ositos. Pero era tan inepto que le despidieron antes de que llegasen los osos. Así que entonces, Morell y Pelucci asaltaron el establecimiento y robaron abrigos de pieles al mismo tiempo que los osos. Vendieron las pieles a un perista y vaciaron los ositos-hucha. Pero faltaba uno… el que fue enviado a la señora Fowler… de modo que tuvieron que volver a entrar en la peletería para ver el archivo del peletero y averiguar a quién habían enviado el oso.

—¿Pero no podían prescindir de un oso? —preguntó el señor Sebastián.

—¡De ninguna manera… tenía diez mil pavos dentro! —exclamó Pete—. Y necesitaban todo el dinero que pudieran recoger para financiar la película de *Drácula*.

—Ahora llegamos a la parte de la historia donde intervenimos nosotros —dijo Jupe—. Morell entró en la casa de la señora Fowler en busca del osito, y en su lugar encontró a Lucille. Pelucci y él prepararon un montaje para conocerla en Rocky Beach… ella no era difícil de reconocer con ese vestido Victoriano… la convencieron de que eran productores de cine, y le dieron una fiesta para poder entrar en la casa y buscar el oso. No estaba allí, claro, sino en el Puesto de Mando. De modo que, al día siguiente, Pelucci y Morell cogieron a Lucille y la obligaron a decirles dónde estaba el oso, y Morell asaltó mi casa y luego el Puesto de Mando.

—Con ese estúpido disfraz de monstruo —añadió Pete con disgusto.

—¿Pero no se vestían muchas veces así? —preguntó el señor Sebastián—. ¿No entraron en la casa de empeños y en la bodega vestidos como los personajes de las películas de terror?

—No —contestó Bob—. ¡Ése fue otro! Ha asaltado un par de sitios más después de que Pelucci y Morell fuesen detenidos. Quienquiera que sea, dio a Morell la idea de utilizar un disfraz de monstruo para sus propios asaltos. Nada de lo que hacían esos tipos era original.

El señor Sebastián se echó a reír.

—Y ahora oigamos el resto de la historia. ¿Qué hacía Sears con tanto dinero? ¿Para qué lo quería? ¿Y por qué os seguía a vosotros?

—Porque nos oyó hablar de Iggy y de los ositos en La Choza de la Pizza —replicó Bob—. Pensó que tal vez le conduciríamos hasta Iggy Pelucci que le había robado su dinero y luego desapareció.

—¿Por qué Sears no dio parte a la policía? —preguntó el escritor.

—No podía arriesgarse descubriendo el robo —explicó Jupe—, porque al parecer se dedica a blanquear dinero.

El escritor sonrió.

—Ah, ¡ya me olía yo que debía ser algo de eso!

—Esto último no lo entiendo —exclamó Lucille—. ¿Qué significa blanquear dinero?

—Eso es cuando uno acepta dinero «sucio»… beneficios de actividades ilícitas como tráfico de drogas y apuestas… y encuentra el medio de «blanquearlo» y legitimarlo —explicó Héctor Sebastián.

—¿Por qué no meterlo en el banco? —preguntó Lucille.

—No es tan sencillo —repuso el señor Sebastián—. Deja que te explique. Los bancos tienen que informar de las transacciones en efectivo de más de diez mil dólares al Departamento del Tesoro, el cual investiga la procedencia del dinero. Siempre tratan de descubrir a los traficantes de drogas. Pero no les interesa particularmente el dinero que llega a través de un negocio regular que acostumbra a ingresar mucho dinero en efectivo, como un restaurante o un supermercado.

—Y eso es lo que Sears tenía… una serie de negocios pequeños que cobran en efectivo —añadió Bob—. La Choza de la Pizza, una tintorería, una bolera. La policía no cree que Sears sea un traficante de drogas… sino que se dedica a blanquear el dinero de los traficantes. Todo lo que tenía que hacer era mezclar los beneficios ilegales de sus clientes con los ingresos regulares de sus negocios, ponerlo todo en sus cuentas bancarias, incluso pagar los impuestos de todo ello, y luego encontrar un medio para que sus clientes recuperasen sus ganancias. Menos su comisión, naturalmente.

—La policía incluso cree que Sears llevaba mucho dinero de sus clientes al extranjero en sus viajes para importar juguetes —dijo Jupe—, y lo depositaba en los bancos suizos en cuentas secretas.

—¿Y qué dice Sears a todo esto? —preguntó Héctor Sebastián.

—Nada. ¡Ha desaparecido! —exclamó Pete—. Probablemente se ha largado del país.

—Entretanto, Morell y Pelucci están bajo custodia por robo y secuestro —continuó Jupe—. Contaron todo lo que sabían de Sears con la esperanza de que redujeran sus sentencias, pero la verdad es que no sabían gran cosa. No pudieron dar los nombres de los criminales importantes clientes de Sears. De modo que Morell y Pelucci están en un buen aprieto. Lucille testificará contra ellos, naturalmente, y algunas de las fichas del peletero fueron encontradas en el automóvil de Pelucci, lo cual es una prueba delatora.

—Al final han terminado produciendo una historia terrorífica: ¡la de su vida real! —exclamó Héctor Sebastián.

Se abrió una puerta al fondo de la sala de estar y el escritor se irguió expectante.

—Ah, ahí viene Don. Prepararos para el banquete.

El criado vietnamita traía una bandeja enorme que dejó sobre la mesa delante del señor Sebastián mientras decía:

—Auténtico té inglés, como los caballeros y las damas toman por la tarde. ¡Les gustará!

Y desde luego era auténtico té inglés con cubre-tetera para que no se enfriase; una jarrita de agua caliente para la infusión; crema, azúcar y limón; tostadas, emparedados de berros y algunos bollos crujientes y pastelillos escarchados de distintos colores.

—Los bollos los he hecho yo —les dijo Don.

—¡Magnífico! —exclamó Worthington contento—. No he visto nada igual desde que vine a América. Espléndido, Don.

Don sonriente, se inclinó antes de marcharse.

El señor Sebastián pidió a Lucille que sirviera el té. Complacida, asumió de inmediato el papel de dama inglesa y lo escanció como si lo hubiese hecho toda su vida. Los Tres Investigadores no prestaron mucha atención al té y pasaron de los emparedados de berros, pero comieron de todo lo demás. Worthington dio feliz cuenta de todos los emparedados.

Y entonces Lucille hizo una dramática declaración.

—¡Voy a volver al colegio! —dijo—. Estuve en Fresno con mamá y papá un par de días. Estuvimos hablando mucho y lo decidimos. Me quedaré con la señora Fowler para ayudarla, como hago ahora, pero dejaré mi trabajo en Un Toque Delicado y terminaré mis estudios en la escuela superior de Rocky Beach.

»Luego asistiré a una buena escuela dramática. ¡Y os aseguro que jamás volveré a coger un osito que no sea mío!

—Parece un buen plan —comentó el escritor—. Y menos espeluznante que tus recientes aventuras —añadió con un brillo malicioso en los ojos.

Todos gimieron.

Cuando desapareció el último pastelito, Worthington miró su reloj. La visita había terminado. El chófer y Lucille fueron hacia el coche, mientras los Tres Investigadores se despedían del señor Sebastián.

—Lucille me gusta mucho más ahora que actúa como una persona normal que cuando imitaba a las artistas de cine —confesó Pete.

El señor Sebastián se echó a reír.

—Disfrútalo mientras puedas. Una actriz, siempre es actriz. La semana que viene puede ser *Lady* Macbeth o la Novia de Frankenstein.

—Deme un respiro —protestó Pete—. ¡Tengo un empacho de terror!

FIN